



ENSEÑANZA Y LITERATURA (ESBOZOS)

BIBLIOTECA ESPAÑOLA DE
DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

V

LENGUA, ENSEÑANZA
Y LITERATURA

(ESBOZOS)

POR

AMÉRICO CASTRO

CATEDRÁTICO EN LA UNIVERSIDAD DE MADRID



DRPS
FA
370

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500774184





Librería V. Suárez

Ptas. 8

V. LENGUA, ENSEÑANZA Y LITERATURA (esbozos)

BIBLIOTECA ESPAÑOLA DE
DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

V

LENGUA, ENSEÑANZA
Y LITERATURA

(ESBOZOS)

POR

AMÉRICO CASTRO

CATEDRÁTICO EN LA UNIVERSIDAD DE MADRID



MADRID
VICTORIANO SUÁREZ
EDITOR
1924

Russell P. Sebold III

BIBLIOTECA ESPAÑOLA DE
DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

FL DRPS FA/0370

0500774184

V

LENGUA, ENSEÑANZA
Y LITERATURA
(ESBOZOS)



BIBLIOTECA ESPAÑOLA DE
DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

V

LENGUA, ENSEÑANZA
Y LITERATURA

(ESBOZOS)

POR

AMÉRICO CASTRO

CATEDRÁTICO EN LA UNIVERSIDAD DE MADRID



MADRID
VICTORIANO SUÁREZ
EDITOR
1924



UNIVERSITAT D'ALACANT
UNIVERSIDAD DE ALICANTE
BIBLIOTECA

Nº COPIA 0500758

MADRID. — IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA
GLORIETA DE LA IGLESIA DE CHAMBERÍ

DOS PALABRAS AL QUE LEYERE

NO aspira este librito a enseñar nada a los muy doctos. No se encierran en él grandes novedades. Pero se escriben poco acerca de estas materias, que acaban por ser nuevas cosas que en realidad no debieran serlo. Tal vez se encuentren en ese caso los ensayos sobre el habla andaluza, el galicismo, Nebrija y el siglo XVIII. Acá y allá he procurado incluir datos nuevos, y algún punto de vista personal. Lo dicho acerca de las Facultades de Letras no aspira ciertamente a la originalidad, ya que el hecho de su triste existencia está al alcance de cuantos las conozcan. Pero en un libro nunca se ha dicho al público lo absurdo de su organización y funcionamiento.

Los dos artículos últimos son inéditos; «la crítica filológica de los textos» salió en el *Bo-*

letín de la Institución Libre de Enseñanza; los restantes proceden de la *Revista General* que en 1919 publicaba la Casa Calleja. Añadi y corregi bastante dichos artículos, al darlos para la impresión en 1921. Ahora hago nuevas adiciones que figuran entre []. El retraso en la publicación del tomito se debe a razones editoriales y a una larga ausencia del autor.

Quienes conozcan la escasa atención del público hacia temas de la indole de los tratados aquí, sabrán disculpar que se hable de ellos en forma elemental y sencilla.

Madrid, octubre de 1924.

Evolución de la lengua española

I

Latín y lenguas primitivas

Toda persona culta conoce el hecho de que el español procede de la lengua hablada por el pueblo romano, dominador político de nuestra península durante seis siglos. Antes de la colonización romana no había existido en Iberia un poder fuerte y uniforme; las legiones hubieron de hallar aquí diversos núcleos de habitantes (íberos, celtíberos) sin una civilización definida con que oponerse, espiritualmente, al conquistador. Recuérdese cómo más tarde el triunfo militar de los árabes no hizo variar en lo esencial el

rumbo de la cultura hispano-latina; entonces, empero, Roma absorbió toda la vida peninsular, según hizo también en otros países. España, excepto Vasconia, aceptó como propia la lengua latina; esa región guardó su idioma—de índole tan extraña que no le han encontrado parentesco en el mundo ¹—, no sólo por el carácter indómito de sus naturales y por lo

¹ Según las más autorizadas opiniones, el vascuence es un resto, transformadísimo, del ibero. Respecto a lo que en la época romana fuese el vascuence, todo son vagas suposiciones, ya que los monumentos más antiguos en esa lengua datan del siglo XVI. ¿Quién puede, pues, saber lo que fuese tal habla sin literatura escrita, sin cohesión política, mil quinientos años antes, cuando Augusto envió sus legiones contra estos pueblos del N. de España? Algunas palabras vascas que se han hallado en documentos latinos de la Edad Media no siempre han podido ser descifradas por especialistas de aquella lengua. Por eso el intento de derivar el español del vasco, tomando por base el actual vascuence, ha merecido desprecio universal. V. J. DE URQUIJO, *Estado actual de los estudios relativos a la lengua vasca*, 1918.

abrupto de sus montes, sino principalmente *por no constituir entonces una vía esencial de comunicación entre la Península y el resto del mundo*. Aun así, es extraordinario el número de palabras vascas de origen latino que conservan señales de haber sido introducidas al principio de la dominación romana. Citaremos algunos ejemplos de estos latinismos que, como las conchas fósiles en la montaña, nos harán sentir el vigor de la oleada latina en aquellos parajes bárbaros. Estas palabras presentan como señales de su procedencia latina la conservación de las consonantes *p, k, t*, entre vocales, las cuales aún no están convertidas en *b, g, d*, según aparecen en español, en virtud de un cambio acontecido hacia el siglo V de nuestra era,

LAT.	VASC.	ESP.
caepúlla ¹	{ <i>kipúla</i> <i>típula</i>	<i>cebolla</i>
rota	<i>errotá</i> ²	<i>rueda</i>
vimen	<i>mímen</i>	<i>mímbre</i>
ficus	{ <i>iko</i> <i>piko</i> ³	<i>higo</i>
fagus	<i>pago</i>	<i>haya</i> ⁴
paludem	<i>padura</i>	<i>paúl</i> ⁵

¹ La *c* en latín ante *e*, *ae*, *i*, sonaba como *k*, y si no lo supiéramos por otras fuentes, el vascuence nos lo enseñaría; comenzó a perder ese sonido hacia el siglo III.

² Significa 'molino': nótese cómo la *o* aún no se convierte en *ue*, mutación acaecida del siglo VI al VII.

³ El vascuence siente aversión al sonido *f*; los vascongados del pueblo dicen actualmente *certipicado*, *pastidiar*, *pama* 'fama', etc.

⁴ *Haya* procede del adjetivo *fagea*; *pago* sale directamente del sustantivo.

⁵ Este es un caso curioso. En latín, en vez de *paludem* 'laguna', se dijo, con trueque de las consonantes, *padule*, y de aquí sale nuestro *paúl* y *palular* 'lugar pantanoso, con atolladeros'; el vasco conserva la *d*, que en español desaparece, y cambia la *l* en *r*, según hace generalmente con la *l* latina entre vocales.

LAT.	VASC.	ESP.
jeníperu	<i>ípuru</i>	<i>enebro</i>
ceresia	{ <i>kereiza</i> <i>gereizi</i>	<i>cereza</i>
méspilum	<i>mizpira</i>	<i>níspero</i>
locum	<i>leku</i> ¹	<i>lug-ar</i>
ecclesia	{ <i>eliza</i> <i>eleiza</i>	<i>iglesia</i>

No tiene interés alargar más esta lista; sólo diré que hay algunas palabras latinas incrustadas en vasco, que luego se perdieron, y no dejaron derivados en español; así sucede con *goru*, del latín *column*, que en español fué desplazado por la voz «rueca», de origen germánico. Y en fin, hay voces que no se sabe si entraron allá directamente del latín, o ya del español, como *bolín*, que lo mismo puede proceder de *molinum* que de *molino*.

¹ El nombre de lugar *Lecumberri*, en Navarra, significa 'lugar nuevo', si bien hay buenos vascuistas que dudan hoy de esa interpretación de *leku*.

En general puede afirmarse que todas las palabras que expresan algo espiritual, abstracto, o superior a un elementalísimo nivel de cultura, son en vascuence importaciones latinas o románicas.

Habría que decir ahora dos palabras sobre lo que el español deba a la lengua ibérica, hablada por los pueblos conquistados por Roma, y su probable continuador el vascuence¹. Hay casos en que ya en época latina se puede saber que una palabra es de origen ibérico; por ejemplo, *páramo*, que aparece en inscripciones romanas de España, que no se encuentra en autores latinos ni en ningún otro país, y que aún forma parte de nues-

¹ Algunas veces los autores latinos dan como españolas palabras puramente latinas, como *gurdus* 'gordo', que es de origen indoeuropeo, y está en relación con el gr. *ἄραδος* 'lento, perezoso'. En cambio, debió salir de los celtas españoles la voz *lancea* 'lanza', emparentada con otras célticas. Véase WALDE, *Lateinisches Etymologisches Wörterbuch*.

tro idioma. De otro carácter es *izquierdo*; no hay en latín ninguna palabra que por su forma y significación pueda relacionarse con ésta (el latín para expresar ese concepto se servía de *laevus* y *sinister*); pero encontramos hoy en vascuence *ezkerr*, que significa 'izquierdo'; hay, pues, que relacionar ambas palabras, y admitir que *izquierdo* procede de una forma anterior al latín, no ahogada por éste, y cuyo continuador actual es el vasco *ezkerr*. Por lo demás, es muy corto el número de voces que se encuentran en este caso; se supone que nombres topográficos como *nava*, *vega*, *carpio* ('cerro', en Salamanca), *morón*, tan frecuentes como nombres de lugar, deban su origen a lenguas prelatinas. Pero es casi imposible demostrarlo científicamente, y en todo caso no sabemos si se trata de algo ibero o celta. Hay que observar que las inscripciones escritas en el llamado alfabe-

to ibérico, que llegan hasta dentro de la época romana, han logrado descifrarse, porque se sabe el sonido que corresponde a cada signo; pero luego no hay modo de saber lo que significa lo descifrado, pues las palabras que resultan no se parecen a las de ningún idioma conocido, y tampoco al vascuence ¹.

Últimamente, Schulten estudió una inscripción descubierta hace cuarenta y tantos años en Luzaga (Guadalajara); para que el lector juzgue de esta extraña lengua, la pongo aquí: *Aregratoks caruh ce-*

¹ Tampoco son comprensibles innumerables nombres propios del país vasco: *Bilbao*, *Viscaya*, *Guipúzcoa*, etc. En esto pueden influir las enormes pérdidas de vocabulario que ha sufrido el vascuence. Si una tradición de cultura no hubiese conservado el sentido de las obras literarias latinas, las lenguas romances no permitieran adivinar el sentido de muchísimas palabras. Las inscripciones ibéricas fueron coleccionadas por HÜBNER, *Monumenta linguae ibericae*, 1893, aunque está necesitando revisión su manera de transcribir el alfabeto ibero.

*cei qrtca Lutacei Augs Irahstica Erca Ue-la Tcerseqs Sh Ueisui Mlahonoe*¹. Conjetura Schulten que el primer nombre corresponde a Agreda, y que se trata de una alianza entre este municipio y el de Lutia con otras ocho ciudades ²; pero, como siempre, la lengua sigue siendo un arcano, no obstante los varios ensayos de interpretación de que se le ha hecho objeto.

Prescindiendo, pues, de esta región no romanizada, el resto de la Península adoptó la lengua latina: la política atractiva de Roma, la iniciación del pueblo español en el culto romano, especialmente en el culto religioso del emperador—con

¹ Véase *Revista de Filología Española*, 1915, página 298.

² Pero claro está que no siendo absolutamente segura la interpretación de los signos ibéricos, todo esto puede caer por tierra. V. M. GÓMEZ MORENO, *De epigrafía ibérica*, en *Revista de Filología Española*, 1922, pág. 341.

cuyo motivo había grandes asambleas populares—, la difusión de las escuelas, las vías de comunicación, todo ello influyó en que las lenguas indígenas fuesen desplazadas y absorbidas por el latín. Ocorre, sin embargo, que no obstante haberse extendido por nuestro país una lengua única, en la Península no se habla una lengua uniforme; y desde que poseemos datos históricos, nos encontramos a España dividida en tres grupos lingüísticos fundamentales, de Occidente a Oriente: gallego-portugués, castellano, catalán. Estas divisiones, en la mitad Norte de España, obedecen a causas antiquísimas; en la mitad Sur, a la expansión política de Portugal, Castilla y Aragón, que al reconquistar el país, llevaron sus respectivas lenguas. Pero antes de examinar cómo se operó esta primitiva diferenciación, conviene dar algunos puntos de vista, de orden general.

Decíamos que la Península posee tres idiomas principales (portugués, castellano, catalán) derivados del latín que hablaban los colonizadores romanos; con más exactitud puede afirmarse que estas lenguas son latín, tal como puede hablarse actualmente, después de una evolución secular, en cada una de esas regiones. Ahora bien: ¿en qué consiste esta evolución, y qué causas pueden determinar que una lengua se fraccione en varias? Es decir, ¿cómo se modifica el aspecto de una lengua, su forma? Porque aquí se trata de la variación de la forma de las palabras mismas, siendo así que la diversidad de formas es lo que determina la diferencia de los idiomas. Prescindiendo de la forma, el contenido significativo viene a ser aproximadamente el mismo, al menos en países de una civilización afín.

Acerca de la manera de producirse esas

mutaciones que determinan que de un idioma salga otro diferente, no reina una idea muy clara (como es natural) en cuanto se sale del campo técnico. Suele hablarse de que el latín se *corrompió*, y de que esa lengua tosca e informe fué después purificándose dentro de la literatura. La realidad histórica, sin embargo, no se conforma con esa idea; cierto es que los cambios profundos que sufren los idiomas cuando pierden la fisonomía que tuvieron en un momento de civilización, y adquieren otra, se han desarrollado en épocas siniestras para la espiritualidad humana; el modo de hablar y de pensar de masas ignaras se difunde sin trabas a través del cuerpo social, sin que haya una minoría selecta que con su actividad literaria, científica y de todo orden, detenga el crecimiento de lo espontáneo, y le sustituya productos sociales más meditados y valiosos. Pero

hay que admitir que las transformaciones que el lenguaje sufre en esas épocas de mínima presión social obedecen a principios normales de evolución, que excluyen la idea de desorden que este caso implica el concepto de corrupción. Tan normalmente vital es el crecimiento del trigo como el de la cizaña que le hurta el sustento. Es más, en nuestro caso, el científico encuentra planteados el mayor número de problemas, precisamente en esas épocas de tinieblas, en que se originan tan profundos cambios ¹.

¹ De aquí surge la esencial diferencia entre palabras populares y cultas, que nada tiene que ver con la diferencia actual entre voces doctas y vulgares. El concepto de popular es meramente histórico, y se refiere a aquellas palabras que sin interrupción han estado en boca de las gentes desde la época latina hasta ahora (*ojo, oreja, sembrar*, etc.); las palabras cultas, en cambio, han sido tomadas a la lengua escrita, y aunque lleguen a menudo a tener gran divulgación, el hecho de su origen les da un carácter especial pa-

Lo que acontece es que el lenguaje tiene dos aspectos fundamentales y separables: el físico-biológico y el estético-cultural. Una palabra o frase, físicamente considerada, es un conjunto de sonidos al cual va unida una representación determinada (por ejemplo: *haiga, estógamo, jpa chasco!, le hizo mal de ojo*, etc.). Ahora bien: tales palabras pueden estar o no conformes con nuestra estética, o con el

ra el lingüista (*evangelio, acto, satisfacción*, etc.).

Las gramáticas históricas y comparadas se escriben siempre a base de las voces populares. Una razón fundamental para esto, tal vez no bastante explicada en las gramáticas, es que los caracteres fundamentales de una lengua en la pronunciación, en la morfología y en la sintaxis, se encuentran dentro de la evolución histórica en el mismo grado que los vocablos populares, es decir, que vienen por tradición oral desde el latín; no hay ningún sonido español introducido por los cultos, ni un tiempo del verbo, ni una preposición; en sintaxis la acción literaria puede desarrollar o modificar giros ya dados, pero no cambiar esencialmente la construcción de la lengua. Así, pues, el cultismo es un elemento adventicio, una cubierta

rigor exigible a nuestro pensar. En los ejemplos citados puede verse cómo unas expresiones en sí nada anormales, son inadmisibles para nosotros: o por contravenir nuestro sentido actual del idioma, para el cual son normales, en cambio, *traiga, bacalao* o *testarudo* (en lugar de *traya, cabalao* y *testaduro*, que serían lo regular, atendiendo a la etimología de estas voces); o por chocar con nuestro

más o menos espesa que recubre la armazón del idioma, sin hacerle perder su forma. Ocasionalmente el número de palabras cultas puede predominar sobre el de las popular-tradicionales, y es natural que sea así, para que se puedan nombrar todas las cosas nuevas que han ido surgiendo; estos cultismos provienen del latín, del griego, de lenguas modernas, o están sencillamente forjados a base de elementos españoles; pero en ningún caso afecta su presencia a la estructura del idioma. Ésta descansa esencialmente sobre el estado de la lengua en la época que fué detenida su evolución popular, relativamente rápida, por la presión de la cultura. Por eso, para ver la entraña del idioma, hay que observar lo que pasó en las épocas de semibarbarie.

buen gusto, al que repugna *¡pa chascal!*; pero, en cambio, tolera *¡vamos, hombre!*; o, en fin, por reflejar la creencia en el mal de ojo, en contradicción con la ciencia (si es que no hablamos humorísticamente).

Las razones que determinan que un estado lingüístico perdure o desaparezca son infinitamente varias; pero es posible subordinarlas a este punto de vista, a saber: que una manera de hablar se difunde y, por tanto, se mantiene cuando participan de ella quienes gozan de cualquier forma de prestigio social; se transforma y se pierde cuando queda abandonada a las simples reacciones de un vulgo inculto. Se asegura que hay lenguas en Africa que varían profundamente en cincuenta años. En cambio, la lengua tiende a estabilizarse a medida que aumenta el poder político y la cultura. Hay en la historia de la lengua francesa una célebre

anécdota conocida con el nombre de «la desgracia de Conón de Béthune»; este buen noble picardo vino a París a fines del siglo XII, y sufrió la desdicha de que en la corte le censuraran su habla de provinciano del Norte¹; hasta hacía poco tiempo, París no había sido sino una provincia más; pero la supremacía que el rey comenzaba a tener sobre sus feudatarios —antes más pujantes que aquél— preparaba la unidad de Francia, y con ella la hegemonía del francés sobre todos los demás dialectos.

Volvamos ahora al asunto de nuestro principal interés: ¿cómo cambió tan profundamente la forma de la lengua latina y surgieron los idiomas peninsulares? La respuesta a esta pregunta va dándola lentamente la ciencia llamada filología ro-

¹ Véase BRUNOT, *Histoire de la langue française*, I. pág. 330.

mánica, que cuenta casi un siglo de existencia.

La diferencia entre el castellano y el latín nos resulta inmensa si comparamos una obra de la literatura latina con el primer documento en castellano; nos resultaría mucho menor si pudiésemos evocar el habla de las gentes que poblaban el centro de España desde el siglo v en adelante, desde una época en que todavía el latín literario gozaba de vitalidad. La lengua latina hablada, según acontece siempre, se diferenciaba grandemente de la escrita; empleaba multitud de voces no admitidas por la lengua literaria (*perna* en lugar de *crus*, *caballus* y no *equus*, *portare* y no *ferre*, *formosus* y no *pulcher*, etcétera); pronunciaba las palabras en forma algunas veces más parecida a la de las actuales lenguas románicas que a la del latín escrito; construía las frases sin el hipérbaton de Cicerón o Tácito. Esas

diferencias fueron siendo cada vez mayores, puesto que la lengua literaria quedó inmóvil y sin renovarse al desaparecer el imperio romano y aun antes. Los escritores imitan la lengua de las obras antiguas, se alejan del uso diario; y así, durante siglos, el latín se escribe como una lengua muerta.

Entretanto, la lengua vulgar había iniciado una evolución lenta, pero ininterrumpida. Es probable que ya en la época imperial la lengua latina hablada en España presentara una fisonomía especial, frente a la de las Galias e Italia; nada puede, sin embargo, demostrarse con seguridad¹. Una inscripción del siglo i dice así: *Qui asinos, asinas, caballos, equas sub praecone vendiderat*², 'que

¹ Véase CARNOY, *Le latin d'Espagne d'après les inscriptions*.

² *Corpus Inscriptionum Latinarum*, II, 5181, 1, 17.

había vendido a pregón asnos, asnas, caballos y yeguas', en que ya aparecen las denominaciones románicas del caballo y su hembra, que no son exclusivamente españolas ¹.

II

Dialectos españoles

La historia de este momento de nuestra evolución lingüística es sumamente difícil; la razón es clara y se desprende fácilmente de lo dicho. La fragmentación del latín de España en dialectos diversos se ha producido merced a un estado de completa disgregación social, durante un

¹ El latín *equus* desapareció y fué sustituido por *caballus*; el femenino sobrevivió, pero no sólo en España; en rumano *iapă*, en sardo *ebba*, en francés antiguo *ive*, etc. V. el *Romanisches etimologisches Wörterbuch*, de W. MEYER LÜBKE, número 2883.

prolongado eclipse de la cultura; no ha habido en ese tiempo clara conciencia de la colectividad ni de la nación ¹. Así, pues, la causa de la división lingüística es al mismo tiempo la que originó la falta de textos y de monumentos sobre la vida de la época. En vista de ello hay que basarse en escasos hechos, y deducir consecuencias para el pasado en vista de lo que más modernamente se nos manifiesta en los textos.

Poco sabemos de la lengua popular de la Península durante la dominación visigoda. Los escritos conservados de ese período están todos en latín; pero es se-

¹ Esta visión de la complejidad originaria de los idiomas, que a los primeros lingüistas parecía misteriosa, influyó en la afición de la ciencia romántica por estos estudios. Decía G. DE HUMBOLDT: «La lengua es la manifestación exterior del espíritu de los pueblos; está oculto para nosotros cómo ambos se reúnen en sus fuentes inaccesibles.» (*Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues.*)

guro que en la boca de las gentes se habían operado ya las transformaciones esenciales que más tarde, en el siglo XII, caracterizarán la lengua del *Poema del Cid*. Que el romance ya en época visigótica tenía existencia, se puede deducir por razones literarias; y por razones geográficas podemos barruntar algo de su carácter.

No es admisible que un pueblo comience a escribir una lengua tan diversa de la empleada por la tradición docta, si no precede a esta resolución un uso secular del idioma que comienza a adaptar la escritura; además, aunque el primer cantar de gesta conservado date del siglo XII, hay otros cantares cuya existencia asciende hasta el siglo X, aunque no se haya conservado de ellos copia alguna ¹. A raíz del sombrío drama que en el si-

¹ Véase MENÉNDEZ PIDAL, *La leyenda de los siete infantes de Lara*, pág. 16-17.

glo X (en tiempos de Almanzor) dió origen a la leyenda de los siete infantes de Lara, debieron surgir composiciones poéticas, verosíblemente en romance.

Por otra parte, desde que tenemos noticias acerca de la lengua vulgar de España, el castellano aparece flanqueado por dos dialectos perfectamente caracterizados: el leonés, a Occidente; el aragonés, a Oriente. Estos dialectos, separados por el de Castilla, sin contacto aparente entre sí, presentan, sin embargo, analogías a primera vista desconcertantes. Si observamos textos medioevales de estos dialectos, hallamos que en Huesca y Oviedo (o León) se decía *muïto*, *nuete*, *ueyo*, en lugar del castellano *mucho*, *noche*, *ojo*; estas coincidencias se extienden a muchos otros casos, sin que esto quiera decir, naturalmente, que ambas hablas fuesen idénticas. La explicación de este hecho, la más verosímil, al menos, es que

ambos dialectos estaban unidos por el Sur, y que el castellano surgió (o creció) posteriormente en la región Norte Central, a modo de abanico fué extendiéndose hacia abajo, y escindió la lengua que con cierta uniformidad se hablaba tanto en León y Aragón como en el reino de Toledo.

Es también significativo el hecho que las palabras románicas conservadas en antiguos escritores árabes, presenten en su forma rasgos comunes con esos dialectos contiguos al castellano.

Por consiguiente, el habla vulgar del Centro y Sur de la Península debía parecerse más al gallego y leonés-aragonés que al castellano ¹.

Abandonemos ahora este terreno de la

¹ Véase R. M. PIDAL, en el discurso de contestación a F. CODERA, pronunciado en la Academia española, en 1910, sobre todo págs. 71-73. Toda esta época prehistórica del romance peninsular se revela ahora gracias a MENÉNDEZ PIDAL, *El es-*

hipótesis, necesario como introducción, y vengamos al examen de realidades más fácilmente perceptibles.

Hay que hacer una distinción capital cuando se trata de los dialectos ¹ peninsulares: unas regiones hablan una lengua que, sin interrupción cronológica, viene del latín usado en España; otras, deben su dialecto a la Reconquista, y lo han recibido del modo un tanto mecánico con que el conquistador impone su cultura y costumbres. La evolución, por decir así, *natural* o espontánea del latín la tendremos en la primera; en las segundas, las condiciones son muy distintas. No

pañol de los siglos X y XI (anejo de la *Revista de Filología*).

¹ El empleo de la palabra *dialecto* responde aquí al concepto de lengua hablada, popular, en oposición al de lengua escrita, literaria, oficial. Se trata de lenguas no guiadas por la literatura, y que deben su génesis y difusión a los más sencillos móviles de cultura que condicionan la vida social, a principios de la Edad Media.

hay que decir que para el historiador, aquellas regiones son más interesantes que éstas.

En la parte Norte de la Península es donde nos hallamos esa evolución más reposada. De un modo general puede decirse que aquella zona está limitada por el curso del Duero en Occidente; por el del Ebro en Oriente. Si hoy día recorremos de Oeste a Este la faja más septentrional de España ¹, veremos que el tránsito del gallego al asturiano es gradual y casi insensible; y lo mismo de éste al castellano, del castellano al aragonés y del aragonés al catalán. Tomemos la palabra «leche»; de Oeste a Este hallamos: gallego, *leite*; ast., *lleite*, *leiche*; cast., *leche*; arag., *leite*; catal., *llet*. Y prescindiendo de la transición paulatina de unos sonidos a otros dentro de una misma palabra,

¹ Se prescinde, naturalmente, del vascuence.

cuando se examina en conjunto una región, resulta que en esas zonas fronterizas se mezclan, en una variedad desconcertante, palabras que presentan sonidos ora de uno, ora de otro de los dialectos en contacto. Es imposible, en vista de eso, trazar una raya completamente exacta entre el gallego y el asturiano, o entre el aragonés y el catalán. En cambio, eso puede hacerse bastante bien entre el andaluz y el portugués del Algarve. Es decir, que en esas comarcas del Norte la lengua ha irradiado desde un centro importante de población, y ha ido extendiéndose hasta que ha hallado una corriente opuesta; en esa zona límite, el flujo y reflujo produce una mezcolanza lingüística.

Tales zonas de límites dialectales obedecen a causas remotísimas, y por de contado anteriores a la constitución de las monarquías cristianas. Los reinos cristia-

nos actúan vivamente, más tarde, durante la Reconquista; merced a ello, el portugués llega al Algarve, el castellano a Andalucía y el catalán a Alicante. Pero ¿y en el Norte? ¿A qué se debe la constitución del grupo gallego, leonés (asturiano), castellano, aragonés y catalán? En estos últimos tiempos han prevalecido diversas hipótesis dentro de la filología románica, según el distinto punto de vista que ha guiado a los historiadores de la lengua.

Se ha creído que *la lengua de las razas primitivas* era un factor esencial; parecía natural que los primitivos habitantes de España moldearan el latín en su boca según sus respectivos hábitos fonéticos, como sucede, por ejemplo, cuando los extranjeros hablan nuestra lengua, que fácilmente distinguimos a un inglés de un italiano. Tal suposición presenta dos graves, insuperables dificultades: en pri-

mer lugar, no sabemos nada acerca de la diferencia que pudiese existir entre el habla de un astur y de un galaico, la vispera de la llegada de las legiones de Roma; y por otra parte, la experiencia de lo que ha acontecido en América, casi a nuestra vista, debe ponernos sobre aviso. ¿Cabe nada más vario y abigarrado, lingüísticamente, que el continente americano, antes de la llegada de Colón y los aventureros españoles?; y, sin embargo, ¿de qué índole son las diferencias que separan el español de Chile del de Nuevo Méjico? Son menores, y en ningún caso mayores que las que distinguen a un asturiano de un andaluz. Las verdaderas diferencias existen allá entre el español, el portugués y el inglés, grandes lenguas del continente americano, cuya razón de origen, como todo el mundo sabe, es la lengua de los distintos conquistadores. No parece, pues, de mucho peso la pre-

tensión de que valga para la España prelatina, causas que modernamente no han producido, ni remotamente, efectos de alguna consideración ¹.

Resta ahora hablar de las hipótesis de la diversa antigüedad del latín, y de las condiciones político-administrativas ².

Podía pensarse que unas regiones aceptaron el latín antes que otras, y que de esa suerte los hispanos del Centro y del Norte aprendieron un latín más tardío, por ejemplo, que la Bética, tan fácilmente romanizada. Pero tal supuesto no se-

¹ Si el latín se hubiese combinado con nuestras hablas latinas, como el francés con la lengua de los negros de Haití o con los de las islas de la Reunión, la cosa habría sido distinta. Pero, muy al contrario, sabemos que hasta época relativamente avanzada, la evolución del latín hablado fué bastante uniforme en las diversas regiones de la Romanía; es decir, que las lenguas locales no originaban productos híbridos.

² Para este asunto, véase nuestra traducción de W. MEYER LÜBKE, *Introducción a la lingüística romance*, § 18.

ría más que una imprecisa vaguedad; por mucho espacio que quisiésemos poner entre el comienzo de la latinización de España (197 a. C.) y su término (¿dos o tres siglos más tarde?) no sería bastante para que las diferencias que en ese tiempo sufriera el latín, determinararan un diverso dialectalismo en los hispanos. Luego, la comunicación con la metrópoli era continua, y garantizaba una cierta uniformidad del idioma, no obstante los matices que surgieran en cada región. Finalmente, esta hipótesis no ha sido suficiente para explicar las grandes diferencias que separan entre sí las lenguas románicas, y nótese que entre la romanización de Cerdeña y la de la actual Rumania median cuatro siglos; aunque no conozcamos, en realidad, más que el latín escrito, existen medios para pensar que el latín hablado era bastante uniforme; y en ningún caso las diferencias que pu-

diesen haber existido (decir *illui* en lugar de *illi*, origen respectivo del francés *lui* y del español *le*, etc.) son suficientes para razonar las diferencias entre el rumano y el portugués. En resumen, si las diferencias cronológicas en el latín no sirven para darnos cuenta de la desigualdad de las lenguas románicas, con mayor motivo no servirá para darnos el porqué de la variedad de dialectos dentro de la Península.

Veamos ahora las *condiciones político-administrativas*. Esta hipótesis ofrece la ventaja de no ser mecánica como las dos precedentemente enumeradas, y de tener en cuenta la complejidad de los fenómenos lingüísticos y su índole social. La forma que presentan las lenguas es obra de la imitación; hablamos como oímos, y preferimos al hablar aquellas palabras y aquellos giros que emplean las personas en las que reconocemos una su-

perioridad de cualquier clase ¹. Aun en círculos de gente instruída es dable observar cómo hay modos de hablar, ciertos gestos—formas rudimentarias de lenguaje—provinientes del individuo o individuos que gozan de más prestigio dentro de aquel grupo.

Esta acción de la minoría social es más intensa a medida que baja el nivel de la cultura. En la época en que se formaron los dialectos peninsulares—desde el siglo v al siglo x—piénsese que sólo la Iglesia representaba un seguro prestigio, y dentro de ella, las diócesis eclesiásticas constituían las divisiones administrativas más sólidas. Por otra parte, estas diócesis no surgieron en un momento dado como demarcaciones artificiales, fraguadas por

¹ ALFONSO DAUDET hace en *Sapho* un fino análisis de las huellas que en la forma de expresión de aquella cortesana fueron dejando unos cuantos individuos selectos.

necesidades del momento; en épocas más tardías pudo acontecer así.

La palabra «diócesis»¹ significaba lo que el latín «conventus», división judicial, en cuya capital reside y administra un gobernador; y según parece, las diócesis eclesiásticas no fueron otra cosa que las divisiones administrativas romanas, las cuales, a su vez, aprovecharon, en cuanto pudieron, las divisiones indígenas de los países conquistados. España comprendía catorce conventos jurídicos; los correspondientes a la parte septentrional eran estos seis: *Lucus Augusti* (Lugo), *Bracara Augusta* (Braga), *Asturica Augusta* (Astorga), *Clunia* (Peñalba del Castro), *Caesaraugusta* (Zaragoza) y *Tarraco* (Tarragona). Aunque no se conocen con precisión los límites de los «conventos», en algún caso se ha logrado establecer co-

¹ En griego διοικήσεις.

rrespondencia entre ellos y los obispados posteriores, y deducir consecuencias lingüísticas. Hay en la raya de Portugal, junto al Duero, un pueblecito llamado Miranda, cuya lengua ha preocupado a los filólogos, por su carácter intermedio entre español y portugués; a lo que más se parece, sin duda, es al dialecto del reino de León, y muchos de sus rasgos son inconcebibles en portugués: *fuolla* 'hoja', en vez de *folha*¹. Pero como Miranda pertenece a Portugal desde el siglo XII, surge la cuestión de cómo existe allá un territorio con dialecto leonés. La razón es que la tierra de Miranda había formado ya su dialecto antes del siglo XII, en una época en que dependía del obispado de Astorga, el cual, a su vez, continuaba la demarcación territorial del convento jurídico asturicense². Es decir, que el lí-

¹ Ninguna o se diptonga en portugués.

² Véase MENÉNDEZ PIDAL, *Rev. de Archivos*.

mite político entre dos reinos ha sido menos fuerte que la división secular trazada

1906, pág. 132.—Descubrimientos posteriores han venido a corroborar la eficacia de este importante método. En 1909 demostró MORF, profesor de Berlín, que el dialecto hablado en Lyon y la Suiza francesa sólo se explicaba geográficamente teniendo en cuenta los límites de las diócesis de Lyon y Vienne, cuyos límites son los del franco provenzal en el Norte, Oeste y Sur. La coincidencia es casi completa... El franco provenzal no es la lengua de un reino, sino la de un obispado. Un obispado representa un gran lazo lingüístico que a su vez se divide en pequeños grupos, formados en torno de las parroquias. Dentro del obispado, la dependencia eclesiástica, la comunidad parroquial, representa el dialecto local... La administración de los francos llama al obispado *civitas*, y muestra así la relación histórica de la diócesis con la antigua demarcación romana. La Iglesia aceptó la división territorial creada por Roma en las Galias... En medio de las luchas bárbaras de Merovingios y Carolingios, que hacían cambiar constantemente a los señores y que alteraban las condiciones políticas, permanecía inmutable la región eclesiástica, sobre la base romana, como la roca en medio de las olas rugientes». *Mundarten Forschung*, en *Bulletin de dialectologie romane*, 1909, pág. 12. Hoy se discute mucho la hipótesis de Morf, pero no puedo entrar ahora en tal cuestión.

por Roma y la Iglesia. Cosa análoga acontece con los límites del gallego y del asturiano; aquí faltan datos para fijar la demarcación de los conventos jurídicos de Lugo y de Astorga; pero es presumible que también influyeran tales límites en la naturaleza de esta frontera, ya que el gallego rebasa los antiguos límites políticos, y penetra dentro de Asturias unos kilómetros más acá del río Navia.

No quiere decir lo anterior que sólo los conventos jurídicos y sus continuadores, las primitivas diócesis, sean responsables del nacimiento de un dialecto, y sobre todo de su difusión hasta un determinado lugar. Han debido existir otras causas, menos conocidas, que han presidido a la formación de núcleos lingüísticos. Dijimos antes que el castellano había venido a romper lingüísticamente, de Norte a Sur, la relativa uniformidad que los dialectos peninsulares debían ofrecer, hacia

el siglo x; por lo menos, vino a hacer más bruscas las transiciones de un dialecto a otro. Allá al Norte de la provincia de Burgos, desde las fuentes del Ebro hasta Pancorbo y La Bureba, debió iniciarse una discrepancia dialectal por un grupo de gentes, virtualmente más fuertes y más valiosas que el resto de los hispanos. El futuro histórico reservaba a este pueblo ir afirmando su personalidad con hechos cada vez más fecundos. El conde Fernán González, en el siglo x, es nuestro primer hombre de estado, con eficacia e ideal políticos; el Cid, en el siglo xi; Alfonso Séptimo, en el xii, y Fernando el Santo, en el xiii, completarán la obra del engrandecimiento de Castilla, que más tarde culminará su obra expansiva con la conquista y civilización de América. Aquello bastó para que el dialecto balbuciente de la Cantabria hendiese a España de arriba a abajo, y fuese trasplan-

tado a otro continente con el ímpetu de los conquistadores. La literatura se encargó luego de difundir el castellano y hacer de él la lengua española, una de las más importantes del mundo.

Como rasgos típicos del castellano, al comenzar a difundirse, nos aparecen: el diptongar la *o* y *e* latinas (gallego *porta*, catalán *porta*, cast. *puerta*; *tempo*, *temps*, *tiempo*); convertir en *ch* la *ct* del latín (lat. *pectus*, gall. *peito*, catal. *pit*, cast. *pecho*); etc., etc. Como se ve, a menudo hay más semejanza entre el gallego y el catalán que entre cualquiera de éstos y el castellano; del mismo modo, el antiguo leonés y el aragonés tenían respectivamente más parecido con el gallego y catalán que con el castellano. Sería ahora de un enorme interés poder dar alguna luz sobre las condiciones históricas que determinaron el nacimiento del castellano en aquel rincón de la Cantabria;

¿se tratará de una raza distinta, más influida por elementos primitivos? Desde luego es notable que esta diferencia en cuanto al lenguaje, se vuelva a encontrar en la literatura: ninguna otra región de España ha poseído el genio de lo épico como la primitiva Castilla; desde el siglo X las siete cabezas de los Infantes de Salas habían producido una reacción poética entre los habitantes de Castilla. Por hoy debemos contentarnos con la incertidumbre.

Por el lado oriental de la Península las condiciones son parecidas a las que se dan en Occidente; aun hoy día el habla del pueblo permite darse cuenta del carácter de la frontera tradicional entre el catalán y el aragonés. El existir una región, como Cataluña, con una lengua fuertemente definida, que no ha abandonado su demarcación (lo mismo que Galicia en Occidente) ha mantenido la fron-

tera, la cual ya no existe propiamente entre el castellano y el leonés o el aragonés, por haber invadido el castellano la zona de estos últimos. Pues bien, entre el aragonés y el catalán acontece un hecho curioso ¹. Subiendo desde el Ebro, un poco al Oeste de la confluencia del Segre y llegando hasta Tamarite, la frontera lingüística es uniforme; los pueblos a la derecha de la línea hablan catalán; los de la izquierda, no. Pero al llegar un poco más al Norte las cosas se complican, pues en una zona que va aproximadamente desde Barbastro hasta el curso del Noguera Ribagorzana, ya no hay límite preciso; ciertos modos de pronunciar catalanes llegan hasta el río Cinca (rebasando el límite político-administrativo de Cataluña), y en cambio hay otros que se quedan muy dentro de la provincia de

¹ Véase R. MENENDEZ PIDAL, *Revista de Filología*, 1916, págs. 77-78.

Lérida (*chinebro* 'enebro' está en ese caso). La explicación de esta diferencia es, como antes se indicó, que en la parte más septentrional nos encontramos ante la evolución primitiva, lenta, de los dialectos, en tanto que al venir más al Sur hallamos límites violentos impuestos por la reconquista. En un caso, los límites se mejan a los de las aguas en una inundación; en el otro, se trata de una canalización artificial. Los límites de la parte Norte son anteriores a la constitución de los reinos pirenaicos, y de las circunscripciones religiosas que se conocen en el territorio. Lo único seguro es el hecho que de Oriente (¿de Tarragona, de una emigración del otro lado del Pirineo?) salieron ondas dialectales que fueron deteniéndose paulatinamente al encontrar corrientes opuestas. La región de vacilación lingüística es mayor, cuanto más antigua; y de la complicación de estos fe-

nómenos dará idea el principio que hoy regula las investigaciones de la geografía lingüística: cada palabra tiene su historia y su área de difusión propias.

El habla andaluza

I

Es Andalucía una región que destaca su singularidad, en forma extremada, frente a las restantes de la Península. El habitante de más allá de Despeñaperros no posee probablemente rasgos distintivos más acusados que los de un gallego o un valenciano; pero, en cambio, nadie arrojará al exterior con tanta violencia sus peculiaridades de grupo regional. Parece como si lo típico andaluz residiese en la forma de exteriorizarse, más bien que en la índole del motivo interno de esa agitación y zarandeo ante la vida.

Mezclados con los hombres de otras provincias, bastan unos momentos para que el andaluz diga «aquí estoy». Cierta vez miraba un grupo de obreros españoles que regresaban de Francia; había madrileños, bilbaínos, valencianos, etc. A los pocos momentos el andaluz se había destacado, y no sólo por su acento; en seguida conocimos su situación íntima y familiar; las noticias de su trabajo en Francia eran varias y abundantes; pero necesité la intervención de un madrileño y de un bilbaíno para interpretar con justeza aquel raudal de informaciones vehementes e imprecisas. Esta experiencia se hace a cada paso: en la calle, en el café..., y sobre todo en Andalucía.

Una región así, en que las facultades expresivas tienen ese vigor, constituiría un excelente campo de estudio para los lingüistas, sobre todo en lo que afecta a la parte más espiritual y sutil del len-

guaje. Por desgracia, nos faltan en España estudios de psicología regional, debidamente cimentados, no obstante lo mucho que se habla y se escribe acerca de ello. La historia íntima y la etnografía de las diversas comarcas no están hechas; y resulta por esto difícil razonar, aunque sea elemental y someramente, sobre el habla de las provincias meridionales, tan íntimamente relacionada con la psicología y la historia del país.

Colocado junto al gallego, leonés, aragonés y catalán, determinaremos en seguida el lenguaje de Andalucía diciendo que no es, como aquéllos, una continuación evolutiva del latín hablado en España. El andaluz es el castellano del centro de la Península que se difundió sobre las tierras reconquistadas, desde el siglo XIII (ocupación de Córdoba y Sevilla) hasta fines del XV (toma de Granada). Sus rasgos esenciales se reducen a

diferencias en el modo de articular los sonidos del castellano, y al arcaísmo y abigarramiento de su léxico. Andalucía, sobre todo la parte oriental, vivió y vive alejada de Castilla; este aislamiento, unido a la débil acción que la lengua literaria y refinada ejerce en todo nuestro pueblo (falta la escuela ¹), ha favorecido la conservación de voces y giros antiguos. Es cierto que en otras comarcas acontecen hechos parecidos y aun más acentuados. Al oír el habla de ciertos pueblos del Norte de Zamora, tenemos la sensación de encontrarnos en el siglo XIII: terminaciones en *iello* en vez de *illo*; *f* inicial (*fumo*), etc. Pero, como decía, en tales casos se trata de dialectos paralizados en su evolución histórica, como los *patois* de Francia e Italia; en tanto que en Andalucía se trata esencialmente de la lengua

¹ El analfabetismo en Andalucía llega, en algunas provincias, hasta el 70 por 100.

de Burgos y de Toledo, que ha quedado estancada o abandonada a una tardía y espontánea evolución.

Esa es la causa de que los rústicos de muchos pueblos andaluces nos hagan oír giros y palabras de la literatura de los siglos XVI a XVII¹, hoy excluidas del uso, pero que entonces eran patrimonio de todos.

Este aspecto de la cuestión ha sido poco observado, y sólo un lingüista puede percibirlo debidamente. Tampoco se conoce bien el sentido de aquella región para la metáfora, la creación de nuevos modos de decir, etc. En cambio, las peculiaridades de la pronunciación, realzadas por la facultad intensamente expresiva del an-

¹ En otras regiones se nota también fenómeno análogo; pero, hasta donde puede afirmarse sin haber hecho un estudio completo de ese hecho, fuera de Andalucía a veces conviven arcaísmos remotos con otros más recientes; en andaluz creo que hay poco arcaísmo remoto.

daluz, hace que su acento (articulación de los sonidos, ritmo y entonación de la frase) sean cosa manifiesta para todos los españoles, los cuales fácilmente imitan o caricaturizan a los de las tierras meridionales. La tauromaquia, el flamenquismo, netos productos que Andalucía se ha cuidado mucho de exhibir ante el resto de España desde el siglo XIX, junto con el teatro de los señores Quintero—forma elaborada y valiosamente artística del lenguaje, del desgarro, de la chulapería, del ingenio o de la sensiblería andaluces, pero que quizás no pone siempre de relieve las notas más íntimas y profundas que haya en la raíz de todas esas apariencias—, todo ello contribuye a que cuando decimos andaluz surja la representación de un sujeto de abundante hablar y no demasiado hacer, que se come las eses finales, manotea con cierto hieratismo—iniciando movimientos que,

prolongados, nos darían la silueta de un lance de capa—, y que matiza su charla con imágenes e interjecciones de variado y subido color.

Pero esta representación vulgar y corriente de Andalucía se detiene, como es natural, muy en lo exterior de aquel país. A los hombres de ciencia y a los artistas tocaría darnos una intuición más profunda y permanente de lo andaluz. Dos Universidades tiene Andalucía: en Granada y Sevilla, con ociosas Facultades de Letras y de Historia; realmente lo menos que podrían hacer éstas sería estudiar científicamente aquella admirable región.

Limitándonos ahora al lenguaje, en seguida que abandonamos la postura del espectador ingenuo, el habla andaluza adquiere una insospechada complejidad. Empezamos por no poseer descripciones completamente satisfactorias de aquella pronunciación. Los únicos estudios cientí-

ficos sobre la pronunciación andaluza son los del alemán Schuchardt¹ y del sueco Wulff² (Sevilla y Granada). Pero estos trabajos, no obstante su valor, hoy son insuficientes. No conocemos, por ejemplo, el área del seseo y el ceceo, ni su distribución por clases sociales; tampoco la distribución de las diferentes particularidades de pronunciación; entre un granadino y un onubense hay tanta o mayor diferencia que entre un cordobés y un murciano o extremeño. Por otra parte, tomando un rasgo concreto, la dificultad de localización se aumenta. Sea, por ejemplo, la *s* final, que en andaluz se sustituye por una aspiración laríngea, y produce además fenómenos notables de asimilación; al decir *las manos*, la *s* de

¹ *Die Cantes flamencos*, en la *Zeitschrift für romanische Philologie*, t. V.

² *Un chapitre de phonétique andalouse*, Estocolmo, 1889. (Recueil offert à Gaston Paris.)

las se convierte primero en una aspiración laríngea y luego en una *m* pronunciada sin vibración de las cuerdas vocales (es decir, sorda): *lammanos*. Lo mismo acontece cuando sigue *v* (*lovientos*) y otras consonantes. Pues bien, igual fenómeno se produce en la provincia de Toledo; y en la de Cuenca se oyen palabras sin *s* final. Muchos otros hechos parecidos a éste revelan que desde el antiguo reino de Toledo hasta Andalucía, la evolución del castellano fué continua y gradual; unos fenómenos de pronunciación empiezan más o menos al Norte, lo que hace que no se conozca en realidad dónde comienza el andaluz; desde luego no coincide con los límites administrativos de las ocho provincias, y dentro de éstas, como decía, las diferencias son notables.

A pesar de todo, los caracteres más esenciales del andaluz pueden encerrarse en algunos ejemplos. Dificulta mucho

la exposición no poder utilizar signos fonéticos, cuyo valor convencional haya sido explicado previamente, pero que no se armonizan con el carácter de este libro.

Las consonantes sonoras intervocálicas del castellano *d* y *g* desaparecen (no la *b*): *deo*, *ñuo* (nudo), *esnuo* (desnudo), *to* (todo), *peir* (pedir), etc.; *miaja* (migaja), *mijita* (migajita), *pujar* (pegujal). Esto último es menos general que la desaparición de la *d* entre vocales; se dice *ciego*, *lagaña*, etc. Claro está que estas mutaciones producen variación en la duración de las vocales, e incluso alteraciones profundas que pueden cambiar la forma de la palabra (*pujar* por *pegujal*).

La pronunciación andaluza representa en general una disminución de sonidos respecto del castellano, como éste, en el siglo xvi, representa a su vez una reducción respecto de la lengua medioeval.

Así, por ejemplo, las terminaciones en *azgo*, son en andaluz: *ajo* (*portajo*, *novia-jo*, etc.). La diferencia entre *z* y *s* está completamente borrada; y así, o se dice todo *s* (*haser*, *serrar*) o todo *z* (*zubir*, *zaber*, *nezeziá*, etc.); esto último ocupa una zona menor, y donde se da, no es tan uniforme el ceceo como lo es la reducción a *s* de toda *z*.

Por cierto que esta alternancia de seseo y ceceo puede explicarse en parte por la forma de articularse la *s* andaluza. El castellano pronuncia la *s* apoyando la punta de la lengua en los alvéolos superiores; el andaluz, al contrario, apoya la punta de la lengua en el dorso de los incisivos inferiores: en esa postura es muy fácil deslizar la punta de la lengua entre los dientes y pronunciar una *z*.

Respecto de la *s* o *z* finales de sílaba, la alteración es mayor, porque se convierte francamente en una mera aspira-

ción en las cuerdas vocales, muy distinta de la *j*, y que puede representarse por una *h*: *lah doh* (las dos), *ehte*, *avihpa*. Cuando sigue *b* o *v*, *m*, *l*, *n*, *g*, entonces, como dije, la aspiración se asimila a la consonante siguiente, pero se pronuncia «sorda»: *mul-lo*, *muh-lo* (muslo), *tinnar*, *tihnar* (tiznar), *la hallinas* (las gallinas), etcétera.

La *r* final de sílaba pierde a menudo su vibración, y viene a pronunciarse en la misma forma que la *s*, de que acabo de hablar: *canne* (*cahne*, carne), *vihen* (virgen). En posición final absoluta la *r* se convierte en *n*: *mejón*. A veces se pierde la *r* sin dejar rastro, y se dice *traélo*, *lleválo*; también se oye *subillo* y *bajallo*, y ambos casos se encuentran en el castellano antiguo ¹.

¹ En Córdoba he oído *alimar* por *animal*; el hecho es curioso, porque recuerda el paso de *animalia* a *alimaña*.

El andaluz ha suprimido la distinción entre *ll* e *y*, en lo que coincide con el madrileño ¹.

Ocurre a menudo que la peculiaridad andaluza consiste en articular algunos sonidos en forma distinta de la del castellano, como vimos respecto de la *s*; en efecto, la *j* se forma con la parte posterior de la lengua y el velo del paladar, pero en un punto más hacia atrás que el castellano. Eso hace que si oímos a un andaluz decir *hijo*, nos parezca que lo pronuncia más flojamente que un castellano.

La *h* inicial de palabras que tenían *f* en latín, se aspira en andaluz: *hilo* (no *ilo*, como se pronuncia en Castilla), *humo*, *haser*, etc. Así se pronunciaba en el reino de Toledo, aun en el siglo xvi.

¹ Es general en andaluz *presio* por *presidio*; compárese con esto el antiguo *omecillo* por *homicidio*, cuya *ll* ha debido ser primero *y*. *Rayo* deriva del latín *radium*.

Fenómenos de menor importancia, y que actualmente conocen otras regiones (León, por ejemplo), es la conversión de *l* en *r* tras consonante: *prato* (plato), *branco* (blanco).

He aquí algunos de los rasgos más salientes del andaluz vulgar, en cuanto a la pronunciación. En las clases más cultas, muchas de esas particularidades desaparecen por influencia de la lengua literaria; no obstante, ocasionalmente, en el habla descuidada, pueden aparecer casi todos los hechos notados (no creo que la aspiración de la *h* inicial); cada ciudad requeriría para esto un estudio especial ¹. La base de la investigación, sin

¹ Un detalle del vocalismo. En *lah doh*, la *o* final se pronuncia muy abierta en la provincia de Granada; es decir, acercándose a la *a*; en Ronda, esa misma *o* la he oído muy cerrada; es decir, acercándose a la *u*. Multitud de otros puntos exigirían una detenida observación geográfica, y la formación de una fonética completa del andaluz.

embargo, será siempre la lengua de los campos. Un estudio de esta índole, el día que se haga, será rico en resultados para conocer la historia del español de América, cuya fonética es en mucha parte andaluza. Además, por el carácter de «archivo» que presenta Andalucía respecto del castellano, por los residuos que el tiempo ha ido depositando allá, aquel dialecto ilustrará muchos puntos de la lingüística española.

II

El léxico vulgar de Andalucía, como el de las demás regiones de España, tiene una parte que le es propia, y otra coincidente con el habla de la generalidad del país o de ciertas comarcas. La separación de ambas clases de palabras ofrece en la práctica grandes dificultades,

sencillamente porque no poseemos diccionarios de la lengua vulgar de Castilla, de León, de Aragón, etc. Los trabajos que existen ¹, siendo siempre estimabilísimos, distan de ser completos, y muchas veces son obra de aficionados, que toman como peculiar del país lo que se habla en toda España.

Como antes decía, el léxico propio del andaluz no es esencialmente sino castellano un tanto anticuado, tal como se refleja en la literatura del siglo xvii. Hay también palabras de más remota antigüedad, que han quedado aisladas en Andalucía; pero son raras ². En fin, hay creaciones modernas, producto de la evolución del lenguaje en la fantasía del pueblo. Unos cuantos ejemplos servirán de sostén a estos puntos de vista, sin as-

¹ El más aceptable es el del señor Baraibar, sobre voces de Álava.

² Más adelante cito *ataute* y *niervo*.

pirar, naturalmente, más que a llamar la atención sobre la materia.

Se ha pensado algunas veces que lo típico del andaluz provenía de haber conservado más voces del árabe que los restantes dialectos de la Península; mas esto no es exacto. Cierto que se usan allá palabras de origen árabe, al parecer no conocidas, o en menor grado, en otras regiones: *marjal* 'medida agraria', *almatriché* 'reguera', *almud* 'celemin', *alcarcil*¹ 'alcachofa silvestre', *cauchil* 'registro de aguas', etc., etc. Pero aparte que estas palabras proceden en muchos casos de un uso antiguo y general en castellano, la idea de un arabismo peculiar de la región se desvanece cuando vemos que en otras hablas peninsulares ocurren también voces árabes, no usadas en Andalucía; el portugués, por ejemplo,

¹ En América del Sur, *alcaucil* 'alcachofa'.

llama aún *alfaiate* al sastre, *alfageme* al barbero, etc.; y por eso no podemos hablar del carácter árabe del portugués. En todas las regiones acontece algo parecido¹.

El carácter arcaico del andaluz se nota comparando modos de decir actuales con la literatura de la época clásica; se observan entonces coincidencias, las cuales han dado lugar a que el señor Rodríguez Marín, editor del *Quijote*, hable del andalucismo de Cervantes². Lo contrario sería la verdad; es decir, el castellano (o el cervantismo) del andaluz moderno. «De zapateadores no digo nada,

¹ Formas como *alaule* 'ataúd', al parecer mera supervivencia en Andalucía del árabe *al-lahut*, se encuentran en el castellano del siglo XIII: «atahut» (*Libro de Apolonio*, copla 283), y del siglo XV (*Libro de los exemplos*, LXXIX).

² En la *Revista de Filología española*, 1917, páginas 397-398, demostré lo insostenible de esa opinión, incompatible con cuanto sabemos sobre la evolución moderna del español.

que *es un juicio* los que tiene muñidos» (*Quijote*, parte II, cap. 19); «es una cantidad enorme», diríase hoy. Pues bien, en Andalucía se dice aún «es un juicio» para indicar 'bulla y aglomeración de gente'.

«Un palomino de *añadidura* los domingos» (*Quijote*, I, 1); el Diccionario académico dice únicamente: «*Añadidura*, lo que se añade a alguna cosa»; pero Cervantes al escribir esto tenía de *añadidura* el concepto más concreto que refleja el Diccionario de Covarrubias (1611): «añadidura es lo que se da más del justo y cabal peso». Actualmente, en ciertas partes de Andalucía, *añadidura* (pronunciado *añiura*) es, en efecto, el trocito de carne que regala el carnicero al comprador.

Más que 'aunque', tan usado por nuestros clásicos, existe aún en andaluz, pronunciado *manque*: «manque lo maten no

lo hace», lo mismo que subsiste en el español de América.

Atacarse y *desatacarse* 'abotonar y desabotonar los pantalones', recuerda las antiguas calzas atacadas, que se ataban al jubón por medio de cintas o agujetas, etcétera.

Es posible que en otras regiones se usen estas antiguallas; de todas maneras quedaría como un rasgo de Andalucía el que esas voces y giros pueden referirse principalmente a la lengua que nos han transmitido los escritores del siglo de oro, y no al latín hablado en España. Me explicaré. Cuando encontramos en portugués, en gallego y en el antiguo reino de León la palabra *seixo* con sus variantes *seija*, *xeixo*, *xeixagal* con el significado de 'canto, piedra, pedregal', eso se debe a que dichas comarcas adoptaron la palabra latina *saxum* 'guijarro', que no aceptó la región central, la cual prefirió

petra, o el derivado ibero *guijarro* (compárese el vascuence *arri* 'piedra'). El italiano, en cambio, conservó el latino *saxum*, y de ahí *sasso*, *sassone*, en lo que el italiano coincide con el portugués.

Casos como éste es muy probable que no existan en andaluz. Sus peculiaridades dialectales deben venir de los dialectos del Norte, lo que seguramente se pondrá de manifiesto el día que un mapa nos dé el área geográfica de cada palabra del español. Consultando, por ejemplo, la *Colección de voces de uso en Aragón* (Zaragoza, 1903), de Puyoles, hallo estas correspondencias con el andaluz de la provincia de Granada: *ansias* 'náuseas' (falta en el Diccionario académico); *babero*, en arag. 'bata que usan los niños'; en and. 'delantal de los chicos' (falta esta acepción en el Dicc. acad.); *barfolla*, en arag. 'hoja que recubre la mazorca del maíz', en and. *farfolla*, y de aquí,

respectivamente, *esbarfollar*, *farfollar* 'quitar esas hojas' (que falta en el Diccionario académico). *Empreñar* 'mortificar, fastidiar a alguno'¹, se usa también en and.: *jempreñate!* '¡fastídate!' (el Dicc. acad. sólo trae la acepción etimológica de «hacer concebir a la hembra»). *Fiemo* 'estiercol' se oye también en and. y en arag.; *malacatón*, por melocotón, etc., etc. Es probable que algún lector sepa que las palabras citadas se dicen también en muchas otras partes, lo que no tendría nada de extraño.

Con el asturiano podría intentarse una comparación que daría el mismo resultado que el esbozado con el aragonés: *den-guno* 'ninguno' se dice en Sevilla, y *den-gún* en Asturias; y respecto de la fonética, téngase presente que una parte de Astu-

¹ Citado por B. Coll, *Colección de voces usadas en la Lútera*, impresas con el citado diccionario de Puyoles.

rias dice *jorno*, *jilo*, etcétera, lo mismo que un habitante de la campiña de Córdoba.

He aquí aún algunas curiosidades. *De juro* 'ciertamente', era corriente en la literatura clásica, y es hoy popular en andaluz, y literario en algunos países de América. Blanco Fombona lo escribe; el Dicc. acad. no lo da como anticuado, pero dudo que lo entienda un castellano no ilustrado. Es notable la frase *hacer mala orilla* 'tiempo lluvioso y ventoso' y *buen orilla* 'el tiempo bueno, que sucede al anterior'; el Dicc. acad. sólo dice *orilla* 'vientecillo fresco', pero Covarrubias explica: «algunas veces significa un ventecillo fresco que traspasa el cuerpo; y cuando éste corre, decimos «correr mala orilla». Compárese, «Después de las muchas lluvias, viene *buen orilla*», Arcipreste de Hita (siglo xiv), 796; «movióse la tempesta, una oriella brava», Berceo (siglo xiii), *Milagros*, 591.

Determinarse, en el sentido de 'decidirse a hacer algo', es actualmente un cultismo; en andaluz ha evolucionado hasta la forma *aterminar*, que es sinónimo de 'atreverse, decidirse': «No se *atermina* a venir».

Niervo 'nervio' figura como anticuado en el Diccionario académico; además de en Andalucía, vive, que yo sepa, en Asturias, Ciudad Rodrigo y Aragón. Fray Luis de Granada usa *niervecico*.

Ofrecen especial interés aquellas palabras que viviendo en boca del vulgo andaluz, no se encuentran registradas en el Diccionario académico.

Crestellado se dice del gallo cuya cresta tiene hendiduras más profundas de lo corriente (¿derivado de *cresta*, *estrellado*?). *Lorigada* se llama la gallina de pluma gris y blanca (¿tendrá relación con el aspecto que presentaba la loriga?; en ese

caso tendríamos aquí un curiosísimo arcaísmo).

Malacolor 'el palomo de color café con leche o rojizo claro'; *color* guarda en este caso su antiguo género femenino; cabe pensar que aquí influyera la superstición que consideraba nefasto el color rubio o rojizo del pelo, que hizo escribir a Quedo «ni gato ni perro de aquella color».

Mijera, raíz nudosa de la grama que se desarrolla en enorme proporción (*mijero* significó 'miliario', y deriva del latín *milliarius*)¹. *Polvijero* 'polvareda' supone la existencia de una forma **polvijo*.

Rejuz 'ruin, pequeño' (se aplica a la cría peor lograda de un animal. Eguílaz, *Glosario de palabras de origen oriental*,

¹ También pudiera venir de la herba miliaria, que cita Plinio, una variedad de mijo o panizo; es decir, que sería etimológicamente yerba que nace junto al mijo o le daña.

página 482, piensa que es voz árabe; pero en vista de las formas burgalesa (*rebús*), alavesa (*reús*) y soriana (*rus*), parece que su origen es sencillamente el latín *refusum*¹.

En la literatura clásica ocurre mucho *disanto* 'día de fiesta': «El buen aldeano guarda el día del disanto» (Ant. de Guevara); «la oveja el disanto degollada» (Luis de León); no conozco el área que hoy ocupe esta palabra, que oí emplear a un pastor en Ronda: «disanto mudable».

El Diccionario académico no registra el uso reflexivo de *enfermar*, y Cuervo (*Apuntaciones críticas*, 1907, pág. 321) lo censura como americanismo; habría que criticarlo también como andalucismo², si es que hay lugar a la crítica.

El granadino *desnoclar* 'desnucar' se

¹ V. *Revista de Filología española*, 1920, página 137.

² Lo he notado en el Puerto de Santa María.

relaciona con *nuca* en forma poco clara; por Albacete dicen *esñuclar*, y en Salamanca (Villarino) aparece la *o* de *desnoclar* en *esñocarse* 'dislocarse un hueso'.

Habría que examinar si el andaluz de Gibraltar no representa un grado más de arcaísmo, entre otras razones, por la presencia de judíos de lengua española.

He notado allá frases como ésta: «Las mujeres son muy *hablistanas*». «Te *prometo* que no he bebido lo que dices». *Hablistán*, usado por Juan de Valdés¹, no sé qué extensión tendrá actualmente, pero no lo he oído en otra parte.

En cuanto a *prometér*, es realmente curiosa la conservación del sentido de 'asegurar', tan frecuente en la literatura del siglo de oro, y conservado, por ejemplo, en Chile.

Y basta como muestra de lo mucho que

¹ *Diálogo de la lengua*, edic. Bühmer, pág. 414.

obtendríamos para el conocimiento de nuestro idioma reuniendo escrupulosamente voces de la lengua hablada. Esta labor realizada en Andalucía sería remuneradora para el lingüista y para el amigo de curiosidades. Un léxico de Andalucía debiera comenzar por sacar de los escritores regionales cuanto sea típico del país; habría que aprovechar a Valera, Estébanez Calderón, Fernán Caballero, Ganivet, Arturo Reyes, López Pinillos (*La sangre de Cristo*, *A tiro limpio*, etc.), los Quintero, Rodríguez Marín (*Cantares andaluces*) y algunos más. Estos autores, unas veces con intención y otras sin ella (caso este último de gran interés), consignan palabras y giros de Andalucía, que reunidos metódicamente serían un excelente punto de partida para el estudio.

Aludí antes a la evolución peculiar de algunas palabras en andaluz, y daré ahora algunos ejemplos. Algunos escritores

del siglo xvii (entre ellos Quevedo en *El Buscón*) emplean la frase latina *per signum crucis* en el sentido de 'chirlo'; este *per signum* aparece hoy bien desfigurado en boca andaluza, que han hecho de él *porsino*, y le han dado el sentido de 'chichón'. Más interesante es *dejar algo a ventestate* 'abandonado', como expuesto al viento, derivado de *ab intestato*, con ingerencia popular de la idea de «viento». El antiguo *en igual de* 'en vez de', perdida la noción de su antiguo significado, se ha convertido en dos palabras *anigual de*, cuya composición desconoce el que habla.

De otro orden es el caso de *manilla*, que de aro para la muñeca, ha pasado a significar argolla en general.

El *ejido* es, según se sabe, la parte de las afueras del pueblo adonde se celebran el mercado y otras reuniones; de aquí ha salido *lejió* ('un lejió de gente'), para indicar una gran muchedumbre.

No cansaré al lector con más ejemplos. Lo escrito es sólo una levisima indicación del interés que ofrece el habla andaluza, aún tan poco explorada; cada provincia daría ocasión a estudios amplísimos. La Alpujarra, la Serranía de Ronda, las llanadas de Córdoba y Sevilla, Huelva, encierran admirables sorpresas para el que la recorra con el oído atento, y con la adecuada preparación para discernir lo trivial de lo interesante. Ojalá un desarrollo creciente de la cultura permita realizar lo que ya en 1881 pedía Schuchardt: «Todas estas cosas, la fonética, la morfología, el léxico, la sintaxis del andaluz no sólo deben servir para hablar de ellas ocasionalmente, sino que deben ser llevadas a especiales trabajos, que en otras partes han surgido con el estudio de la literatura popular o a continuación de aquél»¹.

¹ *Die Cantes flamencos*, en *Zeitschrift für romanische Philologie*, V, 1881, pág. 321.

La significación de las palabras

Las cuestiones relativas al lenguaje ofrecen, en general, como característica, un aspecto vulgar; todo el mundo se juzga apto para intervenir en ellas, y hasta acontece que no se estime bastante la labor del técnico¹. Sin embargo, pocas ciencias hay en que se rocen problemas más difíciles e intrincados; éstos aparecen sobre todo en esa zona del lenguaje en que interviene directamente el pensar, y en general la vida interna del espíritu.

¹ Ya decía en el siglo xvi Juan de Valdés: «Por que es la más recia cosa del mundo, dar regla donde cada plebeyo y vulgar piensa que puede ser maestro». *Diálogo de la lengua*, ed. Böhmer, página 370.

En ese sentido, es de gran interés el estudio de la «semántica», o técnica de la significación de las palabras. De un modo elemental y procurando soslayar dificultades, diré algo sobre ello.

Observando nuestra habla, veremos que no hay en ella más que dos aspectos fundamentales: el sonido (el lado físico) y la significación que expresan (el lado cultural). La gramática, y singularmente la gramática que se encuentra en los tratados corrientes¹, casi no es más que una parte de la semántica. Las partes de la oración no se refieren sino a los modos generales de expresar la existencia de las cosas y las cualidades, relaciones o modalidades que distinguimos en ellas. Pero fuera de estos modos generales de significar que, abstraídos de los fenómenos particulares, forman la

¹ Es decir, que la fonética y morfología apenas figuran en ellos.

gramática, queda aún la cuestión del significado concreto de cada palabra; por ejemplo, cuando la gramática nos dice que tal palabra es nombre, entendemos que posee la aptitud genérica de designar la existencia de un objeto, material o ideal; esa noción de existencia puede estar modificada por conceptos que la amplíen o limiten (sentido colectivo, distributivo, etc.); pero en ningún caso salimos del aspecto general, pues la gramática, en último término, no es más que el análisis de cómo se reflejan en el lenguaje las formas generales de pensar, de querer y de sentir.

Pero esta semántica general deja fuera los problemas concretos que se plantean con motivo del contenido significativo de cada palabra; la palabra *árbol* corresponde a la categoría de aquellas que significan la existencia de objetos, pero la gramática no me dice por qué estos cinco so-

nidos significan concretamente la planta de mayor tamaño. Entonces interviene la semántica propiamente dicha; y por ella sabemos que *árbol* significa esa clase de plantas, porque los latinos, cuya lengua continuamos hablando, aunque muy transformada, se servían de ese mismo vocablo. Si ahondamos más, averiguamos que en la lengua indoeuropea, de que procede la latina, la palabra de donde salió el latín *arbor* era *ardhos*, que significaba 'gran crecimiento'.

Vemos, pues, que a pesar de haber retrocedido tantos miles de años en la historia, al ir a asirlo, el significado de esos sonidos se nos marcha a gran distancia; de nada serviría ponernos a buscar por qué *ardh* significó crecer, pues aun cuando poseyéramos la historia de ese tema verbal, veríamos que llegaba un punto en que *ardh* había venido a significar el con-

cepto «crecer», porque otro concepto análogo a «crecer» se expresaba con parecidos sonidos; y así, hasta el comienzo de los tiempos. La conclusión es que no hay ninguna razón interna para que a ciertos sonidos corresponda necesariamente una significación; esto sólo acontece en la onomatopeya (voces imitativas de ruidos), que tan escaso papel desempeña en las lenguas. Nos es desconocida la causa de haberse aplicado por primera vez un nombre a las cosas; prescindiendo de la creencia mitológica de que los dioses se entretuvieron en nombrar los seres, la ciencia no sabe nada sobre ese punto. El hombre, desde que dispuso de sonidos bucales, motejaría los objetos de su alrededor con sonidos y expresaría con ellos sus estados psíquicos; desde el momento que un hombre comprendió la relación que su semejante establecía entre un sonido y un objeto o un estado de

ánimo, estaba creado el lenguaje¹. Compárase el papel que desempeñan los gestos, más desarrollados a medida que la gente es menos culta; la relación con su significado es tan arbitraria como la del lenguaje: para expresar la idea de «marcharse», nosotros chascamos el pulgar con el dedo de en medio, y un francés, para expresar lo mismo, pega con la mano derecha en el dorso de la izquierda.

Por consiguiente, si la investigación de la razón última de por qué a unos ciertos sonidos va afecta una determinada sig-

¹ Compárese con lo que ha ocurrido en nuestros días con el vocablo *sicalipsis*: unos hombres de alegre humor lanzaron la palabra en Barcelona, en condiciones que se veía muy bien que se referían a lo picaresco sexual, y nadie vacila hoy sobre su significado. (Ahora ha trazado exactamente la historia de su reciente origen F. R. Morcuende, en *Rev. de Filol. española*, 1919, pág. 394.) El esperanto demuestra cómo se llega a crear un lenguaje artificial.

nificación no conduce a nada, hay que tomar un punto de vista psíquico e histórico, y preguntarnos cómo, dada la correspondencia entre una palabra y su significado, se rompe esa relación y la palabra comienza a significar otra cosa. Nuestra atención se traslada, casi por completo, a los fenómenos que ocurren en el espíritu, pues lo que hay que averiguar es cómo gira nuestra mente, y da a una palabra un sentido que no tenía; por eso la semántica debe definirse en realidad como la ciencia del cambio de significación de las palabras. En ella intervienen tanto la psicología—conocimiento de las condiciones permanentes del pensar—como la filología—estudio de la evolución histórica de la cultura reflejada en el lenguaje.

Eludiendo complicaciones, puede decirse que el cambio de significación está motivado por una de estas dos razones

capitales: I, cambio de la naturaleza del objeto significado; II, modificación de nuestro estado subjetivo, respecto del objeto. Por ejemplo, la palabra *coraza* deriva de *coriacea*, que en latín significaba 'cosa de cuero'; sin embargo, hoy se aplica al vestido de acero que usaban los guerreros antiguos, a la cubierta acerada de los barcos, etc. Lo que ha ocurrido es muy sencillo: las corazas primitivas eran de cuero; cambió el objeto de naturaleza y siguió empleándose el mismo nombre ¹. Hoy llamamos «lámparas» a las eléctricas, que carecen de aceite y torcida; «subsecretario», al inferior del ministro, aunque éste no sea ya «secretario de despacho», etc., etc.

¹ Para mayor exactitud hay que decir que al cambio de la naturaleza del objeto acompañó una mutación en la forma de representarse al objeto: *coraza* no era sólo un indumento de cuero, sino un arma protectora, y este aspecto general convenía lo mismo a la coraza de cuero que a la de acero, que a la cubierta protectora del buque, etc.

Los cambios más complicados son los de la segunda especie, ya que son infinitos los motivos que pueden hacer que nuestra mente varíe el rumbo de sus representaciones. En general se trata de asociación de representaciones, pero a veces hay que recorrer un largo camino antes de atar los puntos extremos.

La palabra *estantigua*, según el Diccionario académico, significa dos cosas: 'visión o fantasma' y 'persona muy alta y seca, mal vestida'; dice ese libro que es contracción de *hueste antigua*; buscamos en *hueste*, y significa 'ejército en campaña'. Como se ve, es algo complicado comprender como un 'antiguo ejército en campaña' puede venir a dar en 'persona muy alta y seca, mal vestida'. Es muy ameno este Diccionario de la Academia¹. La explicación hay que buscarla

¹ El Diccionario de la Academia, de índole elemental, y alejado exprofeso de la ciencia, po-

en otra forma: según el lenguaje de la Iglesia, Satanás era llamado 'hostis antiquus'; es decir, enemigo antiguo del género humano; y este concepto del diablo hizo que la superstición popular llamase 'hueste antigua' a las procesiones de aparecidos durante la noche; en las novelas de Valle-Inclán, que se desarrollan en Galicia, aun hay quien habla con terror de esa *hoste* demoníaca¹. Esa superstición perdió fuerza, dejó la palabra

día excusarse de dar etimologías; porque es inadmisibile que escriba las cosas a medias, como en este caso, y las desnaturalice; o que, francamente, diga enormidades: *Gallofa*, comida que se daba a los pobres, viene, según la Academia, del latín *gallus* 'galo' y de *offa* (griego) 'sopa'; *zapato*, del latín *zapatus*, etc., etc. Algunas barbaridades de éstas fueron señaladas por mí en la *Revista de Filología*, 1915, págs. 52-55.

¹ Véase como aparece expresada esta superstición en la *Crónica general* de Alfonso X: «Los caballeros siempre avien a andar armados, et dixieron: nos queremos semejar a los de la *hueste antigua*, que nunqua caissan de día nin de noche». Edic. M. Pidal, pág. 398. En cambio, en el si-

de aplicarse en ese sentido, y quedó sin asidero, situación crítica en que a las palabras suceden las más extrañas peripecias. *Hueste antigua* se redujo, en efecto, a *estantigua*; y el recuerdo vago de su significación primitiva suscitó asociaciones confusas con conceptos que alguna relación tenían con apariciones y demonios: fealdad, aspecto desagradable o repulsivo, etc. Compárese lo que sucede con *astroso*; originariamente significó el nacido bajo mal astro o estrella, y ahora, 'sucio o desaliñado'.

glo xvii ya se nombra de otra manera dicha institución:

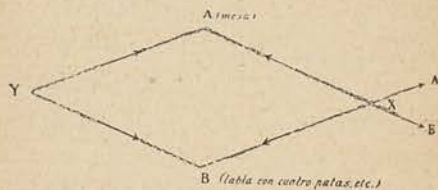
«D. JUAN. Si Bonete, siguemé
porque ya va anocheciendo.
BONETE. Aun esto estará mejor,
porque vendrá por lo menos
la ronda de los demonios,
y cargará con el muerto».

Belmonte, Rojas y Calderón, *El mejor amigo el muerto*, acto I, esc. VIII (Rivadeneira, tomo XIV). Véase mi edición de Quevedo, en «Clásicos castellanos», pág. 156.

Una circunstancia que influye notablemente en estas mutaciones, es que descubramos una relación (real o supuesta) entre la palabra, y algo que, por cualquier razón, nos interese más que el significado primordial de la palabra; el resultado es que acaba por perderse el sentido primero y lo reemplaza el adventicio. He aquí ejemplos: La palabra *ponzoña* significa hoy 'veneno', en cualquier forma; la palabra latina *potionea*, de donde procedía, significaba 'bebida', pues se relaciona con *potare*, 'beber' (de ahí, *potable*). Ahora bien: los venenos se administraban generalmente en bebidas, y eso hizo que la atención se fijara en el carácter venenoso con más interés que en el líquido; y acabó por borrarse la imagen de esto último, y quedó sólo la de veneno.

Vamos a expresar gráficamente el proceso que generalmente se realiza en el cambio semántico, colocándonos en el

punto de vista del pensar popular¹. Supongamos que Y es el que habla, X es el que escucha, A la palabra y B la representación que suscita. Lo normal es que X perciba la relación entre A y B lo mismo que el sujeto Y, y la trasmita luego en forma análoga.

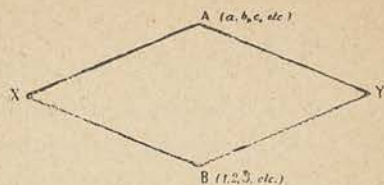


cuando sienta la necesidad de proyectar su representación de «mesa» al exterior.

¹ No hablo de las creaciones de significado conscientes, realizadas por gentes cultas (*teléfono*, etcétera). A los lingüistas interesan sobre todo los procesos inconscientes, que se realizan en el fondo del alma de los pueblos, y que han determinado los más profundos cambios en los idiomas. Lo otro es como la fotografía respecto de la pintura: puede ser su estudio de gran interés, pero ya en un plano distinto.

A lo largo de la historia, estas relaciones se alteran menos a medida que son más usadas y que es más simple y evidente el carácter de B; la palabra *padre* subsiste con su significado casi inalterable en los idiomas indogermánicos, desde miles de años antes de Cristo hasta hoy: en antiguo sánscrito *pitar*, en griego *pater*, en latín *pater*, en antiguo alemán *fater*, etcétera; y no ha habido variación en el sentido que se le da. Lo mismo ocurre con *mano*, *madre*, *pie*, *cuerno*, etc.

Pero en la inmensa mayoría de los casos no ha sucedido así; ni A ni B son unidades irreductibles que no admitan fragmentaciones o complicaciones indefinidas. La realidad de esto puede concebirse así:



X (nuestro escucha), al reproducir ese proceso puede establecer relaciones entre *a* y B, con tanta facilidad como entre A y 1; y desde luego puede decirse que las relaciones de este tipo son las más numerosas y esenciales. Téngase en cuenta que nuestras representaciones de los objetos no tienen contornos precisos más que cuando se refieren a cosas sumamente simples, y aun así, hay casos en que una cosa de realidad sencilla puede representarse de varias formas (en otro caso, las cosas no tienen realidad exacta sino dentro del pensar científico). Lo corriente es que sean infinitas las posibilidades relacionadas con el objeto, y que al atraer Y nuestra atención sobre B, nos-

otros no lo relacionemos precisamente con B, sino con cualquiera de los puntos conexiónados con B por *cualquier* motivo: desde B1 hasta Bn.

Por su parte, la palabra puede experimentar cambios en su forma, incluso tomar varias formas nuevas, y a cada una de ellas tocarle un significado diferente.

Apliquemos la teoría:



Claro está que este esquema resume un complicado proceso; no sabemos qué grados intermedios ha habido en la realidad; pero ese ha sido el resultado, y por eso el latín *follicare* significa hoy *holgar*. Para el caso es lo mismo que Y sospeche las posibilidades de desarrollo de B, o

que ese desarrollo sea peculiar de X, que en este caso representa la mente popular con todas las complicadas vueltas que puede dar a la representación de un objeto. Un buen ejemplo es el significado corriente de *álgido*, que aún no ha entrado en el Diccionario, pero que va generalizándose rápidamente; para casi todo el mundo, *periodo algido* significa 'período culminante', aunque el Diccionario diga que significa 'frío'. Ese es el sentido etimológico, pues en latín, *algidus* es frío. Lo que ha ocurrido es lo siguiente: Hay enfermedades, como el cólera, uno de cuyos caracteres es la frialdad de la piel; los médicos llamaron a eso *periodo algido*, con toda exactitud; pero el oyente no vió en la palabra una referencia a ese momento patológico, sino al estado de gravedad del paciente, que generalmente iba seguido de muerte, en conexión con aquel momento. Se dirá que la

interpretación del oyente no es muy exacta, y que ha establecido una asociación meramente externa ¹, y no ha desarrollado debidamente el contenido de la representación *algido*; pero así ha hecho muy a menudo la conciencia popular, que ha llamado, por ejemplo, *ramera* a la mujer de mala vida que moraba en casas en cuya puerta había un *ramo* colgado. La antigua palabra *trovar* (como el francés *trouver*, 'encontrar') de donde sale *trovador*, etc., parece ser que procede del latín *turbare*, empleado en el lenguaje de los pescadores; se empezó diciendo «turbar el agua, agitarla, para encontrar el pez», y como entre el *turbare aquam* y el encontrar el pez había una correlación, *turbare* (francés *trouver*) pa-

¹ Este caso puede explicarse también por comprensión inmediata de *algido*; compárese con aquel negro que preguntaba por qué los blancos llamaban *armófera* al sol.

só a significar encontrar en general. M. L. Wagner ha encontrado el mismo proceso en Sardo.

El otro procedimiento de que antes hablé es inverso a éste; en vez de pasar a designar una palabra algo en relación con el significado primario, acontece que lo significado se refiere a otra palabra unida o relacionada con la fundamental; he aquí el esquema con un ejemplo:



En latín se llamó a la manzana, *malum Matianum*, por el nombre del dueño del predio en que se producían unas excelentes manzanas ¹; y vino a perderse el nombre principal que era *malum*, y so-

¹ Comp. el caso de Simón: coche de Simón, coche simón, simón.

brevivió únicamente la palabra añadida. Aquí influiría naturalmente el interés de hacer resaltar la procedencia del fruto, pero el mecanismo del cambio es ése. Actualmente, *moca* concurre con *café*, pero no ha logrado anular a este último.

Un ejemplo poco decente, pero de interés lingüístico, es la denominación que los judíos de Oriente, que hablan español, dan al trasero: *compredón*. Como al nombrar esa parte del cuerpo solía añadirse: *con perdón*, esto último acabó por sustituir a la palabra anterior. La razón aquí sería eufemística, para no pronunciar una palabra que se considera sucia.

Los galicismos

I

La presencia en el español de multitud de voces y giros importados de Francia es hecho conocidísimo; tal fenómeno es mirado como una dolencia de la que hay que sanar a nuestro lenguaje, para que torne a manifestarse terso y brillante; y es frecuente que en libros y periódicos se saque a la vergüenza a los que deslizan en sus escritos frases o vocablos de indudable corte francés. ¿Qué valor tiene esta actitud? Quisiera dar al lector no versado en estas materias algunos elementos para que forme sobre ello opinión algo razonada.

Hace algún tiempo (antes de la guerra) discutíase en el Parlamento alemán la conveniencia de expulsar del idioma nacional toda palabra de origen no germánico; un conservador sostuvo, con marcada violencia, aquel punto de vista, y entonces un demócrata le replicó que le juzgaba incapacitado para realizar tal expurgo en su idioma. Y tenía razón; un alemán no lingüista se quedaría asombrado al ver que muchos cientos de voces, aparentemente de neto cuño germánico, no eran sino préstamos que con carácter definitivo había recibido el alemán de la lengua latina.

Algo análogo ocurre entre nosotros con el francés. Casi antes de existir el castellano como lengua literaria, comenzó a recibir, aclimatándolas, ciertas palabras francesas ¹; y de un modo más preciso

¹ El poeta cordobés Abencuzmán, muerto en 1159, escribe en su «Cancionero»: *manjar*, o sea

puede afirmarse que desde hace ocho siglos no ha habido época de nuestra historia que no haya estado sometida, con varia intensidad, a esa influencia de nuestros vecinos. Hay, pues, dos maneras de mirar este asunto. Podemos tomar la actitud histórica, y analizar cómo ha sido posible que se realice tan continua

manjar, que sólo puede venir del francés *manger*, pues el latín *manducare* en español no habría dado sino **mangar*. El zaragozano Ben Buclarix, que escribía hacia 1110 un tratado farmacéutico, trae la voz *formaje* 'queso' (en este caso, como en los demás, reproduzco por *y* el sonido del *yim* árabe, correspondiente a *j* francesa); si *formaje* se hubiese derivado en España del latín **formaticus*, habría dado **formazgo*. En una escritura mozárabe de Toledo del siglo XII aparece la palabra *maiýón*, 'casa'; es difícil decidir si es galicismo o no; el latín *mansionem* pudo, en efecto, dar en español *mesón*, pasando antes por *maison*; inclinaria la balanza a favor del francés el que en esa fecha el diptongo *ai* ya había dado *e* (es decir, ya no se decía **obrairo*, sino *obrero*), aunque podría objetarse que *-ai-* es una peculiaridad del mozárabe que decía *zapatair*, cuando el castellano zapatero. Pero el *maison* que Berceo (*Santo Domingo*,

ingerencia del vocabulario francés entre nosotros, en qué forma se ha cumplido y cuáles han sido sus resultados. Otro punto de vista es el de los escritores críticos a que aludía al principio, inspirado más bien en la pedagogía social y literaria. Creo, sin embargo, que ambos criterios son insolubles, y, particularmente, que la segunda actitud carece de virtualidad,

444) escribe a principios del siglo XIII es, sin duda, galicismo; y como no parece probable que *maison* tenga una explicación en Toledo y otra en la Rioja, hacia la misma época, ni es probable que el mozárabe influyese en Berceo, creo posible que *maison* en Toledo sea producto del afrancesamiento de la corte de Alfonso VI. Galicismo también, más bien que mozarabismo, parece *faisán*, del latín *phasianus*, que Pedro de Alcalá, en su *Vocabulista arábigo* (de principios del siglo XVI), da como usual entre los moros de Granada; la conservación del *ai* supone que estas dos letras se pronunciaban aún en francés cuando la palabra se adoptó. En un documento de 1160 leemos: «que faciatis inde quodcumque volueritis in diebus vestris, de vender et de dar et de engaiar» (L. SERRANO, *Colección diplomática de S. Salvador del Moral*, pág. 67); *engaiar* es el francés *engager*.

si no se apoya un tanto en la primera; de otra suerte, nos exponemos a encontrarnos siempre en la enojosa situación del que se lamenta, en lugar de colocarnos en la más cómoda y razonable del que prevé y sabe evitar.

Como afirmación de carácter general puede decirse que el hecho de que en un idioma aparezcan manifestaciones de influencia extranjera tiene en sí muy poca importancia; eso indica tan sólo que en uno o varios puntos la sensibilidad del país está impresionada por lo que acontece fuera de sus fronteras, en cualquier orden de la actividad humana. La prueba de ello es que, en las supremas manifestaciones de la lengua—en la excelente literatura—, el extranjerismo es uno de tantos elementos de que puede disponer el escritor, para fundirlo dentro de la originalidad de su arte. Obras maestras de nuestra literatura están impregnadas de

galicismos o de italianismos; en cambio, hay obras de un marcado sabor tradicional que pueden, a veces, no merecer nuestra atención. La lengua tiene momentos de esplendor o de decadencia, merced a causas muy distintas: Göthe refleja un gran influjo francés, y, sin embargo, es el primer clásico alemán. Todo idioma tiene suficiente vitalidad para asimilar o expulsar elementos extraños, y cuando esto no ocurre, es que está a punto de dejar de existir, y entonces casi no vale la pena ocuparse de él, si no es para embalsamarlo en ciencia, como proponía Unamuno que se hiciera con el vascuence.

Lo que actualmente acontece con el galicismo es un producto de causas complejas. Esencialmente, estas causas son dos: insuficiencia de nuestro país en la elaboración de muchos productos de cultura, y bajo nivel de la enseñanza de la lengua nacional. Durante todo el siglo XIX (para

no hablar de épocas anteriores), España ha recibido de Francia (o a través de ella) casi todo lo que representa progreso: organización política (*parlamento: parlement*), judicial (*juez de paz: juge de paix; tribunal supremo*, en América, *corte suprema: cour suprême*, etc.); mobiliario, indumentaria (*canapé, sofá, pantalón, chaqué*, etc.); comunicaciones (*wagón, tender, rail*, etc.). Actualmente llamamos *chófer* al *chauffeur*, y la mayor elegancia de los vestidos parisienses invita a las señoras a decir *trusó* (*trousseau*) en vez de *ajuar*, o *layette* en vez de *canastilla*. Preocupémonos, por consiguiente, de que en España se inventen cosas o se superen las conocidas, y veremos en seguida cómo nuestros vecinos empiezan a intercalar hispanismos en el francés, de la misma suerte que en época pretérita, cuando, por ejemplo, la excelencia de los cueros de Córdoba obligó a los zapateros

a llamarse *corduannies*, hoy *cordonnier*.

Justo es decir que frecuentemente este empleo de voces extranjeras, más que superioridad de un país sobre otro, refleja el carácter internacional de la vida moderna; el francés toma del inglés, y viceversa, y tales préstamos son compatibles con una refinada cultura.

No puede, en cambio, decirse lo mismo de cierta clase de galicismos, para cuya caracterización no ocurre decir sino que son *frívolos*. La cultura a que hemos llegado, nos obliga a poner en el uso del idioma una consciente escrupulosidad, la cual era natural que no tuviese un español del siglo XIII. No justifica el empleo de aquellos galicismos un mayor deseo de precisión técnica, ni un propósito de referirnos a un nuevo objeto, o a un matiz nuevo, no apreciado por nuestro idioma (por ejemplo, *burocracia*, del francés *bureaucratie*, no es lo mismo que *cova-*

chuelismo u *oficinismo*, palabras que, además, no figuran en el Diccionario; la «covichuela» u «oficina» no ha tenido en España la acción social que en Francia); ni tampoco se trata de lograr un efecto cualquiera en la sensibilidad del que oye o lee. He aquí un ejemplo de lo que digo. Leo en un periódico: «En Norte-América basta acreditar que se es ciudadano extranjero para no ser *enrolado*.» El periodista ha leído *enrólé* en un telegrama del extranjero, e inconscientemente escribe *enrolado* en lugar de «alistado». Esa actitud pasiva, inconsciente, en el que emplea el galicismo *frívolo* es lo lamentable, pues al idioma, repetimos, no son esas cosas las que en último término han de dañarle.

Al oír, hace poco, la lectura del acta en una solemne reunión de diputados, nos martilleaba el oído un continuo «es por eso que la asamblea» (= *c'est pour cela*

que...). El que tales galicismos de construcción se cometan entre nosotros, indica tan sólo que las gentes que escriben o hablan no conocen bien el castellano; y no lo conocen porque no se lo enseñan. La mayoría de los hombres de pluma han recibido una educación fragmentaria y anárquica; y aun aquellos que hayan participado de la enseñanza pública en sus diversos grados, no han tenido por eso mejor ocasión para familiarizarse con un uso refinado del español. No se leen meditadamente nuestros grandes escritores en las escuelas de segunda enseñanza; no escriben los jóvenes, frecuentemente, bajo la vigilancia de escrupulosos maestros. El aprendizaje del propio idioma está abandonado al ciego azar; y así acontece que los que tienen por oficio escribir (y no poseen instintivamente un gran sentido del idioma), al hacer, por ejemplo, una traducción, se dejan arrastrar servilmen-

te por el idioma extraño, faltos del contrapeso de una severa y sólida educación española. Ahora bien: como el idioma del que más se traduce es el francés, los galicismos invaden la lengua corriente, pasando por la prensa diaria y por las novelas traducidas y redactadas a una miseria la página. Elevemos y dignifiquemos la enseñanza de nuestra lengua, y habremos evitado los más enojosos galicismos, los *frivolos*. En cuanto a los otros, su presencia casi es deseable.

II

Hemos dicho que existen o han existido en nuestra lengua multitud de voces derivadas del francés, y que, a veces, sólo un lingüista puede percibir esa particularidad; el hecho se debe a que tales palabras (algunas de las cuales se citan

ya en la nota de la pág. 103) entraron hace siglos a formar parte del español, y no queda en la conciencia popular ningún rastro de su origen. En semejantes casos, la fonética histórica es el más seguro medio de averiguación que nos es dable utilizar. Nos encontramos, por ejemplo, con una palabra que no puede derivarse, en virtud de los principios fonéticos que rigen la historia de nuestra lengua, de otra latina (o germánica) la cual aparentemente debe ser su etimología. Sea la palabra *jaula*; en latín existe *caveola*, que significaba casi lo mismo. Ahora bien: para derivar *jaula* de *caveola*, tropezamos con que *ca-* inicial del latín da siempre en español *ca-* o *ga-* (*capra* da *cabra*; *cattus* da *gato*); en cambio, de *caveola* salen fácilmente *cayuela*, *cayola* y *gayola*, propias del español antiguo; esta última forma sobrevive en portugués y en andaluz (con significación algo mudada); incrustada

en vascuence hallamos *kayola*; en fin, *cayuela* sólo queda como nombre de lugar (Burgos) o como apellido. Para resolver el problema hay que saber que en francés *ca-* inicial del latín da *ch* y *ga-* da *ja-*; en latín, junto a *caveola* debió haber otra forma con inicial distinta: *gaveola*. De esta última se originó *jaiote*, *jaote* (moderno *geôle*, prisión).

Por consiguiente, *jaula* procede del francés antiguo *jaote*, que penetró en la Península y se difundió a costa de las formas indígenas antes citadas, las cuales fueron arrojadas hacia la periferia (andaluz, portugués, vasco) o se conservaron fosilizadas como nombres propios (*Cayuela*).

También la fonética histórica nos enseña que el reproducir la *j* francesa por *j* española es propio de la época medioeval¹ del idioma cuando ambos sonidos

¹ *Jaula* se encuentra ya en textos del siglo XIII.

eran casi iguales; los galicismos modernos reproducen esa *j* por *ch* (*charretera*, de *jarrière*; *chaqué*, de *jaquette*). Se trata, pues, de una invasión muy antigua de galicismos, en el caso representado por *jaula*. Pero ¿qué condiciones históricas han permitido a palabras del francés medioeval introducirse en la Península y aniquilar o arrinconar a las correspondientes españolas? A priori podemos decir, recordando lo dicho arriba, que eso obedece a influencia de una cultura superior, sobre uno o varios aspectos de nuestra vida nacional.

Expongamos elementalmente algo de esas condiciones históricas, y así daremos fondo menos árido a estas disquisiciones.

Las influencias sociales que desde los siglos X y XI comenzó a ejercer Francia sobre España se refieren tanto a lo religioso y literario como a lo político y comercial.

Comencemos por un hecho de múltiples facetas: las peregrinaciones a Santiago de Compostela ¹. A principios del siglo ix se cita la existencia de la tumba del Apóstol, aunque es difícil saber cuándo y cómo dió principio la fábula de que el cuerpo de Santiago había venido milagrosamente a Galicia: únicamente se encuentran leyendas y documentos apócrifos como base de esta grandiosa superchería, centro luminoso en la historia de nuestra civilización. Un católico, monseñor Duchesne, ha escrito: «De cuanto se dice acerca de la predicación de Santiago en España, el traslado de sus restos y el descubrimiento de su sepulcro, un único hecho queda en pie: el culto gallego.»

Desde el siglo x, el sepulcro del Apóstol comienza a atraer peregrinos de lejanos

¹ V. CAROLINA MICHAËLIS, *Cancioneiro da Ajuda*, II, 797 y sigs.

países y, como es natural, de nuestra vecina Francia; las viejas calzadas romanas se pueblan de viandantes, y durante toda la Edad Media el camino francés o *via francigena* enlaza el corazón de España con el resto de Europa. Por dos lugares penetraban los peregrinos: por Roncesvalles y Pamplona, o por Somport y Jaca; ambas rutas coincidían en Puente la Reina, y desde allí seguían por Estella, Logroño, Santo Domingo de la Calzada, Burgos, Carrión, Sahagún, León, Astorga, Ponferrada, Barbadelo, Leboeiro, Ferreiros y *Santiago* ¹. Unos embajadores árabes que en 1108 iban a ver a doña Urraca, encontraron tal número de peregrinos cerca de Galicia, que «apenas quedaba sitio para andar en la carretera». La pros-

¹ La leyenda supuso que Carlomagno arregló el camino de Santiago. La *Crónica general* dice de Alfonso VI: «Comprido fué de muchos bienes este rey. Refizo et fizo las puentes que a de Logroño fasta Sant Yague.» (Pág. 520 b.)

peridad de Santiago no reconoce límites. Su primer arzobispo, Diego Gelmírez (1100-1140), es un verdadero rey de Galicia y aspira a ser primado de las Españas; Alfonso VII se arma caballero en el altar de Santiago, y el Pórtico de la Gloria corona bellamente tanta grandeza.

Para eso y para más rendía la fe de los que venían a adorar al Apóstol. Los interesados en el acrecentamiento de Santiago no abandonaron a sí misma aquella corriente mística, sino que la organizaron y fomentaron. A mediados del siglo XII fué escrito el llamado *Codex Calixtinus*, o más exactamente «Libro de Santiago», que comprende una antología de panegiristas del Apóstol; el relato de sus milagros, la historia de su martirio en Jerusalén y venida milagrosa de su cuerpo en una barca a las costas gallegas, etc.; lo más curioso para nosotros

es la Guía de los peregrinos ¹, en que se dan detalladas indicaciones sobre los caminos, hospederías, santuarios y reliquias, aspectos curiosos de algunas regiones (por ejemplo, alude a la suciedad y barbarie de los vascos, y da unas cuantas palabras de su lengua), etc. Este libro era leído en las iglesias, y especialmente en las de Francia, para excitar el fervor y promover la peregrinación; sus autores eran franceses ², probablemente monjes de Cluny, que de esa suerte laboraban por el bien de sus instituciones en España.

Y así llegamos a otra gran manifestación de la influencia religiosa de Francia. En el siglo X (910) se fundó en Cluny (Borgoña) una abadía de monjes de San

¹ *Le codex de Saint Jacques de Compostelle*, publicado por F. Fita y J. Vinson, Paris, 1882.

² V. J. BÉDIER, *Les légendes épiques*, t. III, página 90.

Benito, que pronto adquirió enorme importancia religiosa y cultural. Llegan a España por medio de los reyes de Navarra; fundan el primer convento en Leyre (1022), y en tiempo de Alfonso VI se extienden por toda la España cristiana. Merced a su acción sobre la disciplina religiosa, disminuyeron un tanto los desórdenes de las costumbres, y se afirmaron las laxas relaciones con la Santa Sede. Por otra parte, la severa dependencia del abad de Cluny mantenía viva y constante la ingerencia francesa.

La introducción de la escritura francesa (por otro nombre, gótica) en vez de la visigótica española; la sustitución del rito mozárabe (de origen sirio-griego) por el romano; las traducciones e imitaciones de obras francesas, son otras tantas muestras de la actividad de los cluniacenses; a ellos se deben también las cruzadas de guerreros borgoñones contra los moros.

Santiago fué uno de los focos en que se condensó este influjo cultural, sobre todo durante el arzobispado de Gelmírez, cuyo predecesor había sido cluniacense. Aquél enviaba a sus clérigos a estudiar a Francia; estaba rodeado de franceses y aspiraba a organizar su clero como el de Cluny. Y he aquí cómo en una época, vulgarmente llamada de tinieblas, florecían los más varios intereses sociales, y llegaba un soplo de internacionalismo a rincones de nuestro país, relativamente más aislados del resto del mundo ahora que entonces ¹.

El centro de la Península también recibía política y socialmente influencias análogas a las del Noroeste. La corte de Alfonso VI era casi más francesa que española; la reina doña Constanza era

¹ Véase lo que tomando otro punto de vista digo en la *Revista de Filología Española*, 1921, página 8.

francesa, y el flamante arzobispado de Toledo compuesto estaba de franceses. Conquistada esa ciudad en 1085, pensó el rey en dotarla de un arzobispo, y a ese efecto nombró a D. Bernardo; la *Crónica general* de Alfonso X nos da curiosas noticias sobre aquél ¹. «Este D. Bernaldo electo fuera letrado de su niñez et clérigo... metióse en orden en el monesterio de Aurens de Aux, et tovo la regla de Sant Benito... Et despues desso envio por él don Yugo, abad de Crunniego ['Cluny']... El rey don Alfonso, queriendo ensanchar et acrecentar et enrrequecer et onrrar el monesterio de Sant Fagund et de Sant Primitivo..., envió a aquel onrrado don Yugo, abbat de Crunniego, a rogarle que enviase un varon sabio et avanvisto... que usasse de officio de abbat; et assi como en las Galias, esto es en Francia, el monesterio de Crunnie-

¹ Edic. MENÉNDEZ PIDAL, págs. 540-41.

go que es el que más vale... allá en Francia, assi este de Sant Fagund fuesse el más onrado... desta Orden en las Españas. Et el sobredicho abbad de Crunniego envio al rey don Alfonso este don Bernaldo, et amaval el mucho por merecimiento de santidad que avie en ell, et enviogelo con otros monges. Et el rey... estableciol luego por abbad de Sant Fagund...; et a poco tiempo fue este don Bernaldo fecho electo pora arçobispo et primado de Toledo.»

En complicidad con la reina, D. Bernardo arroja a los moros de la mezquita, con gran enojo del rey; logra que el rito francés prevalezca sobre el mozárabe, y, en fin, para dominar al levantisco cabildo, expulsa a los clérigos españoles y se rodea de paisanos suyos. Y tal hecho es solamente un episodio en la vida social de fines del siglo XI; no hay sino recordar que Alfonso VI casa a sus hijas con

los condes Enrique y Raimundo de Borgoña, y que con el primero se inicia el condado de Portugal.

Tal estado de cosas sigue actuando en el siglo XII, durante el reinado de Alfonso VII, y con tal persistencia del influjo francés se concibe que al llegar el siglo XIII, época de esplendor literario, encontremos en nuestro idioma centenares de palabras de origen francés y obras literarias calcadas en otras de más allá del Pirineo.

III

Tal influencia, en condiciones y con intensidad diversa, ha seguido actuando sin interrupción a través de nuestra historia, produciendo siempre efectos lingüísticos. Fijémonos ahora en estos últimos. Citaré galicismos de la Edad Media y luego de la época Moderna.

Una de las vías más asequibles para los extranjerismos ha sido siempre la traducción de obras en lengua extraña. He aquí un curioso ejemplo. En el siglo XIV se tradujo del francés el *Roman de Troie*, uno de cuyos versos dice:

«e maint felon *jaiant* ocist»,

que vuelto al castellano es:

«et mató muchos *jayanes*»¹.

Así, pues, la palabra *jayán*, que se encuentra en el *Quijote* y aun se usa en la literatura, es de origen francés y deriva del latín *gigantem* a través de una forma **gagantem*; el ant. *jaiant* ha evolucionado hasta el moderno francés *géant*; pero nosotros guardamos en nuestro vocablo la huella indeleble de aquella forma medioeval y de su pronunciación.

¹ Véase SOLALINDE, *Las versiones españolas del «Roman de Troie»*, en *Revista de Filología*, III, 1916, pág. 160.

Este ejemplo nos demuestra cómo en galicismos antiguos se conserva el diptongo *ai* del francés medioeval¹, pronunciado luego *e* en francés moderno. Hoy se pronuncia *le* el francés *laid* 'feo'; pero en el castellano de la Edad Media se decía *laido*, que además de 'feo' significó 'triste'. «Cuando vió sus parientes que tan laidos andaban, pesol de corazón.» *Libro de Alexandre* (siglo XIII), copla 593.

En el mismo caso se encuentra *lacayo* (del fr. *laquais*), *mortaja* 'muesca' (del fr. *mortaise*), y varios otros.

Hay palabras que los diccionarios derivan del latín, pero que evidentemente son de origen francés. Tal acontece con *perejil*. El latín tomó del griego la voz *petroselinum*, que significaba algo así como 'perejil que vive en rocas o piedras', y que en castellano sólo podía haber dado **pedrosielno* o **persielno*, pala-

Véase antes, pág. 104, nota.

bras que no existen. En francés antiguo encontramos *perresil*, derivado normalmente de aquella palabra latina (compárese *petra* : *Pierre*), y del fr. *perresil* provienen del español antiguo *perexil*, mod. *perejil* y el gallego *prijel*¹.

Prescindiendo del interés puramente lingüístico, hay en ciertos galicismos vestigios concretos de las condiciones históricas a que debieron su introducción. Muy importante para los peregrinos eran los lugares de albergue y hospedería; probablemente a eso se debe el origen francés o provenzal de toda esta serie: *hoste*, *hostería*; *hostal*, *hostalaje*, *hostelero*. La mayoría de estas formas se han

¹ Véase lo que digo en la *Revista de Filología*, 1920, pág. 59. [Debo advertir ahora que mucho antes que yo había dicho SIMONET, *Glosario de voces mozárabes*, pág. 436, que la etimología de la mayoría de las formas romances era *petrisellum* o *petrosillum*, no *petroselinum*; pero no conocía entonces este dato.]

anticuado; *hoste* procede del fr. *hoste*, y éste del latín *hospitem*, que en español ha dado *huésped*; *hostal*, viene del provenzal *hostal*¹, y éste del latín *hospitalem*, que popularmente² sólo podía dar *hospital* u *hosdal* en castellano. He aquí algunos ejemplos. Léese en *La vida de Santa María Egipciaca* (siglo XIII):

En Alexandria fué Maria;
aqui demanda alverguia;
allá va prender *ostal* ['tomar posada']
con las malas en la cal ['calle'].
Las meretrices cuando la vieron,
de buena miente la recibieron.

Y en el citado *Libro de Alexandre*:

¹ En francés antiguo es *hostel*, mod. *hôtel*; esta última palabra ha vuelto a introducirse en español.

² Es decir, transmitido oralmente de una a otra generación. No hablamos de palabras doctas que entraron por los escritos. [Notaré ahora que fonéticamente pudo venir *hostal* directamente de *hospital*; pero creo que es galicismo por la relación que guarda con palabras como *hoste*.]

Seian cuemo es derecho cada uno con su así seién a tablas e mantenién ostal¹. [igual;

Quizá se deba a las mismas condiciones que determinaron la introducción de *hoste* y *hostal* el que penetrara aquí una palabra como *jamón*, aparentemente tan española. Ya se encuentra en textos del siglo XIII, como el *Alexandre* (manuscrito de París, copla 2.050):

Mandó luego entrar delante los peones,
con destraes agudos e buenos segurones,
dar a los elefantes, cortarles los *jamones*.

Para probar que esta palabra es un galicismo hay que emplear idéntico método al que utilizamos antes al estudiar la voz *jaula*. No sabríamos qué etimología dar a *jamón* si no supiésemos que en francés existe *jambon*; ambas son una misma cosa, con la sola diferencia de que *mb* se ha reducido a *m*, según es propio del

¹ 'Así se sentaban en la mesa y vivían en el hospedaje.'

castellano, el cual, de *palumba*, en latín, ha dicho *paloma*; de *lumbu*, *lomo*, etc. En francés, *jambon* está relacionado con *jambe* 'pierna'; de modo que la palabra legítimamente española, en este caso, es *pernil*. La etimología de *jambon*, *jamón* es *gambone*, derivado de *gamba* o *camba*, palabra tal vez celta; de esta última forma (sin mediación del francés) viene *cama*, 'pieza del arado' ¹.

Otra de las importantes vías por donde se han introducido los galicismos, son los viejos puertos de Castilla. Hay un curioso manuscrito del siglo XIII titulado: «Remembranza de todas las cosas que deben dar peaje en Santander, en Castro d Ordiales, e en Laredo, e en Sant Vicent de la Barquera» ². El siguiente pasaje

¹ En leonés *cambizo*; en este dialecto se conserva el grupo *-m b-* primitivo, pues se dice *llombo*, *lamber*, etc.

² [Su estudio ha dado lugar a unos artículos

da idea de la intensidad del comercio de paños franceses en España durante la Edad Media:

«Paños de Gant e de Doay et de Ipre, planos et viados de Ipre reforzados... et paños blancos de Papelingas et de Lila et de Mosterol planos et de Aboivilla et paños planos de Roan... et de Cambray... et plumas de Amiens. Todos estos paños deben dar de peaje 5 sueldos et 3 dineros la pieza.»

Véase, por otra parte, cómo nos ilustra sobre las importaciones francesas en España el libro de *Cuentas de la casa del rey don Sancho IV*¹; entre otras muchas noticias leemos:

«A 12 dias de febrero metió al regno Per Picart 12 millones de agujas et tres

que título «Aranceles del siglo XIII», publicados en la *Rev. de Filología* de 1921-1922.]

¹ Según una copia del siglo XVIII del manuscrito del siglo XIII.

millares de anzuelos para truchas et una grossa ['gruesa'] de grafios de fierro.» Es decir, que nuestra dependencia del extranjero en la producción de objetos manufacturados no data de ayer precisamente. En la lengua quedan rastros de esa influencia comercial; la palabra *gonce* (mod. *gozne*) procede del francés antiguo *gons* (latín *gomphus* 'clavija'); *charnela*, del francés *charnière* (lat. *cardinaria*), etc.

En fin, hay bastantes más galicismos que proceden de la Edad Media y que sería largo enumerar: *jardín* (en lugar de *huerto*); *sargento*, del francés *sergent*, que deriva del latín *servientem*. De manera que en la Edad Media *sergente* significaba meramente 'criado':

Sicorio, un buen omne, rico e valiado,
avie una *sergenta* que fazie sue mandado.

(Berceo, *Vida de San Millán*.)

Al acabar la Edad Media se amengua notablemente la influencia francesa, lo que no es decir que desaparezca. Los lienzos seguían trayéndose de Francia y del condado de Flandes, según resulta de las Cortes de 1555¹. La literatura sigue reflejando la presencia de peregrinos, pediguñeros o industriales franceses. «Antes que hiciesen sus paradas, cantaban a bulto como *borgoñones* pordioseros», dice *La picara Justina*. El refranero de Correas (siglo xvii) habla de «Un romero *franchute* con su calabaza llena». Quevedo habla de los franceses que vienen vendiendo peines, cuchillos y baratijas; y en el teatro hay frecuentes alusiones a ello. He aquí una de *Los celos de Rodamonte*, de Rojas Zorrilla:

En el camino encontré
una tropa de gabachos

¹ SEMPERE, *Historia del lujo*, II, 36.

que iban a la pobre España de este modo concertados: la mitad de ellos llevaban cuchillos, y no sé cuántos iban a afilar cuchillos.

Muchos de estos cuchillos se hacían en Bois-le-Duc, llamado por los españoles Bolduque; y de aquí el nombre *belduque* que los americanos dan a cierto género de cuchillos. Nosotros nos hemos limitado a llamar *balduque* a la cinta usada en nuestras castizas covachuelas.

De esta época deben provenir *mar-chante*, del francés *marchand*, muy extendido hoy en Andalucía con el significado de 'tratante, negociante'; el andaluz Mateo Alemán aun emplea la palabra castiza *mercante*¹. Las damas del siglo xvii usaban un zapato de alto tacón llamado *ponlevi*, derivado del francés *pont-levis*, pues, en efecto, por su forma,

¹ *Guzmán de Alfarache*, edic. Rivadeneyra, III, 195 b.

aquellos zapatos semejaban a un puente levadizo. Antes de llegar al siglo xviii, época en que el galicismo adquiere enorme incremento, habían entrado algunos bastante crudos en nuestra literatura, lo que demuestra una vez más que no debe pensarse que el gran influjo francés arranca precisamente del reinado de Felipe V. Escribe Bances Candamo, dramaturgo del reinado de Carlos II:

que aunque yo a brida batida
he venido hasta tus plantas
a traerte la noticia¹,

deformando curiosamente la frase francesa *à bride abattue*, y sacrificando el tradicional «a rienda suelta».

El siglo xviii es, empero, la gran época del galicismo, según acabo de decir; a su estudio debía haber dedicado en realidad el mayor espacio, si no hubiese preferido insistir sobre los aspectos menos vul-

¹ *La restauración de Buda*, edic. 1722, pág. 121.

garizados de la cuestión. En el siglo XVIII, gracias a la dinastía borbónica y a la hegemonía, entonces universal, del genio francés, el galicismo penetra por cien caminos distintos. De esta época datan la mayoría de los galicismos que aún tienen curso entre nosotros; los tecnicismos del Ejército: *batallón*, *retreta* (*retraite*) en vez de *queda*; *brigadier*, *forrajera*, etcétera; prendas de vestir: *pantalón*, *chaqueta*; la acentuación *papá* y *mamá* en vez de la tradicional *papa* y *mama*, arrinconada en los campos. El español de América conserva aún algunos de ellos, desaparecidos en la Península. He aquí algunos textos de Feijóo: «A infinitos españoles oigo usar de la voz *remarcable*»¹. «A un *paisano* (fr. *paysan*) del Delfinado... hombre basto y al parecer sencillo»². «De sus *dervises* o santones, dicen los

¹ Rivadeneyra, LVI, 48 a.

² *Ib.*, 109 a.

mahometanos tantas cosas prodigiosas»¹. «El coronel don Nicolás de Castro... con solos quinientos hombres que *comandaba* en país extraño... sacó las ventajas que fueron notorias»². «Pienso que haya *arribado* ya a la edad sexagenaria»³. «Juan Keplero... había escrito claramente la teoría de los *turbillones* (fr. *tourbillon*)»⁴. «La invención del telescopio o *largo mira*»⁵, calcado en el fr. *longue vue*, sin contar con *catalejos*⁶. Desde entonces hasta la actualidad puede decirse que no ha decrecido su vitalidad. Duran-

¹ *Ib.*, 117 a. Nótese cómo en esta época la *ch* y *j* francesa se reproduce por *s*: *derviche*, *dervise*, como *bijouterie* *bisuteria*, *cliché disé*, *jaquette saqué* (junto a *chaqué*), etc.

² *Ib.*, 156 a.

³ *Ib.*, 156 a.

⁴ *Ib.*, 181 b.

⁵ *Ib.*, 184 b.

⁶ Para más galicismos en Feijóo, V. Rivadeneyra, LVI, pág. XXXIX, y MENÉNDEZ PELAYO, *Heterodoxos*, III, 75.

te el siglo XIX el galicismo acosa a los escritores. La frecuencia de las traducciones del francés durante la época romántica, mantiene la tradición galicista del siglo XVIII. Muchos de estos errores de traducción no quedan, pero algunos sí. Citaré algunos ejemplos de la traducción de *La familia de Vieland*, Valencia, 1818: «habían logrado persuadirle que iba yo *incesantemente* (por *en seguida*) a reducir su sueldo» (t. III, página 166). «Los *coquillages* o mariscos más raros y más brillantes» (IV, 133). Larra escribe *sortú* (fr. *surtout*) en su artículo *Empeños y desempeños*. Mesonero Romanos llega a escribir: «un pantalón que designaba la musculatura» (*El romanticismo y los románticos*), por influencia sin duda de *dessiner*. La sintaxis sufre también la influencia: «embajador cerca de la Santa Sede», por recuerdo de «ambassadeur près de». Las imágenes, los giros calca-

dos en el francés dan una amplitud al galicismo como nunca la tuvo. Antiguamente se trataba sólo de voces aisladas en mayor o menor número; pero moderadamente, el galicismo ha invadido la zona más delicada y compleja del idioma, y el espíritu purista o académico, con sus afirmaciones dogmáticas, será impotente para encauzar esta manifestación del moderno internacionalismo. El remedio a este mal, que en efecto llega a serlo, no se logrará nunca con una actitud patrioter, la más pueril e ineficaz de las que cabe adoptar ante el fenómeno del galicismo, sino fomentando la enseñanza del español y la reflexión sobre el idioma.

Lingüistas del pasado y del presente

I

Antonio de Nebrija

La sensibilidad del Renacimiento se refleja de modo singular en la persona y en las obras de Nebrija. Nació en Nebrija (o Lebrija)—provincia de Sevilla — en 1441: su nombre era realmente Antonio Martínez de Cala y Jaraba; de lo más esencial de su vida nos informa él mismo en el prefacio del Diccionario hispano-latino (1492). Luego de haber referido sus estudios en el país natal y en Salamanca, prosigue el Nebrisense: «Sospeché que aquellos varones, aunque

no en el saber, en decir sabían poco. Así que en edad de diez e nueve años, yo fué a Italia [al colegio español de Bolonia], no por la causa que otros van... mas para que por la ley de la tornada, después de luengo tiempo, restituyese en la posesión de su tierra perdida, los autores del latín, que estaban ya muchos siglos había desterrados de España. Allí gasté diez años en los deprender.»

Al regresar de Italia fué acogido Nebrija por el arzobispo de Sevilla, D. Alonso de Fonseca, quien, «allende que me dió ciento e cincuenta florines de renta, me mandó dar muy copiosa ración cada día». Cuando murió Fonseca, «nunca dejé de pensar alguna manera por donde pudiese desbaratar la barbaria por todas las partes de España, tan ancha e luen-gamente derramada... Para desarraigar la barbaria de los hombres de nuestra nación, no comencé por otra parte sino

por el estudio de Salamanca, el cual como una fortaleza tomada por combate, no dudaba yo que todos los otros pueblos de España vernían luego a se me rendir». Va, en efecto, a Salamanca: «donde teniendo yo dos cátedras públicamente salariadas—lo cual antes de mí aun ninguno alcanzó—, cuanto provecho hice doce años leyendo, otros lo juzgaron mejor e más sin pasión; a lo menos, sentirlo han los venideros». Además de en Salamanca, profesa la lengua latina y las humanidades en Sevilla y Alcalá, donde Cisneros le reclamó para la revisión del texto latino y griego de la Biblia complutense. Murió en esa ciudad en 1522.

La producción de Nebrija es extensa y tan varia como lo exigía el espíritu de los tiempos: ediciones de autores clásicos (Persio, Terencio), Derecho civil y arte medicamentaria; y multitud de tratados de lingüística, historia o arqueolo-

gía. De un modo especial recordamos hoy a Nebrija por tres obras: *Introductiones in latinam grammaticam* (1481), *Dictionarium latino-hispanicum et hispanico-latinum* y la *Gramática castellana* (1492). Al escribir estas dos últimas, sobre todo la Gramática, Nebrija procedió como inventor, fraguando caminos hasta entonces no seguidos por la ciencia.

El libro va dedicado a la reina Isabel, y el prólogo en que se razonan los motivos de dirigirlo a tan alta persona es un documento característico de la cultura y de la idealidad renacentista, y al mismo tiempo una página bella en la historia de nuestra civilización. El autor formula su propósito en estas breves y esenciales palabras: «reducir en artificio este nuestro lenguaje castellano... que hasta nuestra edad anduvo suelto e fuera de regla».

Escribir un tratado de gramática acer-

ca de una lengua moderna constituía empresa de absoluta novedad. Hasta entonces se habían estudiado las lenguas sabias (latín, hebreo, griego), con el propósito de aprenderlas; de aquí había nacido definir la gramática como «arte de hablar y escribir una lengua», definición que no se sabe por qué conserva aún la Academia de la Lengua. Lanzarse, pues, al estudio del propio idioma, que se habla correctamente sin necesidad de gramática, suponía en Nebrija notable originalidad: «en la zanja de lo cual yo quise echar la primera piedra, e hacer en nuestra lengua lo que Zenodoto en la griega e Crates en la latina». En una palabra, Nebrija quiso reducir a sistema los principios que rigen la estructura del castellano. Entre otros fines, la Gramática aspiraba a hacer más llano el camino a los que desearan aprender el latín: «Y seguirse ha otro no menor provecho que

aqueste a los hombres de nuestra lengua que querrán estudiar la gramática del latín; porque después que sintieren bien el arte del castellano—lo cual no será muy difícil, *porque es sobre la lengua que ya ellos sienten*—, cuando pasaren al latín, no habrá cosa tan oscura.»

Esta dignificación de las lenguas vulgares, consagrándoles estudio y atención análogos a los que venían mereciendo las lenguas antiguas, es rasgo típico del Renacimiento. De una parte, contribuyó a este realce el hecho de constituirse las modernas nacionalidades, rompiendo la relativa uniformidad política y cultural de Europa en la Edad Media—con el Pontificado como denominador común del Derecho de los pueblos, con el latín como lengua internacional de los países civilizados. A medida que la conciencia nacional fué tomando brío, la lengua se miró como instrumento esencial para el

ejercicio de la soberanía. El siguiente pasaje de Nebrija, ejemplifica brillantemente esta afirmación:

«Cuando bien conmigo pienso, muy esclarecida reina, y pongo delante los ojos el antigüedad de todas las cosas, que para nuestra recordación e memoria quedaron escritas, una cosa hallo e saco por conclusión muy cierta: que siempre la lengua fué compañera del imperio; e de tal manera los siguió, que juntamente comenzaron, crecieron e florecieron, e después junta fué la caída de entrambos.» Resume luego Nebrija el crecimiento literario y la difusión del castellano, hasta el momento en que por la fortuna y buena dicha de los Reyes Católicos, «los miembros e pedazos de España, que estaban por muchas partes derramados, se redujeron e ajuntaron en un cuerpo e unidad de reino... En esta gran compañía que llama-

mos reino e república de Castilla, no queda ya otra cosa, sino que florezcan las artes de la paz.» Y he aquí ahora un bello pasaje en que los propósitos docentes y el imperialismo altanero de Castilla se funden en la pluma del esclarecido filólogo: «Cuando en Salamanca di la muestra de aquesta obra a vuestra real majestad, e me preguntó que para qué podía aprovechar, el muy reverendo padre obispo de Avila me arrebató la respuesta; e respondiéndome por mí dijo: «Que después que vuestra alteza metiese debajo de su yugo pueblos bárbaros e naciones de peregrinas lenguas, e con el vencimiento aquellos tenían necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido e con ellas nuestra lengua, entonces por esta mi arte podrían venir en el conocimiento de ella, como agora nosotros deprendemos el arte de la gramática latina para deprender el latín. Y cierto así es

que no solamente los enemigos de nuestra fe que tienen la necesidad de saber el lenguaje castellano, mas los vizcaínos, navarros, franceses, italianos e todos los otros que tienen algún trato en conversación en España e necesidad de nuestra lengua, si no vienen desde niños a la aprender por uso, podrán la más ahina saber por esta mi obra».

Aparte del impulso nacional e imperialista, otras razones de índole más sutil explican el nacimiento de esa curiosidad por la lengua vulgar, considerada hasta bien entrada la época moderna, como instrumento indigno de las ciencias y estudios graves. El Renacimiento, según se sabe, es un momento complejísimo en la historia de la civilización; es, sin duda, un retorno a la antigüedad griega y romana, cuyas obras artísticas, literarias y científicas exhuma, tomándolas como paradigmas de sentir y pensar; peor al

mismo tiempo, el Renacimiento presenta como rasgo profundo—tal vez aún más esencial que el anterior—una inquietud y curiosidad ilimitadas, y un afán de referir al sujeto conocedor todas las cosas del universo, pretéritas y contemporáneas.

Al mismo tiempo que en las cuestiones de orden más general, los estudios de la época renacentista hallaban aliciente en la investigación minuciosa de la naturaleza y de las manifestaciones más concretas de la vida actual¹. En el dominio de las letras es particular la afición a lo popular, a lo espontáneo, rasgo en que el Renacimiento recuerda algo al Romanticismo de principios del siglo XIX. Lo

¹ He aquí los títulos de dos obras de Nebrija: *Tabla de la diversidad de los días y horas y partes de horas en las ciudades, villas y lugares de España y otras de Europa, que les responden por sus paralelos*. Alcalá, 1517. *De digitorum supputacione* (sobre el cálculo de los dígitos), Granada, 1535.

que luego se denominó *folklore* tiene sus remotas raíces en la época renacentista; durante el siglo xvi se recogen y coleccionan cuidadosamente los refranes (quien primero los colecciona es el marqués de Santillana, en el siglo xv), los romances que cantaban las gentes de toda clase, titulándolos con los más bellos nombres (*Primavera, Rosa gentil*, etc.); más tarde Rodrigo Caro nos hablará de juegos infantiles en sus *Días lúdicos*. Nada más natural, por consiguiente, que la lengua propia adquiriese importancia hasta entonces no sospechada; dice Nebrija que está «nuestra lengua tanto en la cumbre, que más se puede temer el descendimiento de ella, que esperar la subida». El resultado más claro de este movimiento lo hallamos en Luis de León, a fines del siglo xvi, cuando defiende el empleo del castellano en su *Nombre de Cristo*, alegando, entre otras razones,

que también Platón había usado la lengua vulgar en sus escritos ¹.

La *Gramática Castellana* de Nebrija no vale sólo como obra representativa de la orientación de una época, sino también por la multitud de detalles valiosos que contiene. El libro se divide en cinco partes: ortografía, prosodia, etimología (en parte llamada hoy morfología, y por confusa rutina, en la Gramática de la Academia, analogía), sintaxis, y una última muy curiosa: «de las introducciones de la lengua castellana para los que de extraña lengua querrán depender».

Aunque en el fondo Nebrija aplique al castellano las doctrinas tradicionales de

¹ Esencialmente al mismo espíritu responde el emplear las lenguas nacionales para el culto protestante; la Biblia de Lutero es además el primer monumento del moderno alemán. La iglesia católica, al mantener el latín para el culto, volvía la espalda al Renacimiento y continuaba la tradición medioeval.

la gramática latina, muchas de sus observaciones son originales, y presentan la frescura de todas las primicias. He aquí un ejemplo: «Todas las lenguas cuantas he oído tienen una parte de la oración la cual no siente ni conoce la lengua latina. Los griegos llámanla *artéon*; los que la volvieron de griego en latín, llamáronle *artículo*, que en nuestra lengua quiere decir artejo; el cual en el castellano no significa lo que algunos piensan, que es una coyuntura o ñudo de los dedos. Antes se han de llamar artejos aquellos huesos de que se componen los dedos, los cuales son unos pequeños miembros, a semejanza de los cuales se llamaron aquellos artículos, que añadimos al nombre para demostrar de qué género es... Y ninguno se maraville que *el, la, lo* pusimos aquí por artículo, pues que lo pusimos en el capítulo pasado por pronombre: *porque la diversidad de las*

partes de la oración no está sino en la diversidad de la manera de significar.»

Según Nebrija, los tiempos del verbo son cinco: «presente, pasado no acabado, pasado acabado, pasado más que acabado, venidero», denominaciones más vivas y agradables que las actuales, y en las que se nota el propósito de llegar a la inteligencia del que estudia.

Hay algunos puntos de detalle en que la sagacidad de Nebrija descubrió lo que hasta mucho más tarde no vieron otros filólogos; así, por ejemplo, su explicación del futuro castellano (y por tanto del futuro románico), que se forma «por rodeo del infinitivo e del presente de este verbo *e, as*, diciendo *yo amaré, tú amarás*, que vale tanto como *yo he de amar»*.

Nebrija se dió cabal cuenta de la importancia de su obra; la confianza en el valor humano y el ansia de la gloria de este mundo — bellas conquistas del Rena-

cimiento—desbordan de sus libros con espontánea ingenuidad. Antes cité el al-tivo prólogo de su Gramática; he aquí ahora un fragmento del que precede al Diccionario: «hay hombres—dice—que no solamente hacen bien, más aún, según la sentencia de nuestro Salvador, obran el manjar que nunca perece; e pues que les es negado vivir mucho tiempo, dejan alguna obra por dónde muestran que vivieron. Y querer yo contar en el número de éstos aunque es de hombre poco modesto e que destempladamente usa de su deseo, quiero agora confesar esta mi liviandad: que ninguna cosa tuve más delante mis ojos que traer al común provecho de todos mis velas e trabajos, porque después de muchos merescimientos en nuestra república, *alcanzase gloria inmortal*».

En 1513 la Universidad de Salamanca juzgó poco apto a Nebrija para desempe-

ñar una cátedra de humanidades; mas por fortuna, «Antonio» encontró el apoyo de un individuo tan extraordinario como Cisneros. La Universidad oficial, cuya «barbaria» había querido combatir, cerró las puertas a Nebrija, a los setenta y dos años, cuando había realizado obras para la que reclamaba una gloria que hoy sin regatear le concedemos. Nebrija había estudiado diez años fuera de España; su caso se presta a honda meditación.

II

Hugo Schuchardt

Hablé antes de un lingüista del Renacimiento; ahora presentaré al lector una figura típica dentro de la filología contemporánea. Varios son los nombres que se ocurren al pensar en lingüistas de pri-

mer orden: los franceses Meillet, Gilliéron y Rousselot, el americano Franz Boas, los alemanes Brugmann y Meyer-Lübke y muchos otros; he preferido, sin embargo, tratar de Schuchardt, por el interés singular que ofrece su carrera científica, dirigida en los más diversos sentidos, y por la estrecha relación que muchos de sus trabajos guardan con nuestro país, especialmente con la región vasca.

Hugo Schuchardt nació en 1842, y la mayor parte de sus ochenta años ha sido consagrada a la producción científica en el dominio de la filología románica y de la lingüística general. En 1866 publicó ya un trabajo de suma importancia: el *Vocalismo del latín vulgar*, en tres volúmenes. Apenas se conocía entonces qué cosa fuese el latín hablado por el pueblo, fuente común de las distintas lenguas romances: portugués, español, italiano, etc. Nadie escribió nunca intencionadamente

la lengua descuidada de la plebe; pero Schuchardt supo rastrear sus rasgos esenciales sirviéndose de las inscripciones, de los antiguos manuscritos, de las reglas o censuras de los gramáticos y de las palabras latinas incorporadas a idiomas extraños; de esa suerte quedaban sentadas las bases de la relación entre latín literario y latín hablado, y probada la uniformidad de la lengua que había de irse fragmentando en los distintos dialectos de la Rumania.

Schuchardt es un formidable políglota; se le ha llamado «segundo cardenal Mezzofanti», del cual es la frase que «la primera docena de lenguas se aprende con bastante dificultad; pero la segunda es mucho más fácil». Nada mejor que citar algo de lo escrito por su amigo Rullmann¹ con motivo de la fiesta organizada

¹ En la *Tagespost* de Graz, del 3 de febrero de 1912.

en su honor al cumplir Schuchardt los setenta años: «Un día descubrió en el mapa de Europa un país cuya lengua aún no conocía: Hungría; y se puso a aprender húngaro. Se suscribió a un diario de Budapest, y cuatro semanas después me enviaba un artículo traducido en corriente alemán. Es increíble, pero es verdad. Un día recibí un periódico del Mediodía de Francia en que se daba cuenta de un banquete organizado en su honor por una sabia corporación: en el mismo número venía un soneto en la lengua de Mistral, dedicado al eminente huésped; y al día siguiente publicó Schuchardt otro elegante soneto en la misma lengua agradeciendo el homenaje. En otra ocasión, hallándose en el País de Gales, se celebró una fiesta literaria, en la que se le saludó como al doctor celtista de Alemania, ¡y al día siguiente dió las gracias con una poesía en cimbrío!»

Esta espléndida actividad para lo intelectual y la eficacia científica va unida en Schuchardt a lo que podríamos llamar lujo vital para todo lo humano. Personalmente es tan interesante como su obra, y en conjunto hay que representárselo como a una de esas poderosas figuras del Renacimiento, que iban dejando su huella en zonas muy ampliamente diversas.

Hacia 1875 Schuchardt vino a España, y hubo de relacionarse con don Francisco Giner, etapa necesaria para cuantos nos han visitado con propósitos de cultura; recordaba aún el venerado maestro la pureza con que Schuchardt hablaba nuestra lengua. La finalidad de ese viaje era estudiar el andaluz, y especialmente los cantes flamencos; resultado del trabajo fué el extenso artículo *Die «Cantes flamencos»*, del que antes hablé¹, publicado en el tomo V de la *Zeitschrift für ro-*

¹ V. pág. 81.

manische Philologie, de Halle, trabajo fundamental para el conocimiento de la fonética del andaluz y de sus relaciones con los demás dialectos peninsulares; en España aún no hemos hecho nada análogo, y los técnicos de aquí y del extranjero han de citar continuamente ese fundamental ensayo.

Los variadisimos trabajos de Schuchardt se desenvuelven en dos direcciones principales, que dan sentido científico a esa masa fabulosa de observaciones.

Una causa de los cambios que sufren los idiomas a través de su historia consiste en que un pueblo deja su propia lengua y acepta otra que le es impuesta por las circunstancias; cuando estas variaciones ocurren en lo antiguo, generalmente es casi imposible precisar la forma en que se realizó el proceso de adopción del nuevo idioma, y cómo influyó en él el que desaparece, precisamente porque

se esfuma muchas veces sin dejarnos rastro. Pero en la actualidad puede estudiarse esa mezcla lingüística, fuente de cambios en los idiomas, en los casos en que las lenguas civilizadas se combinan con otras incultas. De aquí nacieron los *Estudios criollos*, proseguidos durante largos años, en que se exponen las alteraciones que han sufrido las lenguas europeas en boca de los negros, malayos, annamitas, melanesios, etc.; el español en Filipinas y Fernando Póo figura entre lo investigado. Junto a esto hay que citar el análisis de las influencias del celta y el vascuence en las lenguas románicas. De esa suerte ha contribuido el autor a afirmar la idea de que la renovación de los métodos lingüísticos ha de buscarse en el estudio de los idiomas vivos más bien que en el de los muertos.

Otro aspecto de la obra de Schuchardt es la investigación de la etimología de las

palabras románicas. Después de Diez ¹ nadie ha reunido tal cantidad de observaciones sobre la historia del léxico de las lenguas neolatinas; pero en esto Schuchardt ha aportado también su nota personal. «La investigación de las palabras—dice—debe buscar un complemento en la investigación de las cosas significadas.» Este punto de vista no es exclusivo de Schuchardt, otros lingüistas han formulado también ese principio; aunque Schuchardt reclama la prioridad para la fórmula *Palabras y cosas* (Wörter und Sachen), título de una espléndida revista que se publica desde 1909 en Heidelberg, y donde por cierto Schuchardt no colabora. Lo importante es que aquél ha publicado importantes trabajos sobre la materia. Por ejemplo, en la citada revista

¹ Fundador de la Gramática y Etimología románicas, y autor del primer Diccionario etimológico de estas lenguas.

Palabras y cosas apareció un excelente artículo de Meyer-Lübke acerca de la historia de los instrumentos para separar el grano de la mies (trillo, mayal) dentro de los países románicos, estudiando las palabras juntamente con los objetos; pues bien, poco después salió un trabajo de Schuchardt sobre el mismo tema, ampliando considerablemente los materiales de observación y dando nuevas sugerencias; la parte que me es accesible, lo relativo a España y Portugal, revela atención y minuciosidad extraordinarias. Y lo mismo acontece en otros órdenes de cosas, como en el arte de la pesca, por ejemplo. Se ha dicho, y con razón, que para entender y juzgar algunos trabajos de Schuchardt haría falta una comisión de especialistas.

En cuantas discusiones ha habido sobre temas fundamentales de lingüística, nuestro autor ha dicho su palabra; así,

respecto del carácter de las leyes fonéticas. Ciertos filólogos de Leipzig llamados «neogramáticos», pensaban que los cambios de los sonidos de un idioma obedecían a leyes que actuaban sin excepción, prescindiendo de las perturbaciones producidas por la analogía con otros sonidos. Contra esta concepción abstracta y mecanicista, se pronuncia el breve estudio sobre las leyes fonéticas (1885), en que se considera el lenguaje como un producto social, fruto de las más variadas imitaciones; las llamadas excepciones, en realidad no lo son, sino productos de causas que actúan con generalidad menor (por la fecha en que se originan, o por la disposición del medio social en que empiezan a vivir, etc.).

De otros muchos particulares habría que tratar, para esbozar una bibliografía medio completa del autor. Como eso no sería propio de este lugar, me limitaré a

lo que constituye la principal ocupación de Schuchardt en estos últimos años: el estudio del vascuence. Una estancia no muy larga en la Vasconia francesa le hizo familiarizarse con esa lengua, que, según cuentan, tardó el diablo siete años en aprender, sin llegar a grandes resultados. Los frutos para la filología vasca no se hicieron esperar: ediciones de textos, estudios morfológicos de suma importancia («Sobre el origen de las formas relativas del verbo vasco», 1894), y sobre todo, investigaciones acerca del léxico, la etimología y las relaciones del vascuence con las lenguas primitivas de España y con otras actuales. Según vimos en la página 12, el vascuence posee multitud de palabras tomadas del latín en distintas fechas; pues bien, este punto es objeto de constante investigación para Schuchardt, con objeto de separar lo genuino de ese idioma de los elementos ad-

venticios. La conexión entre el vascuence y el ibero son evidentes para él; en un notable estudio, «La declinación ibérica», desenvuelve la doctrina, que desde Humboldt tiene crédito, del parentesco de ambos idiomas, y que no han podido invalidar los que, como Philippon, sostienen que el ibero es un idioma indoeuropeo (como el latín o el celta), sin posible semejanza, por tanto, con el actual vascuence, que por su estructura nada tiene que ver con esas lenguas. El magno problema es, en efecto, fijar la relación que guarde el vasco con otros idiomas conocidos; decir que es una derivación remota del ibero, es retrotraer la dificultad, pero no resolverla, pues el ibero, a su vez, se encuentra aislado, a juzgar por lo poco que de él se conoce. Schuchardt ha laborado en este punto con un ardor y una amplitud increíbles; ha manejado a tal efecto desde las lenguas caucási-

cas hasta las de Nubia y Abisinia; pero hasta ahora, sus resultados distan de ser evidentes. Quizá no pueda nunca llegarse a resolver el problema por falta de datos intermedios. El parentesco de unas lenguas con otras no se revela las más de las veces por simple comparación, ni tampoco la mera comparación descubre la conexión de palabras que en el fondo pueden ser la misma cosa; sólo la historia puede aclarar esas sombras, y no es fácil que en este caso aparezcan testimonios históricos.

Supóngase por un momento que no nos quedase en Europa más que una lengua neolatina y una lengua céltica o eslava: ¿cómo iba a probarse el parentesco de ambas? ¹ Como es sabido, el antiguo esla-

¹ Véase sobre este tema en general un admirable estudio de MEILLET, *Le problème de la parenté des langues*, en *Linguistique historique et linguistique générale*, 1921, pág. 76.

vo está íntimamente emparentado con el latín, el germano, el griego, el celta, etcétera: una lengua neolatina es, por decirlo así, «sobrina» del antiguo eslavo común y «prima» del ruso, servio, etc. En otro sentido, ¿quién diría que la voz aragonesa *plébano* 'párroco', es en el fondo lo mismo que el irlandés *plwif* 'parroquia', si no estuviese ahí el latín *plebe* 'parroquia', fuente de entrambos? Además, hace falta saber que hubo palabras latinas relativas al cristianismo que emigraron a las Islas Británicas y allá sufrieron transformaciones uniformes.

De todos modos, los estudios de Schuchardt sobre el particular son valiosísimos, y nadie sabe aún las consecuencias que en lo porvenir puedan tener. Por lo pronto, la fuerte orientación científica que han recibido los estudios vascos desde que Schuchardt actúa en esa especia-

lidad han tenido la virtud de crear un movimiento científico en el país vasco, a ambos lados del Pirineo. Ya se sabe el grado de fantasía y de arbitrariedad que reina entre muchos de los que en España se ocupan, o dicen ocuparse, del vascuence: el vascuence era la lengua de Adán y Eva, es la fuente del español, etc. Pues bien, frente a esa chabacanería semierudita está situada la *Revista internacional de estudios vascos*, dirigida y editada por un distinguidísimo filólogo, don Julio de Urquijo; no hay que decir que el principal colaborador de esa publicación, que ve la luz desde 1907, es Schuchardt. Junto a él, Uhlenbeck (holandés), Vinson, Saroïhandy, Lacombe, Gavel (franceses), Urquijo, Echegaray (españoles) y muchos otros, van realizando una admirable obra de cultura, investigando la lengua, la literatura y la civilización del país vasco. Pero en el fondo de este

movimiento se percibe siempre la huella del venerable patriarca de estos estudios, que con sus ochenta años sigue escribiendo lleno de brío y de inteligencia ¹.

¹ [Este artículo se publicó en 1918, y felizmente el admirable anciano sigue aún dando muestras de actividad científica.]

La crítica filológica de los textos

Generalmente se mira la edición de un texto literario como labor de mera paciencia. Copiar fielmente, corregir con esmero las pruebas, parece que es ya bastante señal de competencia. La parte más selecta del público habla a menudo de «depurar» los textos; imagínanse que la lengua del libro o manuscrito se encuentra mezclada con impertinente broza, y que a la pluma del editor toca ir separando esas impurezas. Pero aunque esa fórmula vulgar contenga parte de verdad, la cuestión, mirada atentamente, ofrece carácter algo distinto, y en todo caso mucho más complejo. Me mueve a hablar de

ello el propósito de dar a conocer a un público de no especializados en filología, cómo se procede en una técnica que es frecuente ignorar o despreciar. Entre nosotros, es todavía costumbre poner en enojosa promiscuidad al filólogo, al crítico literario, al dómine gramático, al profesor de idiomas y al erudito tocado del polvo, llamado venerable, de los archivos. De hecho, todos ellos pueden hacer y hacen ediciones de nuestra vieja literatura, y el gran público está privado de medios para discernir dónde se encierra la mayor competencia.

Tal estado de opinión tiene, como es natural, su causa en la historia. Nuestro siglo XIX representa relativamente un grave retroceso respecto del siglo anterior en cuanto se refiere a la ciencia histórica, y, por tanto, respecto de la publicación de los textos. Hasta fines del siglo XIX no ha habido ediciones literarias que su-

peren esencialmente las de don Tomás Antonio Sánchez (1778): *Poema del Cid*, Berceo, etc. Ello se debe a nuestro atraso, reflejado esta vez en la vida científica, casi nula, de nuestras Facultades de Filosofía y Letras; el llamado «siglo de la historia» no les debe gran cosa; la Escuela de Diplomática, triste caricatura de «l'École des Chartes», no representa casi nada en la historia de la filología española.

Las primeras ediciones hechas en España, conforme a los métodos modernos, datan de ayer. La *Biblioteca de Autores Españoles* representó en su tiempo un esfuerzo considerable, al cual debemos aún poder leer la mayoría de nuestros autores, sin necesidad de ir a buscar los originales en la Biblioteca Nacional; pero no puede pasar de ahí el elogio de ese enorme trabajo de vulgarización. En general, las obras están reproducidas sin crítica y con

poca exactitud, lo que inhabilita a dicha colección para estudios delicados de filología. He aquí un singular ejemplo. Es sabido que el gran *Diccionario de construcción y régimen*, de R. J. Cuervo, no ha pasado del segundo tomo, letra *d*; pues bien, una de las causas de esta interrupción fué convencerse el autor de que el inmenso material lexicográfico que había reunido para aquella obra monumental, tenía como vicio de origen proceder de la Biblioteca de Rivadeneyra. Frecuentemente cotejaba sus papeletas con las ediciones primitivas, y siempre experimentaba una nueva decepción: los mil detalles delicados con que necesita contar el lingüista para sus demostraciones no habían sido respetados por los editores de Rivadeneyra; y lo que es más, a veces estaba modernizado el original (las formas *le, lo, la* del pronombre; las terminaciones de los futuros en *re, etc., etc.*).

Hoy pensamos que Cuervo fué demasiado cauto al sacar cientos de miles de papeletas de aquella Biblioteca; pero tampoco podríamos echarle demasiado en cara que hubiese tenido, allá en su tierra colombiana, confianza en la competencia de nuestros editores ¹.

Editar un texto significa comprenderlo e interpretarlo; por eso no basta saber paleografía ni copiar atentamente, sino que hay que ir viendo a cada paso, *si es posi-*

¹ A raíz de la muerte del insigne filólogo (1911), el señor Morel-Fatio, profesor del Collège de France, tuvo la amabilidad de comunicarme lo siguiente: «Cuando escribió don Rufino el prólogo después de la impresión del texto del tomo I, ya estaba convencido del muy poco valor de las ediciones de Rivadeneyra; pero el gran desaliento vino después, cuando, para otros trabajos, se dedicó don Rufino al estudio minucioso de las ediciones originales, compradas en la *vente* Horedia de varios autores clásicos. Esto, me parece, lo puedo afirmar; pero es difícil saber de fijo lo que influyó más en su decisión [de paralizar el *Diccionario*]: motivos personales o de orden científico».

ble la lección del manuscrito o del impreso. Esta labor aumenta en dificultades a medida que el texto es más antiguo o la lengua más singular. Concebida así, la tarea del editor científico es resultado de una larga elaboración técnica, y la publicación de un texto viene a ser el coronamiento de la labor filológica. Ésta no consiste, como se cree vulgarmente, en saber raras lenguas o en «ocuparse de palabras». La filología es una ciencia esencialmente histórica; su problema consiste en prestar el mayor sentido que sea dable a los monumentos escritos, reconstruyendo los estados de civilización que yacen inertes en las páginas de los textos. Para el filólogo, aquéllos son una base sobre la cual ha de reconstruir sistemática, es decir, científicamente, en primer lugar, la lengua considerada en lo que tiene de realidad física, o sea los sonidos; luego, la forma y estructura de ese lenguaje, todo

ello considerado como un momento en la evolución del idioma adscrito a cierto territorio. Mas no se detiene ahí el filólogo, pues aunque el estudio gramatical tenga plena substantividad, cada vez se tiende más a considerar el lenguaje en su indisoluble unión con el mundo psíquico que le da vida; además del sonido, de la forma y de la estructura de las palabras, éstas son representativas de conceptos, de emociones y sentimientos; y así hoy no se estudian las palabras sino unidas a la cosa real que representen, a cualquier orden que pertenezca esta realidad. Considerada de esa suerte, la filología invade la historia de la civilización en cuanto ésta se refleje especialmente en el lenguaje; pero esa amplitud, que convierte en infinito el problema de la filología, como el de todas las ciencias, halla una limitación y una prenda de exactitud en el estudio concreto del lenguaje, que le sirve de

punto de partida. Representando, pues los textos el único material sobre que podemos aplicar nuestros supuestos científicos para reconstruir una parte del pasado, es evidente que no puede entregarse su tratamiento a la incuria o al diletantismo.

Dos son, esencialmente, los momentos de la investigación: primero, retrotraer los textos desde la forma en que se nos aparezcan hasta aquella que tuvieron al salir de manos del autor; después, proyectar sobre dicho texto la mayor luminosidad cultural para que su realidad se aproxime cuanto sea posible a la que tuvo en la mente del autor y en las de los más comprensivos de sus contemporáneos. Las realidades, así inventadas por el filólogo, serán luego, a su vez, objeto de estudio para las distintas ciencias, que operarán sobre ella como sobre una nueva naturaleza, si vale la frase

Estos métodos de investigación vienen creando desde el Renacimiento la filología clásica, que logró gran esplendor en el siglo xix, y de aquélla pasaron a la filología de los pueblos románicos y germánicos. Pero, como decía antes, nuestro siglo xix ha estado fuera de este movimiento por el atraso de la lingüística y de la técnica histórica en España, y así nuestras ediciones se caracterizan, en general, por esas dos notas de incuria o diletantismo. Casos de lo primero los hay a centenares, y la misma elementalidad de su causa quita interés a la mención de ellos. De todos modos, citaré algunos ejemplos de diversas clases de error.

Las ediciones de Gayangos y Janer (en la biblioteca de Rivadeneyra) son un arsenal de faltas y descuidos de toda clase, que salen a luz a medida que se hacen ediciones modernas de aquellas obras o se comparan las ediciones con sus origi-

nales. He aquí un ejemplo curioso de error de lectura. En el *Amadis de Gaula*, edic. Gayangos, Rivad., tomo XL, pág. 134, figura la poesía que comienza: «Leonoreta sin roseta», de gran interés para la cuestión de la fecha y autor de la obra, porque una canción con el mismo estribillo aparece atribuida al poeta portugués Juan de Lobeira (de la segunda mitad del siglo XIII), en el Cancionero llamado de Colocci-Brancuti. En todos los Manuales de literatura se habla de «Leonoreta sin roseta», y así lo aprendimos en la Universidad, sin darnos más cuenta del sentido que los mismos editores:

«Leonoreta, sin roseta,
blanca sobre toda flor;
sin roseta, no me meta
en tal cuita vuestro amor.»

Así imprime también esta poesía Menéndez Pelayo en los *Orígenes de la Novela*, I, CCXII, y así también la restauró

Teófilo Braga. Ahora bien: las primeras ediciones dicen claramente *fin roseta*¹, y lo mismo se lee en el texto del cancionero portugués. Por consiguiente, a la pobre Leonoreta no le falta nada; muy al contrario, es, según el poeta, una «fina rosa, blanca sobre toda flor». Lo ocurrido fué que Gayangos, o su copista, leyeron la *f* como una *s* larga.

Aparte de estos errores, achacables a la falta de elemental diligencia, hay otros que vienen transmitidos con el texto original, y en estos casos, la culpa del editor moderno es mucho menor. Todo texto es fuente perenne de enmiendas, e introducirlas acertadamente es uno de los menesteres primordiales del filólogo. El profesor Marden, de Baltimore, ha propuesto una sugestiva corrección al *Libro de Apolonio*, poema del siglo XIII.

¹ Venecia, 1533, f.º CXVII v.º

Dice un verso de la copla 199, en la edición de Rivadeneyra:

«Todos por una boca dizien e afirmavan
que Apolonio Ceteo mejor non violava.»

Marden corrige acertadamente:

«que Apolo nin Orfeo mejor non violavan»¹.

El escriba que en el siglo xv copió el único manuscrito que existe, entendía mal la escritura del original, o la alteraba por mero descuido. Así, por ejemplo, en la copla 197 leemos:

«Tanto fue en ella el amor ençendiendo
fasta que cayó en el lecho muy desflaquida.»

Pero el sentido, el metro y la rima exigen:

«que cayó en el lecho, muy desflaqueçiendo.»

El *Corvacho*, del Arcipreste de Talavera, fué editado con muchas deficiencias

¹ En un artículo publicado en la *Revista de Filología Española* 1916, págs. 290-97.

por Pérez Pastor en la colección de Bibliófilos Españoles. Véase un ejemplo: En la página 268 imprime «a los diablos», siendo así que el manuscrito del siglo xv tiene «a los pecados»; «pecado» era uno de los varios nombres que en la Edad Media se daba al diablo.

Un caso típico de edición moderna hecha sin método, lo ofrece la monumental publicación de las comedias de Lope de Vega, realizada por la Academia Española y encomendada a don Marcelino Menéndez y Pelayo. Por grandes que fuesen los merecimientos de éste como crítico literario, es lo cierto que sus ediciones llevan la huella del más profundo descuido. Y conviene decirlo, precisamente, por la misma eminencia de su nombre. Publicar las obras de nuestra literatura requiere multitud de trabajos delicados, que cuando se realizan, deben ser altamente estimados, y cuando se omiten, no

debe esa omisión escapar al conocimiento del público culto.

Las comedias de Lope en la citada edición no difieren, en cuanto al texto, de las publicadas por Hartzenbusch en la colección Rivadeneyra. La severa crítica que en 1877 hizo Morel-Fatio de tales procedimientos, al publicar *El mágico prodigioso*, de Calderón, tiene aquí actualidad. No hay valoración previa de los materiales de que se sirve el editor; la reproducción de los originales es deficiente, y en fin, faltan notas e ilustraciones que permitan al lector comprender a fondo la obra. Sólo de vez en cuando hay alguna nota para advertir errores del texto, pero no para enmendarlos eficazmente. Vamos a tomar como ejemplo la comedia de *Los Comendadores de Córdoba*, del tomo XI, y citaré unos pocos casos de tratamiento defectuoso del texto.

Página 267 a:

Beatriz. Mis primos son. ¡Así me goce!

Dice una nota: «Sobra una sílaba en este verso. Probablemente, Lope escribiría *tal* en vez de *así*.» Pero la lección probable sería *si* en vez de *así*, que tenía, lo mismo que éste, valor optativo de «ojalá», muy frecuente en la lengua antigua, y del que hay aún ejemplos en el *Romancero*: «Dígame tú el marinero, Si Dios te guarde de mal» (Durán, número 1.557).

Página 268 a: «Luego donde algún amo honrado.» En nota se propone que leamos *un* en lugar de *alguno*. Pero en vez de *donde* mejor es leer *do*, que era muy usado; en la misma obra, pág. 283 a: «Do España tiene su corona encima.»

Es muy frecuente en nuestra lengua clásica el empleo de la frase interrogativa «mas que» en el sentido del moderno

«a que» en frases como «¿a que no?»¹. Por ejemplo: «¿Mas que me viene a pedir Otros celos de mi hermano?» (Calderón, *Mañana será otro día*, Rivad., VII, 541 b.) «¿Mas que sé de dónde nace Tu desamor?» (Tirso, en mi edic. Clásicos Castellanos, 1922, pág. 27.) En la edición de *Los Comendadores de Córdoba* no ha sido comprendido el sentido de esta frase en dos pasajes en que ocurre [con significado irónico, y al puntuarla alteraron su sentido: «Más qué, ¿se llama Lorenzo?» (Pág. 268 a.) «Mas ¿qué no me quiere a mí Para que a Córdoba deje?» (Página 278 a)².

¹ La frase completa sería: «¿qué apuestas a que no viene?» En «mas que» se trataría de: «mas qué apuestas, o qué va, que...?»

² El mismo error en *Porfiar hasta morir*, en el tomo X, pág. 76 a, de la misma edición académica: «Mas ¿que ha de volverse a pie?» Por lo demás, es frecuente la mala puntuación de *mas qué*: Véase *Progne y Filomena*, de Rojas. (Rivad., LIV, 57 b): «Mas que le doy seis mil palos.»

Pág. 269 a:

«*Esperanza*. Galindo te has de llamar.
Galindo. Añade, a servicio tuyo.
 Mas di, por Dios, ¿tienes ayo,
 o puede el hombre hablar?»

Una nota sólo nos advierte que *ayo* no rima con *tuyo*. Pero como más adelante dice *Esperanza*: «Hombre tengo, a mi disgusto», resulta evidente que *Galindo* pregunta a *Esperanza* si tiene amante, es decir, *cuyo*, según se decía entonces. En la misma comedia vuelve a aparecer *cuyo* en el sentido de dueño: «La afrenta mía Es libre y no tiene cuyo» (página 280 a).

Una de las causas más frecuentes de errores es la no comprensión de lo que dice el original; el editor se pone entonces a corregir lo que no lo necesita, y resultan a veces divertidos disparates. En la edición que hizo Mesonero Romanos de *Entre bobos anda el juego*, de Rojas

Zorrilla (Rivadeneira, tomo LIV), leemos a la página 24:

A las dos de la noche, que ya han dado,
de mi *medio columpio* me has sacado.

Rara cosa es que una persona duerma en un «medio columpio». Mirando un texto de la época se ve que dice en ese lugar:

de mi *media con limpio* me has sacado ¹.

Que no se trata de un error se desprende de estos otros textos de la época:

Buscando los dos la casa
de Leonor tu prima fuimos,
y quiso Dios que la hallamos...
Dicha fué, porque si tarda
sólo un instante, imagino
que a la calle de los Negros
vamos a *media con limpio* ².

¹ Así corrige también la moderna edición de F. R. MORCUENDE, en *Clásicos castellanos* página 194.

² CALDERÓN, *Mañana será otro día*, Rivad., VII 531 a.

Y Quevedo, en su malévola *Perinola*, dice irónicamente: «Hasta que dió en escribir *media con limpio*... juntándose con otros para hacer pasos a escote» ¹. La explicación de esta frase nos la da el *Diccionario de Autoridades* diciendo que se refiere a la costumbre que había en ciertas posadas de Madrid de pedir *media* cama, a condición que el compañero de lecho estuviese *limpio* de sarna, piojos, etc.

La puntuación exige un cuidado exquisito, ya que es facilísimo incurrir en error. He aquí un ejemplo de la edición académica de Lope de Vega, cuidada por Menéndez Pelayo. Tomo un pasaje de *El príncipe despeñado* (tomo VIII, pág. 129), para cuya publicación el editor dispuso nada menos que del autógrafo.

TEXTO MALO

Fileno, el padre mio
me quiere hacer tu esposa; estoy sujeta,

¹ Rivad., XLVIII, 466.

pero tengo albedrio,
aunque el para ser tuya me prometa,
¿con qué resistir puedo
la tiranía del rigor sin miedo?

TEXTO ENMENDADO

Fileno, el padre mio
me quiere hacer tu esposa; estoy sujeta,
pero tengo albedrio
(aunque él para ser tuya me prometa)
con que resistir puedo
la tiranía del rigor, sin miedo.

No tiene interés citar más ejemplos ¹.

¹ De cada tomo de la edición académica de Lope podrían citarse centenares de análogos errores, y ello significa que el que vaya a hacer un trabajo delicado sobre la lengua de Lope, tiene que comenzar por cotejar y fijar el texto.

Los tomos que la Academia española ha añadido a la edición de Menéndez Pelayo contienen un texto aún mil veces peor; y, claro está, sin las admirables introducciones del maestro. El señor Cotarelo es quien corre con ese trabajo (llamémosle así) que llena de oprobio a la Academia, ya que ella se hace responsable de esa publicación.

He aquí un trozo de la crítica que hace el señor Gómez Ocerin, en la *Revista de Filología Española*, 1916, pág. 182 y ss.: «El número de falsas lecturas y errores de todo género es ex-

Los ejemplos aducidos nos han servido,
al mismo tiempo que para caracterizar

traordinario, pero conviene precisar que los comprobados por mí mismo en las solas cinco comedias cotejadas *exceden de 300*; la jornada segunda de *Amar por burla* tiene 127... Se ha impreso el texto del *Principe Transilvano* sin consultar la excelente edición de Schaeffer; prueba de ello es el verso (pág. 413) «porque es estugofotulés», *porque está gafo, tal es.* (Schaeffer, *Ocho comedias*, I, 244.) Véase una muestra de cómo edita el señor Cotarelo; a la derecha se pone la corrección de G. Ocerin (el pasaje está en el tomo I de las *Obras de Lope de Vega*, 1916, pág. 338):

Ya no mirará mi padre,
cuyo respeto me fuerza,
quedará, a quedar por fuerza,
tan muerto como mi madre.

Y a no mirar a mi padre,
cuyo respeto me fuerza,
quedara a quedar por fuerza,
tan muerto como mi padre.

Lo lamentable en tal estado de cosas es su valor sintomático; cuando los científicos proceden así, no hay que preguntar cómo está la enseñanza de nuestra lengua y literatura en todos sus grados. La mejor respuesta es decir que no existe.

En recientes oposiciones a *Lengua y literatura españolas* de Instituto, el ejercicio práctico consistió en disertar sobre los pájaros, los niños y la madre. El comentario de textos—tal como se practica, por ejemplo, en Francia, desde los Institutos—no existe aún en nuestra enseñanza.

ciertas ediciones, para indicar algunos de los escollos que deberán evitarse en tales trabajos. Pero a fin de precisar esas indicaciones, conviene referir ahora cómo se procede generalmente cuando se trata de publicar un texto. El principio general es que nuestra edición debe reproducir el texto tal como salió de manos de su autor; pero semejante ideal no se realiza sino cuando poseemos el autógrafo, con todos los signos de autenticidad. Eso ocurre raramente, y mucho más raramente cuanto más antigua sea la fecha de la obra. Lo frecuente es que haya varios manuscritos, copia del original, y que a través de ellos tengamos que reconstruir la lengua de la primitiva redacción que no poseemos, al que se le suele llamar «arquetipo». Requisitos previos son conocer a fondo la lengua de la época y de la región del autor, y la de escritos análogos. Un problema que se plantea a veces, es que

la obra se conserva en copias tardías, y entonces el editor tiene que «transportar» la lengua a la época del original. Eso ha ocurrido en el *Poema del Cid*, escrito hacia 1140 y conservado en una copia de 1307; con el *Poema de Fernán González*, escrito hacia 1250 y conservado en un manuscrito del siglo xv. Otra cuestión difícil ofrece el dialecto en que deba estar escrito el original; por ejemplo, el día que se haga una edición crítica del Arcipreste de Hita, no habrá que incluir en ella los leonesismos que introdujo en un manuscrito un copista salmantino, pues el Arcipreste era castellano. Del *Libro de Alexandre* hay un códice leonés, otro aragonés; la cuestión del autor es aquí decisiva. Como parece seguro que lo sea el asturicense Juan Lorenzo Segura, los aragonesismos del códice de París no deben figurar en la edición crítica el día en que se haga. Si el autor fuese el riojano Gon-

zalo de Berceo, como quieren algunos, el problema sería muy otro; habría entonces que prescindir de las formas leonesas y aragonesas.

Cuando hay varios manuscritos, el primer trabajo consiste en clasificarlos, reconstruyendo idealmente la forma en que proceden del original. Esta labor, en caso de muchos manuscritos, permite desechar aquellos que son probadamente copias de otros, y utilizar para la edición las fuentes más remotas de que dispongamos. Hay casos, sin embargo, tanto en la Edad Media como en la Moderna, en que los distintos manuscritos que poseemos representan momentos diversos de la evolución del texto; así acontece, sobre todo, con obras de elaboración popular y colectiva en que la verdadera realidad histórica de la obra está constituida por la aportación primitiva del autor o autores, más todas las adiciones y refundiciones

de que ha sido objeto el primitivo núcleo. Claro está que en tales casos no podemos aplicar los mismos métodos de reconstrucción que cuando se trata de un autor único y de una obra de sello individual. Un ejemplo típico lo ofrece el *Romance-ro*¹, y fuera de la literatura, los fueros municipales de la Edad Media. Tratándose, por ejemplo, de fueros municipales, sería inútil empresa que quisiésemos reconstruir un arquetipo que nunca ha existido. Un Concejo pone por escrito, en un momento que no conocemos, un conjunto de preceptos legales; muchos de estos preceptos tienen vida secular en la tradición, como que reflejan a veces el

¹ Hay verdaderos conatos de transmisión oral en algunas poesías de Fray Luis de León y de don Luis de Góngora; los textos conservados guardan de ello patente huella. Véase para Luis de León un artículo de F. de Onís en la *Revista de Filología*, 1915, págs. 217-257; para Góngora, A. Reyes en el *Boletín de la Real Academia Española*, III, 1916.

primitivo derecho germánico. El fuero comienza a vivir, y a medida que las circunstancias lo exigen, va reformándose, según corresponde a la índole de sus autores y a la finalidad que cumplía. Por consiguiente, todos aquellos manuscritos que no sean mero traslado de otro, tienen derecho a que se les considere como parte integrante del fuero. En estos casos, lo que procede es determinar la relación en que se hallen entre sí las distintas copias, sin lanzarnos a reconstruir un quimérico arquetipo¹. Este hecho, que cito como muestra, por serme familiar, tiene más interés en España que en otras partes, por la índole particular de nuestra literatura; aun en el siglo xvii hubo comedias que sufrieron una transmisión oral ni más

¹ Así hemos procedido F. de Onís y yo al editar los *Fueros leoneses*, Madrid, 1916. Sin fundamento alguno rebatió nuestro método un señor Zapico en *Razón y Fe*, 1917, pág. 110. Véase *Revista de Filología*, 1917, págs. 211-212.

ni menos que un romance, una gesta o un cantar popular¹.

¹ Véase R. MENÉNDEZ PIDAL, *Quelques caractères de la littérature espagnole*, en la *Revue internationale de l'enseignement*, 1916.

ESBOZOS PEDAGÓGICOS

La organización actual de las Facultades de Letras ¹

En la ancha penumbra que la indiferencia social proyecta sobre todo lo universitario, hay un trozo negro como boca de lobo, que marca el sitio de las Facultades de Letras. La opinión pública representa en estos casos el producto de dos factores, que serían aquí

¹ Las páginas que siguen veían la luz en el diario *El Sol* durante el estío de 1920. Intenté llamar la atención de la gente culta hacia el desastrado espectáculo que dan nuestras Facultades no ocupándose de la formación lingüístico-literaria de la juventud, y careciendo de enseñanza de lenguas vivas. Justo es decir que la Facultad de Letras de Madrid solicitó la creación de una Licenciatura de Lengua y Literatura francesas;

el valor de la institución y el cuidado de que la haga objeto el Poder público. El valor de las Facultades, como veremos, es bastante escaso; el cuidado oficial no existe.

No deja, pues, de estar en algún modo justificada la actitud pública respecto de estos organismos universitarios.

El interés por lo que representan los estudios de Filosofía y Letras ha sido en todos los pueblos cultos un índice de su nivel de civilización. Como es sabido, la Universidad, por ahí fuera, está compues-

pero aun no ha habido Gobierno que atienda esa petición.

Como el problema parcial que me interesa va ligado al funcionamiento total de esas Facultades, juzgué oportuno hablar del mismo en general. [Se escribía esto en 1921. Al imprimirse el libro (octubre de 1924) todo está igual, no obstante haber recibido el país promesas de que la cultura, la inteligencia y la probidad iban a regir sus destinos. En el punto que nos interesa, la inconstancia oficial es, si cabe, mayor que antes.]

ta esencialmente de las Facultades de Ciencias y Letras. Lo demás son estudios de aplicación, que, en la mayoría de los casos, están alejados de la Universidad. Ésta, entre nosotros, apenas es sino una escuela profesional; salvo pocas excepciones, gira en torno a la Facultad de Derecho, la cual, juntamente con la de Medicina, suena algo en el oído público, sobre todo cuando el profesor es centro de un bufete o de una clientela considerable. Fuera de eso, el profesorado—especialmente el de Letras—carece de prestigio, y a veces se ignora qué sea exactamente un catedrático de Letras.

No puedo olvidar las palabras de Angel Ganivet, que cita Navarro Ledesma en el prólogo al *Epistolario* del escritor granadino: «¿Qué cara pondría una mujer un poco lista y espiritual que después de haberse enamorado románticamente de un hombre, y en un mo-

mento de expansión y deliquio, llegase a averiguar que el objeto de sus ansias era un señor profesor de lengua griega?²» A Navarro Ledesma le hacía esto mucha gracia, lo mismo que el que su ídolo hubiese intentado prepararse en veinte días a unas oposiciones a griego, en las que fué justamente derrotado por alguien que venía «dedicando a esta faena ocho o diez años»; el biógrafo dice con cierta sorna.

Tales gestos intelectuales—vengan de quien vinieren—son gestos de incivildad, que sobreviven en quienes dentro de la ciudad de la cultura se revuelven como lugareños. La mofa de estas gentes representa la reacción más elemental ante la novedad incomprendida. A España le vienen larguísimas sus once ¹ Universidades, las cuales, en su mayo-

¹ [¡Ahora hay doce con la de La Laguna (Canarias)! Pronto habrá mamoncillos con un birretico de licenciado.]

ría, tan faltas de ambiente como de productores de ciencia, viven sin substancia fabricando insubstanciales licenciados y doctores.

La escasa actividad civilizadora con que el siglo XIX intentó salvar los enormes atrasos que en gran parte aún nos abruma, no fué bastante para elevarnos al plano de las actividades del espíritu completamente desinteresadas. La cultura que venía de fuera se empleó casi en su totalidad en dotarnos de trenes y máquinas, o de aquellas ciencias indispensables para la vida, como la Medicina. Y aun ésta, en su aspecto realmente elevado, es bien joven entre nosotros.

Apenas ha habido lugar hasta ahora para que se cultiven las llamadas ciencias del espíritu, que, en general, tienen por objeto al hombre como productor de civilización y a esta misma civilización. Si en la época de formarse las modernas

ciencias (siglos XVIII a XIX) España hubiese tenido una actividad propia en el orden de la cultura, seguramente habrían florecido aquellos estudios, junto a las más prácticas aplicaciones del progreso. Así aconteció en todos los países con personalidad científica. Inglaterra, país «práctico», concede enorme importancia a la formación clásica de su juventud (en latín y griego), y no hay que decir cómo se atienden esas ramas del saber en Francia y Alemania, países donde, además, es extremada la importancia que se otorga a la lengua y literatura nacionales como elemento decisivo en la educación elemental y universitaria.

En esos países profesar el griego o el chino es en sí una actividad tan cotizable ante la hembra como cualquier otra¹. Es raro que en este punto

¹ [Veo que José Ortega Gasset se pone a estudiar, como él puede hacerlo, el importante asunto

la gran capacidad de Ganivet no hubiese sabido remontar el ambiente pueblerino que a menudo se trasluce en su obra, sin embargo, tan plena de inteligencia.

La carrera de Filosofía y Letras carece entre nosotros de prestigio social. Los alumnos proceden de clases más bien humildes. Son los menos—sobre todo en provincias—los que se atreven a seguir tales estudios sin sustentarlos con los de Derecho. Influye, sin duda, el tener pocas «salidas»; pero mucho, la falta de prestigio externo. Casi tan poco como en España, logra en Francia un licenciado en Letras, y, sin embargo, he comparado mil veces de cuán distinto modo se *lleva* ese título en ambos países.

to de cómo juzguen las hembras los valores masculinos. *Las meditaciones sobre D. Juan* tratan a fondo este asunto, trascendental dentro de nuestra cultura. 1921.]

Hasta 1900 nuestra Facultad fué una carrerilla corta, algo así como la de cura de misa y olla. Desde aquella fecha se ampliaron su marco y sus estudios, de una manera abstracta e insistemática, sin consultar las capacidades científicas del profesorado, sin reformar nada ese ridículo método de exámenes, y obligando a los alumnos de la sección de Letras a estudiar (?) latín, griego, árabe, hebreo y español, además de otras complicadas disciplinas, tan inoportunas algunas de ellas, que en 1913 la Facultad de Madrid pidió que se sustituyeran por otras menos exquisitas, por no haber entre nosotros técnicos que pudieran enseñarlas ni alumnos preparados para seguir-las¹.

¹ No habiendo en español ni una página original sobre Lingüística Indoeuropea, era ridículo que existiera esa cátedra en la Universidad, que por otra parte supondría en el profesor conoci-

Las lenguas modernas, por descontado, no se enseñan en la Universidad, en lo cual constituye la única excepción entre las europeas. No sentimos curiosidad alguna por conocer los más finos productos de las culturas modernas: ni Dante, ni Molière, ni Shakespeare, ni Goethe, ni las civilizaciones de que son eco, han parecido al Poder público temas que podían enriquecer el horizonte de nuestra juventud universitaria.

Lo más extraño de estas cosas es el silencio que reina en torno a ellas.

El Ministerio de Instrucción pública, por su constitución, es un organismo mudo y pasivo que se limita a registrar, como un autómatas, las altas y bajas del personal. No sale de allá una palabra que

miento de lenguas germánicas, eslavas, etc. La enseñanza de esa disciplina — lo sé por haberla cursado en Granada — era una farsa o un cúmulo de dislates.

afecte al contenido de la enseñanza, ni a sus métodos, ni a la preocupación que ese superior centro parece que debía tener por la vida universitaria. Se me dirá que ahí está el decreto de autonomía recientemente dado; pero en ese decreto se da forma sistemática y definitiva a la incapacidad del poder central para pensar directamente sobre la Universidad ¹.

Por su parte, las Facultades de Filosofía y Letras (no obstante contar con eminentes maestros) tampoco reclaman nunca la atención pública hacia los finos y complejos problemas que debieran inte-

¹ El proyecto de autonomía ha caído a su vez dentro de la amnesia cultural de quienes rigen la Instrucción pública. Cuando esto se da a la imprenta (verano de 1921), la Comisión de Instrucción pública del Parlamento no tiene *ningún* asunto para dictaminar. [No quiero analizar ahora el fracasado proyecto de autonomía, nacido para fomentar la enseñanza de las escuelas católicas. De cualquier modo, algunas Universidades elaboraron estatutos con innovaciones aceptables. El Ministerio permaneció sordo y mudo.]

grar su existencia. Tal como las pusieron en 1900, así se han quedado. Cada profesor se encierra en la madriguera de su cátedra, donde incuba a los que han de aprobar cada año la asignatura (no la carrera), sin que se le ocurra pensar en la estructura superior de que forma parte. La Facultad no anuncia los temas de sus cursos, como hacen en todo el mundo: se enseña la asignatura. La relación con la enseñanza secundaria—esa llaga de nuestra incultura—no preocupa gran cosa a las Facultades. Yo no sé que haya un solo intento de examinar los progresos o los defectos de tal rama de nuestros estudios; ni una observación sobre lo que debiera hacerse en tal o cual punto interno y esencial de la enseñanza secundaria o superior. Hay cátedras de las cuales no ha salido nunca una línea de producción personal, ni un alumno que haya suplido esa carencia de actividad

en el maestro, lo cual sería laudabilísimo, ya que la formación de un discípulo con personalidad científica no es obra menos grave que la creación personal. Ante estos hechos, las Facultades, soñolientas y automáticas, sueltan cada año el chorro correspondiente de licenciados. Y vuelta a girar la noria.

Hay un punto que me interesa particularmente, y al cual vengo consagrandome cuanta atención puedo. La enseñanza de la lengua materna es de las disciplinas más descuidadas en España; en general los españoles conocen mal su lengua. Muchas gentes toman como una pedantería esta afirmación, que la experiencia de cada año hace más evidente.

Tengo buenos observatorios desde donde juzgar: la Universidad, el ver oposiciones a Lengua y Literatura españolas, el preparar profesores para enseñar nuestra Lengua y Literatura en las Univer-

sidades extranjeras que se interesan por la civilización hispana. En general, colocad ante un texto de cierta densidad a un estudiante o licenciado en Letras, y en seguida le veréis aturdido, pobre de palabra, con nociones escasas y defectuosas acerca de los vocablos o construcciones que no sean muy triviales. Nuestros mayores clásicos son a veces profundos arcanos para ellos.

Si pasáis de esto a la redacción en español, aún se agrava el mal. Muchos alumnos, en el cuarto año de Universidad, confiesan que hasta entonces no conocían otro género de redacción que el epistolar. La Facultad de Letras es, hoy por hoy, una Facultad «ágrafa», y lo mejor del caso es que a los catedráticos y a casi todo el mundo le tiene sin cuidado, y aun hay profesores que no comprenden bien de qué se trata. Y, sin embargo, tocamos a algo hondo y trascendental, que

se relaciona con nociones generales de cultura, cuyo defecto las técnicas más especializadas no suplirán luego, y que afecta directamente a la tonalidad media de la civilización de un pueblo. La Facultad de Letras, sobre todo en sus relaciones con la enseñanza secundaria, tiene ante sí un abismo de responsabilidades.

Examinemos los principales defectos que ofrecen actualmente nuestras Facultades. El más grave de todos—dejando a un lado el irremediable de la incapacidad de bastantes maestros—es la ausencia de plan y de organización. Habría que determinar de una manera muy clara cuál es la finalidad, social y científica, que se persigue con estos estudios; qué materias y qué cantidad de ellas han de poseer los alumnos al abandonar la Universidad; en fin, en qué forma y con qué garantías «internas» ha de darse la enseñanza para que sus resultados no

sean meramente aparentes y burocráticos.

De las tres secciones que integran la Facultad, las menos absurdamente dispuestas (al menos en su aspecto externo) son las de Filosofía e Historia; quiero decir que las materias que allá se estudian son homogéneas. Esto no impide que pueda haber un licenciado en Historia que ignore quiénes fueron los Reyes Católicos, hacia dónde caen las Repúblicas hispanoamericanas, o quién fué Napoleón; en cambio, tendrá nociones sobre puntos concretos: Confucio, los trabajos de Hércules, clasificación de monedas fenicias o romanas, y cosas por el estilo.

La labor de algunos especialistas eminentes en su rama puede venir a caer sobre alumnos desprovistos de los elementos esenciales de la cultura histórica. Situado en un archivo de España, el licenciado en Historia no sabrá ni plantear

ni realizar una investigación histórica que no sea una ñoñez erudita; necesitará aprender a trabajar cuando salga de la Universidad, lo mismo que un licenciado en Derecho ha de aprender luego y por su cuenta a tratar las cuestiones jurídicas, no obstante haber cursado seis años de leyes.

Por consiguiente, aun cuando externamente no sea absurda la disposición de la Facultad de Historia, no obstante los resultados son científicamente minúsculos. Algo habría, pues, que hacer para que los españoles aprendieran a construir originalmente la historia nacional, y se acabaran por algún tiempo los trabajos de vulgarización y las recopilaciones de segunda y tercera mano. Yo estoy seguro de que las Facultades de Historia, en las que hay algunos elementos valiosos, podrían hacer diez veces más de lo que hacen si llegaran a adquirir

conciencia clara de su misión y se decidieran a coordinar e intensificar su esfuerzo.

Apenas me atrevo a hablar especialmente de las Facultades de Letras, a una de las cuales tengo el honor de pertenecer. Pero aun estando seguro de irritar a mucha gente, hablaré, porque nadie habla, ni a nadie le importa, en último término, nuestra un tanto precaria o ridícula existencia.

He aquí lo que «perpetramos» con los muchachos que, a veces con entusiasmo, acometen estos raros estudios, que duran cuatro años. Hablaré de Madrid, que es, después de todo, lo menos malo.

Los dos primeros años, llamados, no se sabe por qué, preparatorios, se aprueban examinándose seis veces. Basta aprender de memoria para el primer año la *Literatura española*, de Fitzmaur-

rice Kelly ¹; la *Lógica*, de Abel Rey, y hasta hace poco un pedazo de la *Historia de España*, del señor Ortega y Rubio ².

El alumno no está obligado a haber leído cierto número de textos españoles de importancia capital, ni a entenderlos exactamente, ni a escribir correctamente en castellano. Como no hay exámenes escritos, con saberse la prosa de Fitzmaurice Kelly, el alumno tiene bastante. Y por otra parte, ¿qué otra cosa puede hacer el catedrático? Nuestra ciega Administración exige de él que prepare y juzgue de la preparación de unos 400 alumnos entre libres y oficiales. Un mero examen oral, superficial y externo ocupa ya

¹ [Ahora (1924) aprenden los muchachos la *Literatura española* de los señores Hurtado y Palencia; el señor Hurtado es el catedrático de la asignatura.]

² [Ahora se estudia la *Historia* del señor Ballesteros, catedrático de la asignatura.]

parte de mayo y casi todo junio y septiembre.

Si sobre la Universidad velaran algún interés y alguna inteligencia, no podría existir tan inconcebible estado de cosas.

Piénsese que ésta es la única ocasión que tienen un futuro abogado o los futuros licenciados en Filosofía e Historia para estudiar nuestra lengua y nuestra literatura. ¿No parece todo ello dispuesto por un enfermo mental? ¿Con qué derecho nos asombraremos luego si quienes estudian aquellas carreras, al salir de la Universidad, escriban sin ortografía, ignoren el valor de nuestras letras o redacten un escrito con estilo de niño chico? En el Instituto aprendieron un manualito de Retórica y Literatura (generalmente infame), y en la Universidad, el Fitzmaurice Kelly, y aquí empieza y aquí acaba el estudio de la len-

gua y literatura nacionales para los antes mencionados ¹.

He asistido alguna vez a los exámenes libres de Lógica, ridículamente llamada fundamental en nuestro plan de estudios. Recuerdo un examinando que hablaba como un loro de la clasificación de las ciencias, de la India y de Spencer. Le detuve un momento para preguntarle dónde estaba la India, quién fué Spencer, y qué era ciencia; la pregunta fué seguida de asombro y de mutismo. La experiencia puede hacerse cien veces con el mismo éxito. Tampoco aquí hacen los alumnos composiciones escritas sobre asuntos tocantes al razonar filosófico, para precisar el valor de un pensamiento, analizar conceptos con exactitud, etc. Y digo lo

¹ En ese año preparatorio el único estudio lingüístico consiste en aprender la *Gramática* del señor Alemany, inadecuada para los alumnos, y llena de toda clase de errores.

que antes: ¿puede pedirse en justicia a un solo profesor que realice estos prolijos trabajos con cuatrocientos alumnos?

También aquí es muy de notar que ésa es la única ocasión que se ofrece a los abogados y a los licenciados en Historia y Letras para realizar trabajos de pura precisión mental; para ejercitarse, con la pluma en la mano, en el análisis de conceptos e ideas; para poder reflexionar sobre nociones generales y fundamentales de la cultura. Preguntad a la inmensa mayoría de los licenciados en Derecho o Letras qué es empirismo, o idealismo, o positivismo, o la razón, o el entendimiento, y o no dirá nada o responderá vulgaridades callejeras.

De la Historia no hablemos. En junio último, un alumno ha dicho en un examen de preparatorio que Garcilaso era hijo de Alfonso el Sabio. A mí mismo me han respondido que la República español-

la se proclamó en el siglo XVIII ¹. ¿A qué seguir?

Justo es declarar que *la gran mayoría de los alumnos no ha seguido las clases de la Universidad*. Proceden de colegios y academias particulares, donde les hacen ingurgitar apuntes y memorines para salir del paso. Algunos, entre ellos, tienen que examinarse una segunda o una tercera vez; pero todos acaban por pasar, y quedan así incorporados a la Universidad, que, cual organismo averiado, no tiene medios de repeler tanto joven inútil. Y la responsabilidad, en último lugar, viene a recaer sobre todos nosotros.

Después de esta brillante entrada en la casa, viene el segundo año de preparatorio. Se aprenden entonces unos ligeros

¹ Aunque parezca asombroso, los estudiantes de Letras suelen ignorar la historia española del siglo XIX, incluso en sus detalles más salientes.

rudimentos de Latín ¹ (no a conocer la cultura latina y su valor esencial), rudimentos de Historia universal (el alumno se queda con lagunas enormes), y en fin, Historia del Arte, una de las mejores enseñanzas de la casa, gracias a la cual adquieren los jóvenes cierta sensibilidad para el arte, y guardan el recuerdo de algunos nombres y de bellas proyecciones.

Si nuestros estudiantes estuviesen habituados al trabajo personal, si la meta que se les pusiese delante fuese el lograr ciertas efectivas y determinadas aptitudes o competencias, el daño sería algo

¹ Para oprobio nuestro, en esa cátedra los alumnos están sentados por orden de puestos (que el dómine les hace saltar mediante cierta acrobacia de su invención); el pretendido profesor les habla de tú, da la clase fumando y les impone mil otras vejaciones. A poco fina que fuera la sensibilidad universitaria, ese alocado señor no podría estar en la Universidad.

menor, y podrían ellos compensar las deficiencias de los profesores o de los métodos pedagógicos. Pero no es así. Todo está preparado para deformar la personalidad de los jóvenes. Saben muy bien que no se exige de ellos que sepan realmente «hacer» esta o la otra cosa; se les pide tan sólo que «aprueben» una tras otra muchas asignaturas. Y esta aprobación se logra meramente con asistir a clase. Conozco casos de muchachos, intelectualmente anormales, que pasan sin dificultad por toda la carrera si asisten a clase y dicen algo de lo que agrada al profesor. Nunca acontece que un estudiante, por inferior que sea, deje de ser licenciado en Letras, si ha frecuentado la Universidad.

A esta viciosa organización de los estudios, que reemplaza la adquisición de una técnica por el ejercicio pasivo de asistir a clase durante unos años, se añade

la dificultad material para que los estudiantes trabajen por su cuenta en la Universidad. No hay bibliotecas, no hay bibliotecas universitarias, señor ministro de Instrucción Pública y señores del Cuerpo de Bibliotecas.

Vengo diciéndolo hace algunos años: la biblioteca universitaria carece de libros interesantes y está cerrada a las horas en que los estudiantes podrían frecuentarla. No obstante, rubor da escribirlo una vez más, llegan a cincuenta mil duros (si no exceden de esa cifra) las cantidades que en la Universidad de Madrid perciben como sueldo los funcionarios que desempeñan esa ficticia función ¹.

Todo está, pues, sabiamente dispuesto para entorpecer y deformar al po-

¹ [Esos son los problemas finos y difíciles que requieren gobiernos dotados de energía espiritual, y no meramente material. La competencia inteligente no puede sustituirse por la fuerza.]

bre muchacho que pisa nuestras aulas.

Yo no puedo negar que algunas veces se haya hablado en la Universidad de nuestros males, ni que nos hayamos dirigido a las alturas demandando mejoras. Ahora bien: relatar lo dicho por mí o por otros carecía positivamente de interés, puesto que nunca hemos salvado ese difícil trecho que media del decir al hacer.

En todo caso, por amor a la precisión, he aquí algunos datos. Una vez solicitamos del Ministerio que hiciera útil y frecuentable la biblioteca, y que estableciera una sala de lectura para que no transcurrieran ineficazmente las largas esperas en los pasillos de aquel lóbrego caserón.

La Junta de Archivos contestó burlándose un poco de nosotros, del préstamo de libros y de la conveniencia de que en la Universidad se leyese periódicos. De esto hace cinco años¹. No hemos «he-

¹ [Después de ocho años, todo sigue igual. Es-

cho» nada. Y a cualquiera se le ocurre que con las voces y las plumas que cuenta la Universidad habríamos podido, sin gran esfuerzo, convertirnos en una tremenda pesadilla para los Gobiernos, y lograr al cabo la creación de una biblioteca. Pero la cosa se quedó así porque, en el fondo, *a los catedráticos de la Universidad les da lo mismo que haya o no biblioteca universitaria*, sin la cual en ninguna parte se concibe la existencia de una Universidad. Sin biblioteca hemos estado todo el siglo xix; ¿por qué no seguir así todo el siglo xx?

Nuestra Facultad de Madrid me parece que fué la primera en pedir la autonomía pedagógica.

¿Pero puede alguien pensar seriamente
toy seguro de que nunca verá la Universidad con una biblioteca efectiva y moderna, ocupada por estudiantes, como se ve, por ejemplo, la del Ateneo. Desgraciadamente no todos los estudiantes pueden ser ateneístas.]

que necesitamos permiso de la ley para introducir cambios esenciales en nuestra pobre vida, o, por lo menos, para plantearnos con exactitud el problema de la finalidad, del valor y del estado actual de nuestras enseñanzas?

La Universidad, colectivamente, no se ocupa sino de burocracia, y aunque yo creo que en mi Facultad esto se hace en la forma más elevada que cabe — gracias a la persona que regenta el decanato ¹—, es lo cierto que en último término nosotros nos conducimos frente a las cuestiones que atañen realmente a las enseñanzas nuestras con la misma incuria que usa el Ministerio respecto de los problemas totales de la enseñanza. Corporativamente somos un negociado.

Estas cosas las he dicho en la Universidad, y me han respondido algunos compañeros que yo estaba equivocado; que

¹ [Aludía a don Elías Tormo, decano a la sazón.]

allí no vamos a hacer cosas nuevas y originales, sino a enseñar. Podía esto ser, en efecto, una buena finalidad: transmitir la cultura en forma adecuada, ilustrando acerca de sus líneas esenciales y dotando de medios de trabajo a los futuros licenciados en Letras. Las Facultades quizá deben suponer que así acontece; pero yo no lo creo, ni he oído nunca que se hable de si los licenciados salen o no con la aptitud y la cultura que sería de esperar. Y no estaría de más reflexionar sobre lo que hacemos en la licenciatura especial de Letras.

En dos años, el estudiante debería aprender latín, griego, árabe, hebreo, lengua y literatura españolas, paleografía y bibliología.

Cuando, después de muchas explicaciones, logramos que nuestros colegas extranjeros comprendan la extraña disposición de nuestra Facultad (en ninguna

parte del mundo hay nada igual), su asombro es bastante marcado «Entonces —dicen— sus licenciados de ustedes serán pozos de sabiduría.» «No, señor; generalmente no saben sino rudimentos desordenados y muy fragmentarios de todo eso, y además son casi todos incapaces de exponer correctamente unas cuantas ideas en español.» «¿Y cómo puede existir una cosa tan absurda?» — nos objetan—. «Pues ahí verá usted.»

De no tratarse de algún estudiante prodigioso, ya se comprende que nadie puede adquirir en catorce meses ¹ conocimientos de latín, griego, árabe, hebreo y de las demás disciplinas. La generalidad de los muchachos aprende meramente unos cuantos alfabetos estrambóticos, rudimentos de gramática, y ni se asoma siquiera a las civilizaciones de que esas

¹ Eso es lo que duran los dos cursos, restando las vacaciones.

lenguas son expresión; y conste que se dice que se estudian esas materias porque los árabes y los hebreos han influido en nuestra cultura, y toda la vida moderna está impregnada de las civilizaciones clásicas. ¿Cabe mayor hipocresía? ¿Cuántos licenciados en Letras saben lo que representan en la historia Aristóteles, Lucrecio, Mahoma, la Biblia o Averroes? ¿Y cuántos licenciados en Letras pueden leer sus obras en la lengua original? ¹ Mil veces más lógico sería hacer a los alumnos leer, entender y meditar buenas traducciones de las más esenciales obras de la Humanidad, que no forzarlos a emplear dos años en mal aprender rudimentos de difíciles lenguas como un ejer-

¹ [Una de las cátedras de donde salen de vez en cuando alumnos con conocimiento práctico de la lengua, es la de Árabe, gracias a la pericia pedagógica, excepcional realmente, de don Miguel Asín, que cuenta con discípulos que trabajan personalmente.]

cicio baldío y abstracto. ¿Qué sentido tiene, por ejemplo, que yo enseñe a mis alumnos los abstrusos problemas de la gramática histórica, siendo así que la mayoría de ellos no ha leído a nuestros grandes autores, ignora los elementos de la gramática y escribe con una pasmosa vulgaridad, cuando no con incorrección?

Al cabo de poco tiempo, el licenciado en Letras tiene en su memoria un vago recuerdo de aoristos, verbos cóncavos, formas del verbo hebreo, jirones de gramática española, etc. Nada de eso ha estado nunca sólidamente establecido en su cabeza, ni le ha dado lugar a ejercitarse personalmente en hablar o escribir sobre lo que en todo ello puede haber de valor espiritual.

Se llega, pues, al resultado completamente inverosímil de que la Facultad de Letras ni hace ciencia, ni da enseñanza con valor pedagógico y formativo que

pudiese servir para preparar buenos maestros de Instituto: las Facultades excluyen de sus preocupaciones el estado actual de nuestra segunda enseñanza. Lo menos que podría exigírsenos en ese punto es que enseñásemos a escribir en español a nuestros alumnos, y el método de explicar un texto, trabajo casi desconocido entre nosotros, y que no se consintiera que nadie, desprovisto de esa elemental aptitud, abandonase la Facultad, ya que elemental es su enseñanza.

Nada hay organizado para apreciar el conjunto de la cultura y disposición pedagógica de los estudiantes al salir de la casa de las Letras. Este proceso de disgregación y de atonía culminó en la supresión de las reválidas, que aún subsiste. Así, el estudiante se abandona sin responsabilidad alguna a ese vaivén de estudios insignificantes y fragmentarios;

nadie ha de pedirle cuentas por ello; no tiene ninguna meta adonde llegar, ni ha de demostrar que posee realmente ninguna competencia técnica ni ninguna aptitud pedagógica. En cada mayo se deshace de cinco asignaturas, y nosotros nos deshacemos también de un grupo de jóvenes, en cuyas cabezas hemos puesto unos retazos de cosas heterogéneas y sin sentido ulterior. Nadie ha de venir a pedirnos explicaciones por lo que hicimos; ni siquiera nos molestará luego el espectáculo de la insuficiencia de nuestros propios alumnos ante los compañeros, porque no existe ninguna prueba final ni de conjunto.

El estudiante sale deshecho y hastiado de nuestras clases. No ha sentido que nos ocupáramos de su porvenir, ya que, si ha de hacer oposiciones a cátedras o a archivos, *la Universidad no le brindará estudios especiales y superiores*. La Univer-

sidad tampoco se ocupa de que las oposiciones guarden relación con lo hecho por nosotros.

En fin, si se añade que las tales enseñanzas, además de no servir para producir ciencia ni para formar buenos maestros, tampoco sirven para divertir al gran público, ¿qué responderemos honradamente a quien pregunte por la razón de nuestra existencia?

La enseñanza de la lengua y literatura españolas¹

Cualquier intento de reforma de la segunda enseñanza ha de inspirarse en lo que se haga fuera de España. El modo de enseñarse en el extranjero la lengua y literatura nacionales, es el resultado de una larga preparación durante el siglo XIX, y constantemente es motivo de modificaciones y nuevos ensayos. En Alemania y Francia desde mediados del siglo pasado han venido publicándose li-

¹ Este artículo, publicado en *El Sol* del 21 de diciembre de 1922, resume una conferencia dada a algunos profesores de Instituto. Asistió el ministro de Instrucción pública, señor Salvatella.

bros fundamentales sobre semejante asunto, considerado de vital importancia para la cultura de la nación. A ese anhelo colectivo, reflejado por los sabios, han obedecido las iniciativas ministeriales en todos los grandes países de Europa. En España puede decirse que la bibliografía sobre este punto es casi nula. No es extraño, pues, que cuando consultemos leyes y decretos, o no hallemos nada, o hallemos algo peor: puerilidades y detritus de puntos de vista superados en todo el mundo culto. La verdad es que a nadie le preocupó nunca seriamente lo que deba ser en España la enseñanza de la lengua y literatura nacionales, y así puede hoy afirmarse—si bien con honda tristeza—que entre nosotros no se enseña la lengua y literatura españolas, por lo menos en forma que valga la pena hablar de ello.

Esta falta de vitalidad se refleja en varios hechos. Las Facultades de Letras lle-

van una vida mortecina; en ellas se da una enseñanza absurda, fundamentalmente oral, abstracta y formalista. Se estudian en la misma sección latín, griego, árabe, hebreo y sánscrito. Rarísimo es quien al dejar la Universidad hace algo personal en estas materias. Lo corriente es que el alumno de Letras sea un coleccionador de alfabetos extraños, y un depósito de declinaciones y conjugaciones. La estructura de las enseñanzas es tal, que en lugar de estudiarse las civilizaciones de España, de la antigüedad o del Oriente, los estudiantes se aprenden manuales o gramáticas, sin leer directamente las obras de esas literaturas. De aquí memorismo y verbalismo hueros. *Las Facultades de Letras son fundamentalmente ágrafas. Se puede salir de ellas con el título de doctor, escribiendo con los pies e incluso con faltas de ortografía.*

El licenciado en Letras tiene dos sali-

das: archivos y cátedras de Instituto. Las oposiciones a archivos consisten esencialmente en poder decir de memoria unos cientos de temas, que figuran en unos apuntes casi estereotipados. De cada uno de esos temas, relativos a lo divino y lo humano, hay que hablar unos minutos. En las cabezas vacías de la mayoría de los opositores entran esos resúmenes de diccionario enciclopédico, y el más memorista y locuaz suele llevar plaza. No invitan esas oposiciones al trabajo personal y meditado, no piden dominio cumplido de ciertas técnicas históricas y filológicas. El programa de cada nueva oposición encierra las mismas fórmulas vacías del anterior. La consecuencia natural de esta nula formación y de la manera de seleccionar el personal, es que, salvo contadas excepciones, el Cuerpo de Archivos y Bibliotecas nada haga que valga la pena de ser mencionado. En

Francia, en cambio, la «Ecole des Chartes» ha formado varias generaciones de historiadores y filólogos a los que esencialmente se debe el que Francia tenga una historia nacional, que nosotros todavía no estamos en disposición de escribir.

A análogas observaciones se prestan las oposiciones a Institutos. Al opositor se le pide que sepa manuales de Literatura, o de esa absurda cosa llamada Preceptiva Literaria, conjunto de recetas de dómone, que para vergüenza nuestra muy a menudo reemplaza en España el conocimiento de la lengua y literatura patrias. El carácter memorista de la oposición, el versar los cuestionarios sobre una masa enorme de puntos (que naturalmente no constituyen problemas dilucidables, sino mero pretexto a la fácil erudición), y la rutina que unos tribunales heredan de otros, puede determinar que salgan catedráticos sin ninguna for-

mación científica y sin poder entender debidamente los textos de nuestro siglo de oro, en cuyo significado y sentido nadie les hizo penetrar ni antes de la oposición ni para la oposición. *Escapan a dicha regla quienes tienen energía bastante para hacer lo contrario de lo que oficialmente se les pide.*

El día que se cambie este sistema, cuando las oposiciones exijan trabajo personal sobre verdaderos problemas lingüísticos y literarios (como acontece en la «agrégation» francesa, y en los exámenes de «Oberlehrer» en Alemania), entonces las Facultades serán las obligadas a formar el personal docente. La reforma afectará por igual a Institutos y a Universidades.

La incultura nacional, la rutina y los intereses creados en torno a los libros de texto, hacen difícil una eficaz reforma. La inmensa mayoría de los alumnos de Instituto no pasa por las aulas de los

mismos. Se preparan en colegios y academias donde les hacen recitar los libros de texto ¹. Vienen después a examinarse en tropel, a contestar a preguntas presurosamente hechas, y poco a poco se va formando en las infantiles cabezas esa costra de incultura e irreflexión, tan funesta luego para la vida colectiva. Un golpe mortal para este sistema y para los libros de texto sería el que sólo hubiera exámenes de conjunto, en gran parte escritos, donde se pidiera al examinando el saber «hacer» ciertas cosas, y no «recitar» el libro de texto que tuvo que comprar en provecho del catedrático.

El método cíclico, es decir, el estudio gradualmente progresivo durante varios

¹ [La segunda enseñanza es cada vez menos cosa del Estado. Seguramente hay un 80 % de bachilleres que no han seguido oficialmente la enseñanza del Instituto. En este punto (pese a otras deficiencias) la segunda enseñanza en la República Argentina es muy superior a la nuestra.]

años de unas mismas materias, existe ya incluso en Grecia y Portugal. Sólo España sigue ignorándolo. Sería urgente adoptar aquellas mejoras que representen un común denominador en Europa, y que han salvado todas las discusiones: algo así como una combinación de los métodos francés, alemán y suizo. El sistema inglés es difícilmente aplicable al continente. El inglés vive más extraoficial que oficialmente. Posee una especial flexibilidad y al mismo tiempo una dinamicidad que le hace llegar a lo nacional y común por caminos que a nosotros nos serían inaccesibles. Ese pueblo sin ejército, se improvisó uno excelente para la guerra. La impresión, por lo que toca a nuestro asunto, es que en Inglaterra no se enseña muy bien la lengua y literatura propias; sin embargo, el nivel de cultura medio, lo que se habla y se escribe en Inglaterra supone, sin duda, tradición se-

ria de modernas humanidades. Maneras de reaccionar tan peculiares en lo colectivo e individual no pueden trasplantarse sin gran riesgo. Por eso sigo pensando en la conveniencia de inspirar la reforma de nuestra enseñanza en el término medio de la cultura continental.

Yo no sé si los que pasamos de la juventud llegaremos a ver en España una enseñanza secundaria distinta de la actual. Puede ser que no¹. No obstante, pocas cosas podrían ser más urgentes. Cuando comparamos nuestros míseros centros de formación de la juventud con los del resto de Europa, sentimos una gran vergüenza. Pero cuando esa sensación toma caracteres intensos es cuando comparamos, uno junto a otro, nuestro menguado bachillerato con el tipo europeo. Este mal

¹ [El Instituto Escuela de Madrid es una excepción. Pero ¿qué es un Instituto para una nación de veintidós millones de habitantes.]

rato se lo puede llevar el que quiera en Tánger. Cuando a dos pasos de las magníficas escuelas secundarias que Francia posee allá, se ve a aquellos benditos padres franciscanos en las escuelas llamadas pomposamente de Alfonso XIII, haciendo que los chicos se aprendan de memoria los libros de texto en el Instituto de Cádiz; cuando hablando con los rapaces de los últimos años del bachillerato se nota que apenas saben escribir con mediano sentido, y que ignoran casi todas las cosas de este mundo, y especialmente las de España, entonces es cuando los que aspiran a dirigir nuestra cultura nacional apreciarían claramente que al intentar exportarlo, nuestro bachillerato es de una vacuidad tan grotesca, que nunca debió consentirse que saliera del más recatado ámbito de nuestra Península.

Nota adicional sobre las Facultades de Letras

[Lo anterior, como he dicho, se escribía en 1920-1922. Aún quedaban en mí optimismo y esperanza en lo que atañe a la organización universitaria. Hoy he abandonado en absoluto mi línea anterior de conducta y, sólo confío en la acción individual, y a ser posible, extrauniversitaria. Fomentemos los organismos vivos y dejemos morir los muertos, o por lo menos dejémoslos vegetar en paz. Me autoriza a hablar así el haber consagrado muchos años de esfuerzo y de lucha pública y privada a los problemas de mi Facultad. Sin falsa modestia puedo decir

que nadie ha hecho en ese punto más que yo, sin que piense que haya mérito en ello, ya que procedí impulsado por la repugnancia invencible que me causaba el espectáculo material y moral de la Universidad. Quería barrer la casa en donde la vocación y el destino me hacían vivir.

En tres momentos intervine a fondo en la marcha de la vida universitaria. Primero, para intentar dotar de biblioteca al vetusto establecimiento. A este efecto sostuve una campaña periodística de tres meses en la revista *España* y en *El Sol*, a fin de mover la empedernida conciencia del Cuerpo de Archivos y Bibliotecas, una de las organizaciones más fósiles que existen en el país. Logré apagar los fuegos de cuantos se revolvían contra mis justos ataques: enmudeció la Junta del Cuerpo, privé de razones al director de la Biblioteca Nacional, que pretendía de-

fender el fracaso del Cuerpo, echándome en cara los progresos evidentes de la Junta para Ampliación de Estudios. Les demostré, incluso con datos internos del Ministerio, que durante dos años tuvieron a su disposición 500.000 pesetas, es decir, un millón de pesetas, para comprar libros, y fueron tan ineptos, que devolvieron casi todo al Estado por no saberlo emplear. En fin, puse de relieve la urgencia de arreglar las bibliotecas universitarias. El resultado fué enteramente negativo.

Otro punto me inquietó bastante tiempo. La falta en España de enseñanza universitaria de lenguas modernas me abochornaba de tal modo, que decidí acometer la creación de algunos cursos de Filología moderna. Comencé por persuadir a los más comprensivos de la necesidad de variar el aspecto de la Facultad en ese punto. Como nuestra organización

es pétrea y no permite ni disponer de tres pesetas para pagar a un lector extranjero, el señor Morente y yo nos ofrecimos a enseñar francés, sin aumento de sueldo, y con el recargo de trabajo consiguiente. Juzgábamos que en España la lengua extranjera que ante todo debía llevarse a la Universidad era la francesa, en su aspecto literario y filológico. Inicié un curso sobre la «Chanson de Roland». La reacción en la Facultad no fué siempre favorable. Había quien no comprendía eso de enseñar lenguas vivas en la Facultad; se dijo que ya había en Madrid Escuela Berlitz. Algún bellaco llegó a pensar que aquello debía ser maniobra de francofilia, y juzgó que obrábamos a impulsos de una nación extranjera. Era inútil decir que en París había una licenciatura de español; que en la Universidad de Berlín se dedican cuarenta horas semanales al estudio del francés; que

el español se enseña en todas las grandes Universidades del mundo, incluso en Tokio; que si pensaran por ahí fuera como aquí, no se habrían enseñado las humanidades modernas y entre ellas la civilización española; que desde 1814 se dan en Berlín cursos sobre civilización española, en una u otra forma. Por fin, después de una lucha feroz, conseguimos que la Facultad solicitara la creación de una licenciatura de francés. El Ministerio, como es natural, recibió aquella petición con asombro, y no hizo nada.

En la primavera de 1920 se celebró en Madrid un Congreso hispano-francés. Hubo nuevo motivo para avergonzarse de que en España no se enseñaran las lenguas modernas, y entre ellas, el francés, y se hicieron las necesarias y molestas comparaciones entre Francia, que tiene licenciatura de español en París; Toulouse, Burdeos, Montpellier y Estrasbur-

go, y España, que no enseña más que francés elemental en Escuelas prácticas o en los Institutos. Tuvimos la fortuna de allegar a nuestra causa a uno de los más cultos aristócratas de España: al duque de Alba, el cual, autorizado por el Gobierno, dijo ante el Rey, en un discurso pronunciado al inaugurarse la Villa Velázquez, que al año siguiente (1920-21) habría enseñanza oficial de francés en la Universidad.

Previamente habíamos comenzado una gestión intensa con el señor Dato, entonces presidente del Consejo. Este señor me dijo que era evidente que había que cumplir el acuerdo de la Facultad, y encargó a su ministro de Instrucción, que lo era el señor Espada, que hiciera la reforma. Acontecía esto en mayo. Redactamos un Real decreto. Pasó el verano. El señor Espada, burócrata de lentitud ejemplar, no se estremeció, no obstante cuanto le dijo el presidente, y a pesar de

estar él (según decía) convencido de que había que llevar a cabo tal iniciativa. En el fondo tenía miedo, ese terror de todos los ministros de Instrucción pública a lanzarse a actuar en un terreno que ignoran profundamente.

Hay crisis y viene al Ministerio el marqués de Portago, aún menos capacitado que su precursor para desempeñar misión tan delicada, sobre todo en un país como España. Hablo con él, y desde luego comprendí que habíamos perdido la partida. El asunto de la licenciatura de francés había tenido la virtud de soliviantar ¡nada menos que a tres ex ministros!, que fueron a decir al de Portago que aquello era una barbaridad. Escribo a Dato, y éste me dice en carta de 17 de septiembre de 1920:

«Recibí sus cartas, sorprendiéndome las noticias que me comunica usted en la última. Voy a estar ausente de Madrid

unos días, y a mi regreso, en la semana próxima, celebraría tener ocasión de hablar con usted, etc.»

No logré ver entonces al presidente, y para evitar ambigüedades, le escribí lo que sigue:

«Acabo de tener una conversación con el señor ministro de Instrucción pública acerca de la creación de una licenciatura de francés en la Universidad de Madrid. De lo que me dice el señor marqués de Portago se desprende que dicha reforma no será llevada a cabo para el curso entrante. Las razones que alega el señor ministro no afectan en modo alguno al fondo del asunto: son consideraciones meramente impuestas por la disconformidad de varias personas, entre las cuales, por lo visto, figuran tres ex ministros.

Claro está que, conociendo la marcha de nuestra vida pública, parece desecha-

da toda posibilidad de que se creen los estudios en cuestión, pues las personas que se oponen, se opondrán probablemente siempre, y su actuación logrará análogo influjo sobre el Gobierno. Yo lamento profundamente que razones puramente adjetivas impidan que se introduzca tan evidente mejora en la Universidad. Seguiremos así en la misma situación de inexplicable atraso.

Por lo que a mí respecta, doy por terminada mi gestión en este asunto; pero creo estricto deber informar a la opinión interesada en las cuestiones universitarias de la génesis, desarrollo y fracaso de una iniciativa que favorecía a la cultura española, sobre todo en su aspecto de relación con la vida universitaria de otros países. No se nos podrá acusar, ciertamente, ni de falta de celo ni de energía para reclamar la creación de algo cuya falta seguirá siendo motivo de sonrojo

para la instrucción pública de nuestra Patria, etc.»

El señor Dato contestó en esta forma protocolaria y helada, que expresa perfectamente todo el fondo de indiferencia que se albergaba y se alberga en los políticos cuando se trata de problemas de cultura nacional:

«Las ocupaciones y ausencias de estos días me han privado del gusto de ver a usted. Recibo su carta del 27, por *la que veo* [¡lo veía por mi carta!] que, en efecto, nada cabe hacer, en este curso, de la reforma proyectada. Lamento tanto como ustedes que así sea; pero eso no ha de ser motivo de desesperanza, pues la idea tiene todas mis simpatías, y a ella volveremos tan pronto como sea posible, tratándose sólo de un aplazamiento, etc.»

El señor presidente me contestaba como si yo hubiese ido a pedirle un acta de diputado.

Bueno es advertir que muchos profesores de la Facultad estaban enrabiados ante la idea de que se creara la enseñanza del francés, y sostenían que, de haber asistido ellos a la reunión en que eso se aprobó, o si se hubiesen dado cuenta del alcance del proyecto, nunca habría acordado la Facultad semejante cosa. La ignorancia, el odio a lo nuevo, la misma molestia de que pudiese surgir una enseñanza próspera y animada, en contraste con otras cosas muertas de la casa, desencadenó los odios de algunos, que infundieron al Gobierno la convicción de que se trataba de una novedad peligrosa, obra de gentes de izquierda, etc.

Mi intervención en este asunto la clausuré con el siguiente cuentecillo de lo que sucedió a cierto fraile en la Corte de Fernando VI: Influidó por las ideas progresivas de la época, nuestro buen fraile pensó que sería obra acertada hacer que

una carretera pasara junto a su aldea, sita en la provincia de Santander. Comunicó la grata nueva a sus paisanos, pero éstos no se regocijaron; antes bien, se llenaron de alarma y de enojo. ¿Una carretera por mitad de su pueblo? En modo alguno. Había dos grandes peligros: gentes extrañas pasarían por allí, y podían dejar triste recuerdo de su paso; y luego, ¿para qué iban a perder el pasto en toda la extensión que ocupara la carretera? El fraile trató de aquietarlos desde Madrid. Inútil. Vino una Comisión del pueblo a ver nada menos que a S. M. Fernando VI (como ahora los tres ex ministros). Le dijeron que aquello les hería profundamente. Reclamaban, sobre todo, por la hierba que iban a perder. El fraile, que los oía, puso término al pleito con estas mesuradas palabras: «¿Reclamáis por vuestra hierba, hijos míos? Pues no os aflijáis; la tendréis como ahora; id y pa-

cedla en paz.» La carretera no se hizo.

Mi última campaña universitaria fué con motivo del proyecto de autonomía. No quiero discutir si aquél fué o no maniobra clerical. En el fondo pienso que sí. A mí, no obstante, me interesó en la autonomía la posibilidad de modernizar algo la estructura de mi Facultad. Hágase el milagro, y hágalo el diablo. Otros dos compañeros y yo redactamos el proyecto de Estatuto, con enorme esfuerzo, en medio de otros muchos quehaceres que a la sazón nos agobiaban. Llevamos nuestra obra a la Facultad. Se resucitó la cuestión de las lenguas vivas. Hicieron algunos oposición violenta a su inclusión en el Estatuto. Había quien traía 29 enmiendas a un artículo para obstruir su aprobación. Levantó mares como montañas el designio de ir a la especialización de los estudios, suprimiendo esa pue-

ril mescolanza de lenguas de todas clases. Después de luchas tremendas, acabamos por sacar adelante el proyecto de enseñanza de lenguas vivas, porque me tomé el trabajo de leer y comentar los planes, a ese respecto, de todas las grandes Universidades del extranjero. Las voces se apagaron, pero la protesta interior no se extinguió. Ahora bien: la condición que pusieron los profesores obstruccionistas era que había que mantener la multiplicidad de las enseñanzas existentes con carácter obligatorio. Nuestro Estatuto, que estaba bastante bien (no porque lo hubiésemos hecho nosotros, sino por ser sencillo eco del plan que siguen otras Universidades, donde la enseñanza goza de eficacia, es decir, que contenía sólo verdades de sentido común), nuestro Estatuto se convirtió en la cosa más monstruosa que cabe. Como si a un charro salmantino le variáramos el traje, po-

niéndole zapatos de *foot-ball*, cuello de pajaritas y chistera. Es igual: el proyecto de autonomía quedó archivado, y ningún ministro ha pensado en tocar a las Facultades.

No me he vuelto a ocupar más de asuntos universitarios. Abandoné aquel prurito reformatorio; me dediqué exclusivamente a mis trabajos en la cátedra y fuera de ella, y me va mucho mejor. Así acababan las pequeñas Memorias de uno que quiso arreglar la Facultad de Letras de Madrid, y perdió miserablemente el tiempo.]

ESBOZOS DE HISTORIA LITERARIA

Romance de la mujer que fué a la guerra ¹

Querría atraer unos momentos vuestra atención hacia algún tipo femenino del Romancero español; pero antes desearía decir breves palabras sobre la mujer, tal como la considera nuestra épica popular, para que de esa suerte no sea demasiado fragmentaria la impresión que se desprenda de considerar aisladamente un punto que no forma por sí núcleo orgánico dentro de los romances.

¹ Lectura dada en el Ateneo el 8 de febrero de 1919, con motivo de una serie de conferencias consagradas al Romancero.

En esta enciclopedia de la sensibilidad medioeval, donde todas las pasiones tienen cabida, no es raro que la mujer ocupe los vértices dominantes de cada tema. En el recinto familiar, en el suelto ambiente de los campos, en las aventuras de viaje, en la Corte, en las empresas bélicas, dondequiera, la mujer se dibuja con los rasgos de su compleja naturaleza. Seductora por su belleza, cruel, ligera de cascos, reflexiva, mártir, heroica.

Dentro de tanta multiplicidad de aspectos, es posible destacar dos puntos de vista, partiendo del dramatismo esencial del Romancero. O la mujer se presenta como un objeto codiciado, sensual, y en ese caso es un imán terrible hacia el que gravita la acción poética, o la mujer es un ser de razón (pero dotado de fina sensibilidad) capaz de realizar grandes empresas. Claro está que entre ambos extremos surgen figuras intermedias, en que unas

y otras características se combinan en grado diverso. Pero para el propósito de este momento (en que lo esencial es hacer oír lindos romances y no mis disquisiciones), nos bastará con lo notado.

Recordemos sucintamente algunos sugestivos aspectos de lo femenino en el Romancero antes de llegar a ese segundo tipo de la mujer heroica que constituye el fin principal de esta conversación. ¿Qué espacio no sería necesario para citar escenas cuyo centro es el encanto de la mujer? En aquel Romance que empieza:

En Sevilla está una ermita cual dicen de San Si-
[món,

el amor aparece como algo absoluto, como una virtud mágica (desprendida de la belleza), que nos trae a la mente una escena no muy diversa en el Arcipreste de Hita:

Ay, Dios, y cuán fermosa viene doña Endrina
[por la plaza,
qué talle, qué donaire, qué alto cuello de garza;

qué cabellos, qué boquilla, qué color, qué buen
 [andanza;
 con saetas de amor fiere, cuando los sus ojos alza.
 y dice nuestro romance:

En Sevilla está una ermita cual dicen de San
 allá va la mi señora sobre todas la mejor; [Simón;
 en la su boca muy linda lleva un poco de dulzor;
 en la su cara muy blanca lleva un poco de color.
 El Abad que dice misa no la puede decir, no;
 monacillos que le ayudan no aciertan responder, no;
 por decir amén, amén, decían amor, amor.

Otras veces, en lugar de esta sublimación,
 de este sentimiento estilizado, hallamos notas de
 sensualidad temblorosa, poco frecuentes en la
 poesía española:

Estáse la gentil dama paseando en su vergel,
 los pies tenía descalzos que era maravilla ver.
 Desde lejos me llamara, no le quise responder.
 — Vete con Dios, pastorcillo, no te sabes entender,
 hermosuras de mi cuerpo, yo te las hiciera ver:
 delgadica en la cintura, blanca soy como el papel,
 la color tengo mezclada, como rosa en el rosel,
 el cuello tengo de garza, los ojos de un esparver,
 las teticas agudicas, que el brial quieren romper,
 pues lo que tengo encubierto, maravilla es de la
 [ver.
 — Ni aunque más tengáis, señora, no me puedo
 [detener.

Esta dama de los pies maravillosos, con fiebre de amores, no es única en nuestro Romancero. En general, en cuestiones de amor, los Romances no saben mucho de moral cristiana; el único dogmatismo que acata el poeta, es el de la suprema belleza o el de la intensa emoción. La sensualidad, la barbarie de las venganzas y de los castigos más sangrientos, no detienen nunca a la musa popular, que ha utilizado, sin embargo, todos los refinamientos literarios, y que siempre se salva de lo vulgar y plebeyo, por la acertada selección de los elementos emocionales y por un estilo sorprendente. Véase, pues, cuán próxima se halla esta poesía, bronca y liviana en muchos casos, de los ideales modernos de la literatura, que aspira a lograr efectos de intensidad y de selección, ajena a todo dogma y a toda traba preceptiva.

He aquí ahora a la bella Melisenda, «la hija del emperante»,

que amores del Conde Ayuelos no la dejan reposar.

Salta a deshora de su cama, y con inaudita decisión, vase para los palacios del Conde Ayuelos; y a aquel Fernandinos, el Alguacil de su padre, que se le interpone,

Diérale tal puñalada, que en el suelo muerto cae.
No te congojes, señor,

dice luego al asustadizo Conde Ayuelos,

no quieras pavor tomar,
que yo soy una morica venida de allende el mar
Fuése el conde para ella, las manos le fué a tomar;
y a la sombra de un laurel de Venus es su jugar.

No se crea, sin embargo, que sólo amores, delicias y vergeles acompañan a la mujer a través del Romancero; la hallamos también en medio de escenas siniestras, y sufriendo en la vida íntima las consecuencias de su débil y esclavizada condición. Del poema y de la comedia

pasamos a la tragedia de la mujer mártir.

Ved a doña Arbola, triste, calumniada, a quien su esposo don Morcos, recién parida,

la cogiera entre sus brazos, tiróla encima el ruán
[‘caballo’].

Siete leguas anduvieron en sin palabras hablar.

— ¿Por qué no me hablas, Arbola, como me solias
[hablar?]

— ¿Cómo quieres que yo t’able si non puedo res-
[pirar?]

Por Dios os pido ermitaño, que me queráis con-
[fesar.

Desde la confesión dicha el alma quiso entregar.

Recordad a la duquesa de Braganza, la española doña María Téllez, asesinada por una injusta sospecha. O a Delgadina, sacrificada a una pasión incestuosa; o, en fin, el caso más tenebroso de todos: el de la infanta Solisa, muerta por su marido el conde Alarcos en cumplimiento de un absurdo mandato del rey.

Dejemos ahora estos tipos de mujer que nos han impresionado por su belleza, por

sus pasiones, o por su resignado sufrir. Las figuras de que trataré en seguida nos interesarán por su enérgica decisión, basada en móviles objetivos; por su razonado obrar, que nada restará, sin embargo, al encanto femenino. Lejos de mi ánimo estaría buscar en el Romancero precedentes al feminismo moderno.

No domina aquel carácter de mujer en el Romancero, ni tampoco en el resto de nuestra literatura; pero acá y allá aparecen en las distintas épocas mujeres de temple enérgico y arriscado. Bruscas y garridas son las serranas del Arcipreste de Hita; zahareñas y con aguda retórica replican las serranillas del marqués de Santillana. Más modernamente, en el siglo xvii, Lope, Rojas, Tirso y otros, trataron en forma varia caracteres de mujer que, sin perder su feminidad, anduvieron en hábito masculino, realizaron graves empresas, vengaron su honor o el

de los suyos (*La moza de cántaro*, de Lope), o tomaron la iniciativa que faltaba a los galanes para lograr sus amores. Al recordarlas no pienso en *La monja alférez*, caso de desagradable androginismo, sin un especial interés poético. Cito, en cambio, con gusto, a aquella dama estudianta de que habla Lope de Vega en el *Laurel de Apolo*, la cual, vestida de hombre, en Salamanca

Oyó filosofía
y por curiosidad astrología;

hasta que

puso los ojos Feliciana bella
en un ilustre mozo
que apenas el rubí del labio el bozo
con el oro ofendía,
descubriendo en un día
cuanto la honestidad calló tres años.

Pero tornemos a nuestros romances. Existiendo en otros géneros literarios esta modalidad de carácter de mujer, de antemano podíamos saber que también lo

hallaríamos en el Romancero. Sin abandonar el campo de los romances viejos, prescindiendo de romances eruditos o artísticos, que desde el siglo xvi comienzan a imprimir distinta dirección a esta forma poética, hallamos dos clases de mujeres dotadas de ánimo extraordinario: unas realizan hazañas en el dominio de la vida privada; otras son protagonistas de altas empresas que trascienden de la esfera individual.

Los romances más representativos dentro del primer grupo, son los concernientes a la venganza del honor, y entre ellos ninguno tan brioso, tan rudo ni de estilo tan primitivo como el de Rico Franco, caballero aragonés que rapta a una doncella

muy hermosa y muy cortés.

Ésta pide a Rico Franco su cuchillo:

Cortaré fitas al manto que no son para traer.
Rico Franco de cortese, por las cachas lo fué a
[tender;

la doncella que era artera, por los pechos se lo fué
[a meter:
asi vengó padre y madre, y aun hermanos todos tres.

Al mismo grupo pertenece, entre otros, Marquillos y Blanca Flor:

Levantóse muy ligera la hermosa Blanca Flor,
tomara cuchillo en mano y a Marquillos degolló.

Se ha pensado que estos romances podrían ser de inspiración extranjera. Pero no vemos la necesidad de tal supuesto. El país que formó los temas poéticos de los infantes de Lara y del infante don García (llenos de sangre y de pasión salvaje), no necesitaba inspiraciones ajenas en este caso; bastaba con las costumbres medioevales y con el genio épico de Castilla.

Entre los romances que tienen por tema altas empresas femeniles, debe citarse en primer término aquel de la infanta mora Guiomar, que, con su ingenio y su belleza, libró al rey Jafar, su padre, de la

amenaza de Carlomagno, que proyectaba arrebatarle su reino.

Guiomar organiza una esplendente embajada, formada por cien bellísimas jóvenes; deslumbra con su belleza a los doce pares, y obtiene la paz del buen viejo Carlomagno, que lamenta su mucha edad al encontrarse ante tanta hermosura.

Vengamos, en fin, a la figura que voy a analizar de modo más preciso. Se conocen versiones de la doncella que fué a la guerra, en portugués y en catalán; pero en castellano sólo figura impresa una versión recogida en Asturias y publicada por Menéndez y Pelayo ¹.

El romance portugués se halla muy difundido en el país vecino; y en contra de lo que pensaba Teófilo Braga, el romance es de origen castellano, como en

¹ V. MENÉNDEZ PELAYO, *Antología*, t. X, páginas 119 y 269.

general todo el romancero de la Península. En este caso tenemos, además, una prueba concreta, hallada por Almeida Garret, de que el romance se cantó en Portugal primeramente en lengua española. Un escritor portugués de mediados del siglo XVI, Jorge Ferreira, nos presenta reunidos a dos elegantes caballeros en su comedia *Aulegrafia*. Uno de ellos, Dinardo, se decide a cantar en español un romance, acompañándose de la guitarra. Y dice a su amigo Grasedel:

DINARDO. Entonces tocaré o rapaz do conde Darios.

ROCA. (*Criado*) Contento viene nuestro amo; algún nuevo pajarillo habrá descubierto.

DINARDO. (*Cantando.*)

Pregonadas son las guerras
de Francia contra Aragone.

ROCA. Linda voz tiene para divertirse.

DINARDO. (*Sigue cantando.*)

Cómo las haria triste,
viejo, cano y pecador.

Como se ve, el romance que canta Di-

nardo en el siglo xvi comienza del mismo modo que la versión asturiana a que antes me referí. Y el nombre del hijo del conde Daros es el mismo que aun llevan hoy ciertas variantes portuguesas de la doncella que fué a la guerra. Este romance aristocrático y extranjero en el siglo xvi, se hizo portugués al popularizarse entre las gentes de las aldeas.

La variante de este romance, que hace años recogí en varias aldehuelas de Zamora, es artísticamente superior a la asturiana antes citada, sobre todo en su segunda mitad. Tal vez influya en mi apreciación el que los romances, tomados directamente de la boca del pueblo, duplican su valor para el que así los conoce por primera vez. Al tener en las manos el raro pliego suelto del siglo xvi, no se recibe tan intensa impresión como oyendo recitar un romance a gente rústica, guardadores inconscientes de esta flor de

poesía que viva y lozana se recoge, a veces en un ambiente de inimaginable sordidez. No es el menor atractivo de estas pesquisas el ir completando con sucesivos recitadores el texto del romance, que al principio se ofrece en forma poco inteligible. Tras de paciente exploración, acaba por surgir, terso y puro, el texto bueno que en adelante podréis gustar a vuestro antojo.

La versión zamorana comienza, inopinadamente, suprimiendo los cuatro primeros versos que tenía el texto conservado en la comedia de Jorge Ferreira, y que aun existen en la variante asturiana. Antes de leer, observaré que, entre las peculiaridades del habla leonesa que contiene el romance, figura el decir *sos* en vez de *eres*.

— No revientes, Catalina, por telas del corazón!
De siete hijas que has tenido, entre ellas ningún
[varón.

Respondió la más pequeña, en lugar de la mayor:

— Ahora calle usted, el mi padre; no eche tan gran
[maldición,
que las guerras que hay en España, yo las correré
[por vos.

— Tienes el andar menudo, te han decir que mu-
[jer sos.

— No le dé pena, el mi padre, que ya lo alarga-
[ré yo.

— Tienes los pechos muy grandes, te han decir que
[mujer sos.

— No le dé pena, el mi padre; los sastres ¿para qué
[son?

Para hacerme un chalequillo a rayente el corazón.

— Tienes el pelo muy largo, te dirán que mujer
[sos.

— Traígame usted, el rey mi padre, tijericas de
[Aragón,

para cortar yo el mi pelo a rayente el cabezón.

— Tienes los dedos muy largos, te han decir que
[mujer sos.

— No le dé pena, el mi padre, los guantes ¿para
[qué son?

— Tienes el mirar muy bajo, te han decir que mu-
[jer sos.

— Alzarélos, bajarélos, al estilo de varón.

Se ha montado en un caballo, para la guerra mar-
[chó.

Marquitos lleva por nombre; el apellido, Aragón.
Siete años anduvo en ella; no la conocieron, no;
sino es un traidor en misa, que en rezar la conoció.

— Yo me muero, la mi madre; me fino del corazón,
que los ojos de Marquitos, son de hembra y no de
[varón.

Usted como madre y vieja, un consejo me ha de
[dar.

— Llévala tú el mi hijo a las peras a comprar;
que si ella fuese mujer, a comer y a guardar.

Todos compran, todos comen, Marquitos no más
[un par.

Y aun de aquel par que compraba, a las damas
[iba a dar.

— Yo me muero, la mi madre, me fino del corazón,
que los ojos de Marquitos son de hembra y no de
[varón.

— Llévala tú, el mi hijo, a las tiendas a comprar;
ella si fuese mujer, a las cintas ha e mirar. [ñal.

Todos miran palas cintas, Marquitos para el pu-
— ¡Oh que puñales tan guapos, pa con moros pe-
[lear;

oh qué joyas, oh qué perlas, para damas regalar!

— Pues llévala tú el mi hijo a las tapias a saltar,
que si ella fuese mujer no las ha e poder brincar.

Todos saltaban la tapia; Marquitos, tapia y tapial.

— Llévala tú el mi hijo a los ríos a nadar,
que si ella fuese mujer no se ha e querer desnudar.

Cuando los demás llegaban, Marquitos de nadar
[sale.

— Por Dios te pido, Marquitos, te vuelvas a des-
[nudar.

— Cartas me han venido, cartas, cartas de muy
[gran pesar,

que mi padre estaba muerto y mi madre pa ente-
 rrar.
 — Puente puente, puentecito, puente de nuestro
 [lugar,
 una vez te pasé virgen y otra te volví a pasar.

El final de las versiones portuguesa y asturiana es más prolijo y difuso que el de la que acabamos de transcribir; y en la catalana el sentido queda incompleto. Esta particularidad, unida a la que antes señalé, de comenzar súbitamente, sin introducción ni precedentes a otras en el interior del romance, nos dice que tenemos aquí un caso más de abreviación, de condensación posterior de un romance, hecho de gran transcendencia, observado en otros casos por Menéndez Pidal; la musa popular adquiere de esa forma gran malicia literaria, a fin de producir más subido efecto artístico en el auditorio. Que esto ha sido así lo probaría, si no tuviésemos la versión asturiana, un final de este romance que redondeaba

la acción, y que aún recordaba una recitadora, pero solamente en prosa. Es decir, se conserva el recuerdo de una redacción más prolongada. El galán corría tras don Marquitos y llega hasta su casa; hasta aquí coincide con la versión asturiana. No así lo que sigue. El padre de la doncella belicosa dice al pretendiente que le dará a su hija con tal que la reconozca en una habitación oscura en medio de sus seis hermanas, vestidas igualmente las siete. El Romancero no vacila, ciertamente, en poner a sus héroes ante graves dificultades. La suerte y el amor vienen, empero, a iluminar a nuestro galán, quien rápidamente, en aquel conjunto de sedas y de juventud, halla las manos de su amada, en cuya delicada piel las riendas del caballo, durante el largo y desenfrenado galopar, habían trazado huellas bien tangibles.

El tema de la mujer que fué a guerrear

se conoce en todo el mundo: hasta en la China existe el cuento de la mujer soldado. En lo que atañe a la literatura peninsular, es seguro que, tanto las variantes portuguesas como las catalanas, proceden de Castilla. Teófilo Braga, antes citado, pensó ingenuamente que tal romance no existía sino en Portugal, y que había sido traído directamente por los cruzados hasta las playas portuguesas. El italiano Nigra, que consigna canciones parecidas en sus cantos populares del Piamonte, creyó que todas las poesías relativas a este asunto tenían un mismo origen: la Provenza. Y añade Menéndez Pelayo: «Tratándose de poesía narrativa, más verosímil parece buscar el origen en la Francia del Norte.» Esto no lo juzgamos necesario; los temas populares no son como los asuntos doctos, que viven en conexión a través de todos los países. El tema popular, cuando no va unido a

un saliente hecho histórico, es casi siempre inactual y carece de patria. Puede surgir en diversas épocas dentro de diferentes países. ¿Por qué pensar en las cruzadas, como hace Braga y también Nigra? Desde que hubo guerras pudo ser elaborado el tema de la mujer brava; y el Oriente, según se sabe bien, ya creó ese tipo de mujer fuerte de que nos habla la Biblia. No es, pues, problema soluble buscar la fecha y la patria de nuestro tema.

Independientemente del momento y del lugar donde haya surgido el asunto, queda bien manifiesto el españolismo del estilo y de la técnica poética de este romance. Hay en él un contraste notable entre la ingenuidad, lo trivial de ciertas frases que no suponen, al parecer, reflexión alguna en el artista (*no revientes, a comer, a guardar, etc.*), y la habilidad para ir concentrando los efectos poéticos. En la variante asturiana, el compañero

de armas de la doncella se enamora al notar ciertos ademanes y movimientos femeninos; en la versión de Zamora todo el encanto de la joven ha sido concentrado en la inefable expresión de sus ojos. La iteración del mismo verso durante una parte del romance, da a éste un sello de hieratismo y estilización en vivo contraste con los rasgos de realismo, que concretamente ofrece el relato. Y, en fin, sobre todas estas particularidades flota el tipo mismo de ella: fuerte, heroica, aventurera, varonil en lo más exterior; pero íntimamente siempre niña. Recordemos que según el final, no asimilado por la redacción poética, la guerra endureció tan poco su fina piel, que un galopar prolongado dejó hondas señales en sus manos. En último término, una debilidad marcó aquí también el camino al Amor.

Algunos aspectos del siglo XVIII ¹

(Introducción metódica)

Óyese decir con cierta frecuencia que el siglo XVIII está mal conocido. Personas que no lamentan las obscuridades o insuficiencias que pesan sobre otros momentos de nuestra historia, echan de menos alguna mayor meditación sobre el siglo del neoclasicismo.

Cuenta, en cambio, esta época con no escasos adversarios. Escribía M. Pelayo en sus *Heterodoxos*: «El siglo XVIII, que casi todos los españoles miran como época sin gloria, y que apenas estudia nadie» ². Y, sin embargo, el siglo XVIII no

¹ Conferencia dada en la Facultad de Letras de Madrid, en abril de 1921.

² III, 198.

está peor conocido que el siglo xvi o el xv. La biblioteca de Rivadeneyra dió albergue a todas sus grandes figuras: un tomo a Feijóo, otro a Isla, otro a Jovellanos, tres a los poetas, otro a los Moratín, a Quintana, etc. Fuera de eso se han hecho ediciones sueltas y se han publicado bastantes monografías de índole literaria o histórica.

Y causa sorpresa que frente a esas lamentaciones por la escasez de noticias sobre el siglo de Feijóo, no se note más a menudo la ausencia de un libro legible acerca de Cervantes. ¿Qué hay, pues, en aquel siglo para despertar así la mirada amable o la agría indiferencia?

Esencialmente, el siglo xviii es época de crítica y de lucha intelectual, hasta el punto de que los meros valores literarios palidecen y pasan a segundo término. Es un tiempo de elaboración de formas de cultura, de tonalidad revolucionaria, en

que el temperamento del escritor se esconde bajo el ejercicio del intelecto. La sensibilidad, cuando se produce, toma el carácter de concesión a aquellas aspiraciones menos valiosas del hombre, y se resolverá en lloriqueos, en puerilidades sensibleras o en brutal lubricidad.

La lectura de cualquiera de las obras selectas de entonces, suscita la adhesión de los espíritus reflexivos: la claridad, el tono moderno, el noble propósito que brotan de una página de Feijóo o de Jovellanos, contrastan tan vivamente con la confusión y la arbitrariedad de muchos de nuestros prosistas anteriores, que ingenuamente nos lanzamos a buscar también una poesía y un drama que estén a la altura de esos buenos razonadores. Y al verse defraudados, hay quienes piensan que la causa de ese fracaso es nuestra mala información sobre el siglo xviii. Esta actitud es, pues, producto de la simpatía

de los que piden a aquel siglo tal vez más de lo que puede dar.

Otro punto de vista es el reflejado por las palabras antes transcritas de Menéndez y Pelayo, y que es, sin duda, el que cuenta con más partidarios. En síntesis, viene a decirse que la influencia francesa domina sobre el genio nacional: «época sin gloria.» La frialdad, la medida, lo recortado de las tres unidades se difunden sobre el fogoso temperamento de la raza, aprovechándose de una ocasional flaqueza. Y como al mismo tiempo la revisión agresiva de todos los valores infligió a los dogmas religiosos y políticos, daños tales que el antiguo régimen no pudo recobrar más nunca el terreno perdido, es explicable que esos años guarden aún cierto tufllo empecatado. Buena parte de las 800 páginas que forman el tomo III de los Heterodoxos de Menéndez y Pelayo, van consagradas al siglo xviii.

Tratemos nosotros ahora de discurrir con la más absoluta objetividad. Los escritores que durante el siglo continúan la tradición, no ofrecen gran interés, si se exceptúa Ramón de la Cruz; y aun éste, en más de un aspecto, está influido por la ideología de la época, sin gran arraigo en el pasado.

En lo demás, la producción dieciochista ofrece carácter homogéneo, íntima trabazón que sería vano buscar en cualquier otro momento de nuestra historia. Sobre los restos del pasado que perduran en el medio popular y que, de haber continuado rigiendo al país, habrían conducido necesariamente al *finis Hispania*; sobre ese fondo formado en gran parte de detritus de civilización no bien lograda, se dibujan a principios del siglo xviii intentos renovadores, que adquieren plena forma en el reinado de Carlos III, y abarcan orgánicamente to-

das las manifestaciones del espíritu: las ideas, la política, la ciencia, el arte, la literatura. Idéntico es el fondo sobre el que se destacan las discretas razones del Padre Feijóo, la leyes político-sociales de Carlos III, las comedias de Moratín, la Puerta de Alcalá, los versos de Meléndez y las Sociedades económicas de amigos del país. Lo mismo que en otros períodos de la historia (el siglo v de Grecia, la plenitud cristiana del siglo XIII, y ciertos momentos del renacimiento), asistimos aquí al desarrollo de determinada concepción del mundo que marca con huella inconfundible todas las manifestaciones de la vida superior.

Una visión ingenua de la historia hace decir que todo esto no es sino imitación francesa. Pero el ardor, el ideal fortísimo que durante más de un siglo impulsa y guía la acción de todo español apto, haciéndole marchar por el único camino

que la inteligencia señalaba como posible, con un verdadero fervor de religión, ¿era también imitación francesa, era también un frío y abstracto *a priori*?

Pensar que la venida de Felipe V y su corte impone sin más a la nación ademanes galicistas, es tan inexacto como hacer responsable exclusivo a Felipe II de las desastradas consecuencias de nuestro imperialismo católico. Es manifiesto que la imitación francesa es poderosa entonces, que ciertas instituciones (Academias, Bibliotecas) y muchas maneras literarias se calcan sobre modelos franceses; pero frente a ese hecho sobradamente vulgarizado, quiero hacer notar que antes de 1700 ya era bastante sensible la influencia de Francia; y además, que una vez que se produjo, a fines del siglo XVII, cierto anhelo de reincorporarnos a la civilización, lo único posible era tomar las formas de la cultura internacional, extre-

madamente representada por Francia a principios del siglo xviii. Entregada a sí misma, vuelta hacia el pasado, España habría desaparecido, porque nada había en los siete u ocho millones de habitantes que significase por sí solo una garantía de continuidad de civilización.

Menéndez Pelayo, en su afán pueril de vindicar en todo caso ¹ la ciencia y las grandezas hispánicas (¡como si esas cosas estuvieran ocultas en ningún país!), llega hasta sostener que no nos encontrábamos mal del todo en el reinado de Carlos II: «¡Edad de ignorancia, de superstición y de nieblas, aquella en que al impulso y a la voz de nuestros críticos cayeron por tierra supuestas cátedras apostólicas y episcopales, y borraré de los martirologios a innumerables santos, cuyos nom-

¹ [La grandeza de España es evidente, pero no hay que buscarla con los métodos usados por Menéndez Pelayo en su libro *La Ciencia española*.]

bres y reliquias honraba la engañada devoción del vulgo!» Además de esto, contábamos con unos cuantos jurisconsultos, con un excelente bibliógrafo (N. Antonio), con un buen matemático, Hugo de Omerique (de nombre, por cierto, harto extraño en un español), y otro, un tal Padre Tosca, de Valencia, muy celebrado de Menéndez Pelayo, pero del cual ha escrito Rey Pastor: «aun renunciando a encontrar producción original, causa honda pena la lectura de la obra del P. Tosca, enciclopedia de la matemática conocida en España al final del siglo xvii.»

Cuanto se diga es poco sobre la situación de España en 1700, y frente a ella nada o casi nada representa media docena de espíritus selectos que alentaban acá y allá. Don Diego de Torres Villarroel, catedrático de Salamanca, de personalidad tan estrafalaria como intere-

sante, nos dice, y estaba en buenas condiciones para saberlo: «Padeció entonces la España una obscuridad tan afrentosa, que en estudio alguno, colegio ni universidad de sus ciudades había un hombre que pudiese encender un candil para buscar los elementos de estas ciencias.» En Salamanca la cátedra de Matemáticas se consideraba como *rara*, y llevaba treinta años sin maestro. Los estudiantes sostenían que esa ciencia era «enredos y adivinaciones», o cosa de brujas y diablos. Aun en junio de 1752 escribe don Diego: «Siguen creyendo los demás catedráticos que tiene algún sabor a encantamiento y a farándula esta ciencia, y que son de mejor alcurnia que nuestro axioma y postulados sus ergos, sus gritos y sus temeridades»¹. Esta afirmación concuerda con otra del P. Feijóo: «Del modo que

¹ V. la edición de F. de Onís, en «Clásicos Castellanos», pág. XXIV.

hoy están las cosas, más ingenio ha menester un español, por lo menos en estas provincias, para tomar una leve tintura de las matemáticas, que un extranjero para hacerse matemático perfecto en su país»¹. No tiene interés para mí ahondar sobre esto y ampliar el cuadro negativo de la cultura hacia 1700, exponiendo el agotamiento y la nadería que imperaban sobre las ciencias y las artes.

Claro está que en una nación de algunos millones de habitantes y de glorioso pasado, no podía por menos de haber unas cuantas personas inteligentes, percatadas de que nuestros males procedían de consunción y de necio aislamiento dentro de la comunidad de los pueblos civilizados. Y éste será todo el sentido del siglo XVIII: un intento de reincorporarnos a las formas universales de cultura.

¹ RIVADENEYRA, LVI, 224 a.

A fines del siglo xvii cierto ministro de Carlos II, don Manuel de Lira, formuló un proyecto de singular trascendencia como anuncio del nuevo rumbo que iba a tomar la historia: basándose en el ejemplo de países como Holanda, que con su mezcla de religiones alcanzaban singular prosperidad, el primer ministro de Carlos II propone la revocación del edicto de expulsión de los judíos, de 1493, y que se abran nuestras posesiones de América a israelitas y protestantes¹. Fracasó, como era natural, aquella discreta medida, pero quedaba iniciado el gran *mea culpa* que España no ha dejado aún de entonar.

La relación cultural con Francia no se inicia tampoco súbitamente con el reinado de Felipe V; es conocido el hecho de que Juan Bautista Diamante escribe en

¹ AMADOR DE LOS RÍOS, *Historia de los Judíos*, III, 548.

1659 su comedia *El honrador de su padre*, inspirada más en el *Cid* de Corneille que en el de Guillén de Castro. Montaigne no dejaba de ser manejado por Quevedo y por Gracián. Noto una traducción de Felipe de Comines, por Juan Vitrián, en 1643, y otra de las *Provinciales*, de Pascal, por un burgalés, Gracián Cordero, en 1684. Encuentro en Bances Candamo, poeta del reinado de Carlos II, galicismos tan violentos como los del P. Feijóo. En fin, una metódica exploración bibliográfica de la segunda mitad del siglo xvii, quitaría, en mi opinión, bastante brusquedad a la iniciación en la cultura internacional a través de los libros de Francia. El hecho mismo de que Felipe V venga a España, y pueda reinar en vez del Archiduque de Austria, es una consecuencia más bien que una causa.

Este retorno a lo exterior lo considero, pues, como resultado de la conciencia

que había invadido todos los centros capaces de tenerla, de que había fracasado en absoluto el sistema de teocracia casera, que libérrima y espontáneamente, entendiéndose bien, habían tomado para sí los españoles durante el siglo xvi. El imperialismo ininteligente a que habíamos querido someter a Europa se derrumbaba en medio del desprecio universal; y dentro del país, a pesar de la limpieza de sangre y de la recitación de las *Símulas*, las cosas iban cada vez peor.

Durante el primer tercio del siglo xvi un grupo de españoles dotados de mente y sensibilidad selectas, intentaron traernos las novedades de la cultura. Fundamentalmente eran lectores de Erasmo, y la divina curiosidad del Renacimiento que rebosaba en las obras del gran holandés, empezaba a hacerse notar en nuestra cultura. En contacto con la ciencia internacional surgen figuras, como la de

Vives, llamadas a provocar consecuencias estimables. Como otros países que tampoco tenían un presente excepcionalmente brillante (por ejemplo Francia), nosotros nos preparábamos a labrar modalidades propia en la civilización moderna, que por lo que la historia permite colegir, podían haber sido espléndidas (pienso en Fernando de Rojas, en Nebrija, Valdés, Cisneros, Luis de León y Cervantes). Pero no pudo ser: la ola plebeya —dejemos en paz a la Inquisición— no lo toleró. ¡Vulgarismo, popularismo! Pese a algunos de sus resultados dentro del Arte, son dos pestes embutidas en los flancos de nuestro pueblo.

Todos conocen el resultado que tuvo para la historia patria el rumbo impreso a la vida española durante la segunda mitad del siglo xvi. A la expansión desmesurada de nuestros dominios correspondía un caudal menguado de nociones

culturales y humanas en los gestores del alma nacional. Y no obstante el brillo de nuestra literatura en el período de la decadencia, Hispania semejaba grandemente al diplodocus: una cabeza mínima para un corpachón monstruoso.

Pues bien: de modo claro, tan claramente al menos como entonces podían percibirse estos problemas, los hombres del siglo xviii vieron que el mal de España procedía de falta de ciencia y de discreción. «Conocemos la debilidad de las fuerzas de España—dice Feijóo—, que consiste en la falta de gente. Acaso conocemos también que las causas de ella son: guerras, extracciones de gente hacia América, expulsión de los moros...» Todo procede, según él, «de la falta de providencias políticas y económicas». De esta profunda convicción, que va animando la obra gigantesca de Feijóo, arranca el carácter científico y patriótico de los

primeros grandes escritores del xviii. Nos dan la impresión de volver a situarse en el punto donde quedó interrumpida la obra del erasmismo en el siglo xvi; pero, al mismo tiempo, intentaron incorporar cuanto desde entonces habían logrado pueblos de historia menos anormal que el nuestro.

Hay que distinguir, pues, en nuestro siglo xviii un momento previo de dirección metódica, y otro de asimilación, un poco mecánica, de cuanto se producía en Francia en literatura, en política y en arte. El primero está representado esencialmente por Feijóo; el segundo, por los escritores que en cada género van amoldándose al racionalismo, al neoclasicismo, al humanitarismo, a lo sensiblero, etcétera. (Moratín, Meléndez, Jovellanos, Cadalso, y tantos otros.)

El error del siglo xviii está—sobre todo entre nosotros—en haber establecido soli-

daridad demasiado íntima entre el cultivo de la ciencia, la libre aplicación de la razón y las tres unidades del drama. Pero era fatal que así ocurriese en Francia, dada la trayectoria que las corrientes renacentistas acabaron por tomar allá durante el siglo anterior; y no tuvimos nosotros bastante libertad, ni podíamos tenerla, para no dejarnos arrastrar por la imitación, excusando lo nimio y tomando lo esencial. Lo mismo aconteció, por otra parte, en toda Europa.

Hablemos de Feijóo¹ y de su método. Es sobre todo un demoleedor de prejuicios y algo así como un caballero andante del buen sentido frente a las patrañas que entonces, como siempre, dominan en la fantasía del vulgo. Lista dijo de él que

¹ [V. ahora el erudito estudio de Agustín Millares al frente de la edición de Feijóo en «Clásicos Castellanos», 1923, sobre todo de carácter biográfico.]

había que alzarle una estatua y al pie quemar sus obras; juicio injusto, ya que, pese a sus muchos yerros y al valor nulo que hoy ofrecen las cosas concretas de ciencia escritas por Feijóo, su inmensa producción está alumbrada por destellos de inteligencia. Sin sus libros no podríamos explicar el sentido de toda la literatura del siglo. Se calculan en 420.000 los volúmenes que representan las diversas ediciones del P. Feijóo. Blanco White declara haber aprendido de Feijóo «a raciocinar e examinar, a dudar, penetrando por medio de sus obras en un mundo nuevo de libertad y de análisis». Se ha discutido su ortodoxia, y para vindicarlo de esas sospechas le hizo pasar Menéndez Pelayo por el Santo Oficio de sus *Heterodoxos*.

Feijóo era fundamentalmente un razonador; la sensibilidad tiene poca intervención en sus escritos, y esto explica

que conozca mal la literatura española. Olvidó esclarecer sobre este punto a sus contemporáneos; en otro caso, tal vez se habría discurrido con más acierto sobre Cervantes, Lope y Calderón. Pero nuestro buen benedictino iba a lo suyo: su psicología era de las que no pueden sufrir un cuadro colocado de medio lado, y como poseía exquisito sentido de los planos de la cultura, se convierte en pedagogo, y por ende en gran patriota.

De España toma cuanto juzga utilizable: los historiadores, Vives, seguramente libros de erasmistas. De fuera ingiere en cantidad inverosímil la literatura de crítica y de información que intensamente lanza Francia al mercado. Su avidez por la cultura brota a cada paso; los antiguos filósofos tenían que ir a Grecia o a Egipto para ilustrarse. «Pero hoy—dice—se logra mucho mayor fruto y con mucha menor fatiga, teniendo presentes dentro de

una biblioteca, no sólo los sabios de muchas naciones, mas también de muchos siglos.» Eran sus libros usuales el *Diccionario* de Pierre Bayle, las *Memorias* de Trévoux y las obras de Fontenelle (*Pluralidad de los mundos* e *Historia de la Academia de Ciencias*); sería largo y fastidioso citar otras muchas obras francesas que considero como fuentes suyas. De la antigüedad sólo conocía lo latino, pero muchas de sus citas vienen de las compilaciones de Erasmo, de cuyo espíritu está imbuido, aunque para amoldarse al medio español tenga que lanzarle algún dardo. Cita, en cambio, sin comentarios, y a cada paso, a Bayle y a Fontenelle, padres de toda la heterodoxia del siglo; pero aquí aun no lo sabían.

La personalidad de Feijóo es compleja. Distingo en ella tres aspectos: un investigador de la verdad, dotado de esa curiosidad infinita que como nadie tuvie-

ron los hombres del Renacimiento y sus herederos los del siglo xviii. Pero este pensador era un fraile benedictino y un excelente cristiano. (De aquí proceden las continuas restricciones y salvaduras que limitan y atenúan las consecuencias de lo que el hombre libre que llevaba en sí proyectaba en un plano absoluto; nos da a cada paso la impresión de curarse en salud.) En fin, Feijóo es hombre de su tiempo, un ladino gallego, con prejuicios vulgares y expuesto a caer en mil errores, en los que de hecho cae; sus adversarios no tuvieron a veces mucho trabajo para demostrárselo.

Debajo de ese temperamento intelectual hay un fuerte corazón que cuando puede y está seguro de su verdad, lleva las cosas al último extremo. Su personalidad toda atrae la simpatía de quien mira con amor y dolor el pasado de España. Como lema de un análisis del P. Feijóo

pondría aquellos versos de un erasmista, el valenciano Juan Fernández de Heredia, † 1549:

«Las cosas de nuestra fe,
no buscar razón en ellas;
mas destas, que es la orden de ellas
por razón, no sé por qué
sin razón quieren creellas.»

El siglo xvii había demostrado, sobre todo con la filosofía de Renato Descartes, cuánta buena cosa se lograba ejercitando libremente la inteligencia; Feijóo contempla arrobado los progresos de las matemáticas, de la astronomía y de las ciencias naturales, y se lanza a la palestra, sentido común en mano. La fe le detiene sin duda, pero el plano de lo místico empieza para él más lejos que para las gentes españolas del xvi (exceptuando, claro está, a los reformistas). En 1726 sale el primer tomo del Teatro Crítico, y su primer artículo es el titulado *Voz del pueblo*: el pueblo y sus anchas tragaderas,

voilà l'ennemi. Ese es el tema de toda la filosofía moral del Renacimiento, salido derechamente del estoicismo. «Argumentum pessimi, turba est»—decía Séneca—; «por ningún camino se va más ayna al error y al despeñadero que por las pisadas del vulgo»—repetía Petrarca en su versión española; «la verdad es que el juicio común de la gente nunca jamás fué ni es regla más cierta ni más derecha para regirse hombre por ella»—clamaba Erasmo. Y Feijóo comienza por estas palabras: «Aquella mal entendida máxima de que Dios se explica en la voz del pueblo, autorizó la plebe para tiranizar el buen juicio, y erigió una potestad tribunicia, capaz de oprimir la nobleza literaria». Se dilata en enumerar casos de tonterías del vulgo, sus fantasías y supersticiones, y hasta «una gran parte de la Iglesia puede errar, y de hecho erró en el gran cisma del Occidente; pues los

reinos de Francia, Castilla, Aragón y Escocia, tenían por legítimo Papa a Clemente VII; el resto de la Cristiandad adoraba a Urbano VI; y de los dos partidos es evidente que alguno erraba». Obligado desde este primer artículo a buscar garantías para las verdades teológicas, exige en estos casos el consentimiento unánime de todo el pueblo de Dios.

Una de las formas de la facilidad con que el vulgo cree en cosas inexistentes, es la creencia en los duendes y los espíritus familiares; Feijóo discute a su modo la imposibilidad física de tales entes; pero lo interesante no es eso, sino el análisis de las causas psicológicas de tales invenciones: la mentira, el error, la pusilanimidad; luego el rubor de haber tenido miedo hace inventar obstinadamente detalles sobre lo imaginado. Sienta Feijóo de este modo bases para la explicación psi-

cológica, que no objetiva, de muchas creencias del vulgo. Como en otros muchos casos, se hace el encontradizo con la Iglesia y trata de salvar el exorcismo del Ritual Romano «domus a daemónio vexatae». No se trata—observa—de cosas aprobadas, sino permitidas, y se encuentra en un ritual de la Iglesia de Toledo, y, además y en último término, «puede el demonio infestar a los habitantes de una casa». Pero débil argumentación es ésta después de la copia de razones positivas antes alegadas; el lector que no sintiera la necesidad de salvar escrúpulos, acabaría por pensar que la «domus a daemónio vexata» era una fantasía vulgar que venía a añadirse a las criticadas.

Acontece a las obras de Feijóo, en cierto modo, lo que a las de Fontenelle: la tendencia a explicarlo todo lleva en unas y otras a la idea de que lo inexplicable es sencillamente lo que aún no está

explicado. De esta suerte, la zona de lo maravilloso se va estrechando, y el resultado será que a lo largo del siglo XVIII la ciencia sustituirá a la religión. Ese resultado habría, quizá, causado espanto al P. Feijóo; pero ésta es la verdad. La falta de percepción para lo poético hacía que no se viese entonces en la religión, sobre todo en su parte puramente dogmática, sino un reducto cerrado a la especulación; en toda su periferia, se entregaba el pensador a sustituir causas físicas o psicológicas a las divinas de la teología, y va en su análisis hasta las mismas puertas de lo prohibido—no sin experimentar cierta satisfacción maligna e infantil a la vez. Claro está que un Fontenelle o un Bayle se limitaban a depositar en el alma del lector, sin el menor antídoto, el germen de la inquietud o la prueba de la arbitrariedad teológica. El Diccionario de Bayle no expone

sistemas ni teorías; se contenta con presentar todas las opiniones acerca de las ideas admitidas, y no es culpa suya que el lector se incline hacia las que niegan lo ortodoxo. La fe en los milagros y en la Providencia sufre grave quebranto a través de los gruesos mamotretos de ese Diccionario que a cada paso cita Feijóo. Oigamos a éste: «Si fuesen verdad todos los milagros que corren en el vulgo, justamente pudiera ser notada de pródiga la Providencia». ¡Decidme lo que en 1580 le hubiese pasado a nuestro benedictino si estampa esa proposición! Aunque ya Melchor Cano había dicho, bien que en latín, que «Laercio escribió con más rigor las vidas de los filósofos, que los eristianos las vidas de los santos». Añade Feijóo que Plutarco aconsejaba parquedad para no creer todos los milagros, a vuelta de añadir a renglón seguido: «Los milagros de que hablaba Plutarco eran

parte ilusión diabólica, parte invención de la vanidad gentilica». Saque, empero, el lector consecuencias de ese parangón.

Se alarga morosamente Feijóo en hablarnos de los santos inventados, como San Gaullón, originariamente un perro, cuya falsedad demostró la crítica histórica. Pero ¿y cuando no haya medio de aplicar la crítica documental? Porque estas afirmaciones de Feijóo no se circunscriben a época determinada; «en materia de milagros, la piedad vulgar ve mucho más con la imaginación que con los ojos». «Yo confieso que es muy difícil determinar a punto fijo la existencia de algún milagro.» «Es cosa muy ordinaria atribuir a milagro los que son efectos de la Naturaleza.» «Esto especialmente es frecuentísimo en curas de enfermedades.» Cita las curas milagrosas atribuidas a Vespasiano, que curaba a paralíticos, ciegos y cojos. Feijóo lo cree fábula, porque

«¿cómo es creíble que la mano omnipotente, que iba entonces derribando ídolos a fuerza de milagros, permitiese al demonio sustentarios con prodigios... indistinguibles de los verdaderos?» A pesar de todo lo cual, escribe: «No estoy bien con los críticos audaces puestos siempre sobre las armas contra monumentos o tradiciones que han autorizado los siglos», y censura a Erasmo que «Cavó en la historia eclesiástica para descubrir fábulas». Realmente, si Feijóo no se hubiese parado en ese punto, como lo hizo, habría merecido el nombre de Voltaire español.

Pero si respetó la historia consagrada, arremetió contra el presente con un tesón y una energía inconcebibles antes.

Nada muestra mejor el espíritu científico del P. Feijóo que su intervención para destruir la creencia del vulgo y personas interesadas en el milagro de las

flores de la ermita de San Luis del Monte. De tiempo inmemorial existía la idea de que el día 19 de agosto, fiesta de San Luis, nacían en la ermita de este santo, situada a legua y media de Cangas de Tineo, unas flores maravillosas, que no aparecían ni antes ni después de dicha festividad. En el tomo primero de las *Cartas Eruditas*, 1742, Feijóo escribe a un amigo que tales flores nacen no sólo en la ermita de San Luis, sino también en otros lugares; y que aparecen antes y después del 19 de agosto. (Edic. 1786, página 246 y sigs.)

Prodújose gran movimiento en contra de Feijóo. Los frailes franciscanos veían negado un milagro referido por sus cronistas Wadingo y Cornejo, y como tenían convento en Tineo estaban interesados en poseer intervenciones divinas dentro de sus dominios. Feijóo nos da las razones: «Para que esto se entienda, se debe

advertir una cosa que es pública y notoria en aquel país, y es que todos los curas y sacerdotes que viven en aquella vecindad, son interesados en que con la fama, prueba y confirmación del prodigio de las flores, se haga famoso aquel santuario, porque con esto se logra que de varias partes de España les vengan encargos de misas, que se celebran en él con crecido o extraordinario estipendio. Fuera de que a los ojos se viene que esto es natural que suceda, porque *asi sucede en casi todos los santuarios célebres*, más o menos, según es mayor o menor su celebridad: efectivamente se vió este año que había encargos de misas de países distantes a algunos de los sacerdotes vecinos, con estipendio de quince y de veinte reales. Esta circunstancia, pues, que comprende a don Diego Valea Flores, como interesado en la creencia del milagro de las flores, ¿quién podrá negar que le

constituye legítimamente recusable para juez en la averiguación de él?» (*Cartas Eruditas*, II, edic. 1786, pág. 372.)

Los franciscanos organizan una primera información acerca de esas flores milagrosas y, según ellos, resulta comprobado el milagro. Los enemigos de Feijóo se regocijan; calla nuestro fraile, hasta que apareció «un papelón impreso de versos hediondos, una sátira brutal», que le irrita y le decide a organizar una información metódica sobre el pretendido milagro, de acuerdo con el obispo de Oviedo. Comienza el sagaz y enérgico benedictino por discutir el valor probatorio de la información hecha por los frailes franciscanos, y su valor moral, ya que eran al mismo tiempo jueces y partes los interesados en decir que el milagro ocurría realmente. Ya sabemos por qué. Además, «tenía algunas noticias, que me inducían a desconfiar de dicha información, como

eran la de que se había procedido en ella muy tumultuariamente, de modo que luego que alguno levantaba la voz diciendo que en tal parte parecía una flor, sin más examen daban fe de ello los notarios» (pág. 367). De no haber mediado aquella circunstancia de amor propio, y las injurias de sus enemigos, Feijóo habría desistido de la lucha, ya que «por lo común no tiene inconveniente grave que se crea un milagro que realmente no ha habido. Porque *¿qué daño o perjuicio trae... el que se piense que una lluvia que necesitaban los campos, y por tanto se solicitó con rogativas, fué milagrosa, aunque meramente procediese de la ordinaria disposición de las causas naturales? ¿O que se crea que la sanidad del enfermo fué preternatural y obtenida por la intercesión de algún santo, aunque se debiese precisamente al beneficio de la naturaleza o al de la medicina?»* (Pág. 390.)

Se organiza seriamente la pesquisa acerca de las flores. Un alférez con seis soldados se ponen a la puerta de la ermita «para que no dejasen entrar en ella más gente que la que cómodamente podía entrar». (El ejército ayuda a la destrucción de un milagro. La evolución de España del siglo xvii al xviii es realmente asombrosa. Ocurría esto en 1743. Cincuenta años antes el hechizo y la necesidad partían de la cámara de Carlos II.) «La utilidad de estas providencias se reconoció principalmente en la misa cantada, durante la cual no apareció flor alguna en la ermita ni en la ropa de nadie; pero hubieran aparecido ilusoriamente algunas o muchas a no haberse usado de aquellas precauciones; porque no faltaron quienes imaginasen y gritasen que en esta o aquella parte había alguna flor. A las señoras doña Eulalia de Campomanes y doña María de Omaña se figuró, y

lo dijeron, que veían una flor en la extremidad de la capilla del Padre Partierra, franciscano. Acudió el provisor, los dos notarios y otros, a reconocerla, y hallaron ser una partecita de cal que se había pegado a la capilla, por haberse el religioso arrimado a la pared, que no mucho antes se había blanqueado, lo cual se hizo ver luego a las dos señoras expresadas.» Resultó, en conclusión (todo este asunto ocupa las páginas 356 a 414 del tomo segundo de las *Cartas Eruditas*), que las tales flores eran huevecillos de orugas que salían en todas partes, dentro y fuera de la ermita, antes y después del 19 de agosto. La victoria de Feijóo fué plena, el alboroto en el país bastante grande, y los clérigos de Tineo debieron ver disminuir los estipendios de quince y veinte reales por misa, suma fabulosa para la época. La inteligencia y sagacidad que Feijóo empleó

en este asunto fueron extraordinarias.

Luego que nuestro excelente maestro ha intentado librar al hombre de vulgares supersticiones, y reduce a leyes naturales cuanto no roza crudamente a los dogmas y a la verdad oficial, prosigue su labor pedagógica, que tiende a construir un tipo humano despojado de cuanto represente convencionalismo local o histórico. Concebido así el hombre, se resuelve en un ser con sensaciones (y su secuela será el egoísmo materialista), sobre las cuales la razón pondrá un común denominador que iguala al chino y al lapón. Henos, pues, en plena filosofía dieciochista. El artículo de Feijóo «Amor a la patria y pasión nacional» es altamente característico: «Generalmente, el amor de la conveniencia y bien privado que cada uno logra en su patria, le atrae y le retiene en ella, no el amor de la patria misma.» Cuando en otra región le va a

uno mejor, «hace lo que San Pedro, que luego que vió que le iba bien en el Tabor, quiso fijar para siempre su habitación en aquella cumbre.» Pero sobre ese conjunto de egoísmos coloca Feijóo la luz de la cultura, sea cual fuere su patria: «¡Mírese el humo de la propia tierra, mas ¡ay Dios! no se prefiera ese humo a la luz y resplandor de las extrañas!»

Como se ve, la teoría de Feijóo, como muchas otras de este siglo, peca de estrechez y de fría vaguedad: ni el hombre ama a su tierra únicamente por motivos de egoísta sensualidad, ni puede superar esos sentimientos con la mera visión de la luz cultural de otros países. Pero... no seamos tampoco incomprensivos ante tales apriorismos e insuficiencias psicológicas, errores fundamentales del pensamiento de aquella época. Acontece a menudo que las ideas de Feijóo, en apariencia de mero carácter abstracto, están for-

muladas con fin polémico, en vista de realidades más concretas. Y entonces adquieren cuerpo y consistencia. Esa aspiración al cosmopolitismo, razonamiento helado en apariencia, está formulada mirando a España, y pensando en su aislamiento incomprensivo. Mediante tal interpretación, lo que Feijóo escribe adquiere admirable sentido, y él mismo se encarga de aclararlo: «Raro hombre hay, y entre los plebeyos ninguno, que no juzgue que es su patria la mayorazga de la naturaleza». Y refiere a este propósito que cuando a fines del siglo xvii las armas del rey de Francia vencían en todas partes, un portugués de baja esfera decía en Salamanca: «Certo, en não vejo príncipe en toda a Europa que hoje poda resistir ao rey de Francia, si não o rey de Portugal. ¡Cuántas cabezas—prosigue—bien atestadas de textos he visto yo muy encaprichadas de que sólo en

nuestra nación se sabe algo; que los extranjeros sólo imprimen puerilidades y bagatelas, especialmente si escriben en su idioma nacional... En esta parte bastante vengados quedan los extranjeros; pues si nosotros los tenemos a ellos por de poca literatura, ellos nos tienen a nosotros por de mucha barbarie.» En fin, «es tan material la diferencia de nacer en esta tierra o en aquélla, que otro cualquier respecto debe preponderar a esta consideración». — El abstracto cosmopolitismo, convertido en impulso vital y patriótico, llevará en su día a un grupo de españoles a sumarse a la causa de José Bonaparte, pensando que cumplían con los ideales de la cultura, y que contribuían a liberar a España de su funesto atraso.

Prosiguiendo en el análisis crítico de los valores humanos, Feijóo se encuentra con la nobleza de la sangre, y su razón le

dice que «La virtud de nuestros mayores fué suya, no es nuestra... En vano las mejores plumas de todos los siglos, tanto sagradas como profanas, se empeñaron en persuadir que no hay orgullo más mal fundado que el que se arregla por el nacimiento.» Tanto más cuanto que eso de las genealogías es difícilmente comprobable. Un tal Peñafiel de Contreras, autor granadino, tejió una serie genealógica de 118 sucesiones desde Adán a Felipe III; y para que el de Lerma no se creyera menos, formó otra de 121 desde Adán hasta aquél. Llegado a este punto de su razonamiento, Feijóo debió contemplar, con el habitual susto, la meta adonde le llevaba su crítica; si el hecho de nacer noble no da nobleza ni efectiva supremacía, ¿cuál era entonces la razón de ser de la sociedad contemporánea? Al otro lado de los Pirineos no se anduvieron con remilgos; pero el astuto gallego

se vió en la necesidad de elaborar esta fórmula híbrida: «En la nobleza no hay motivo alguno para que el noble se jacte; pero le hay para que el humilde o el menos noble le reverencie.» El benedictino debió reírse para su cogulla al escribirla.

Vamos viendo ya dibujarse el concepto del hombre según el P. Feijóo; su valor consistirá, no en ser de este o del otro país, ni gozar de una u otra ascendencia, sino en su facultad razonadora y comprensiva que le permita despojarse de los errores que infestan la mente del vulgo. Su ideal será, pues, la ciencia y el conocimiento; y poseídos de este afán de precisión, los espíritus de entonces no descansan sino en la matemática. «Es preciso confesar — lamenta Feijóo — que la física y matemáticas son casi extranjeras en España.» Conocida es la parte que estas ciencias ocupaban en la cultura de Feijóo y en sus escritos. Y el método ma-

temático con sus abstracciones, en una época en que las ciencias de la naturaleza estaban atrasadísimas, será frecuentemente el canon que regule las construcciones del siglo.

Hoy nos parece ingenuo ese optimismo racionalista, y comprendemos el error de un sistema que excluye completamente los factores no razonables que gobiernan la vida, y que generalmente son los decisivos. Pero históricamente todo se explica, y comprender la historia es nuestro primer deber en esta casa. Así como el Romanticismo, al pasar la tiranía racionalista, se complace en hacer diabluras como muchacho en día de asueto, y prefiere todo lo absurdo e irrazonable por el mero hecho de serlo, así también el racionalismo que tan característicamente vemos reflejado en Feijóo, procede de una reacción (exagerada, sin duda) contra la arbitrariedad secular. El genio francés

codificó literariamente los principios de la escuela, y acabó por reducir a esquemas todas las manifestaciones de la cultura; pero la raíz de todo ello se halla en el Renacimiento, y fundamentalmente en Italia. Un ejemplo: las pretendidas reglas de Aristóteles son obra de tratadistas italianos del siglo xvi (Catelvetro y Robortelli); pero Boileau las difundirá por todo el mundo.

Hay además otra consideración que apunté ya incidentalmente. Este siglo, de las más abstractas construcciones ideológicas, es el siglo de las medidas violentas, del despotismo llamado ilustrado y de las revoluciones. Los principios van armados de agresividad demoleadora; en Francia la situación material del país era calamitosa, y los espíritus selectos, no sólo aspiraban a sacudir las arbitrariedades teológicas, sino a lograr también un poco más de bienestar y de justicia sociales.

En España, donde todo ese movimiento produce reflejos débiles, puede señalarse el mismo fenómeno. Hay que derribar prejuicios; pero hay también que repoblar a España, limpiar y alumbrar las ciudades; hay, en suma, que pedagogizar, aunque el pueblo español, según frase de Carlos III, llorase cuando le lavaban la cara.

En el siglo xviii para todo hacía falta un modelo y un principio general; de ese modelo genérico salían después las especies. Las grandes realidades del espíritu (moral, religión, política) son deducidas de la definición del hombre en sí—como decía Taine, «de ese vago residuo que se obtiene suprimiendo todas las diferencias entre el francés, el inglés y el chino»—; parejamente, el arte reflejará la razón antes que la sensibilidad o la fantasía: cada obra se amoldará estrictamente al correspondiente género literario, y

a ser posible, imitará a algún modelo de suprema perfección. Los franceses en el siglo xvii habían tomado el pasado clásico como arquetipo; nuestro Moratín convertirá a Molière en el tipo perfecto de la comedia, y no hay que soñar en rebasar esos arquetipos, reflejos de la razón suprema que rige a cada género.

Otra idea fundamental gobierna al siglo: la observancia de esta razón suprema que anima al hombre y al mundo era exigencia primordial para toda persona ilustrada, cuyas normas, una vez descubiertas, se convertían luego en móviles del obrar humano; pensóse, pues, que bastaba dar a conocer los principios para que las voluntades los siguiesen dóciles. De aquí el pedagogismo básico del siglo xviii y su sentido humanitario y filantrópico. Con motivo se irritaban los ortodoxos ante esta palabra, *flantropía*, que al parecer quería decir caridad; pero que en el

fondo era reflejo del sentido irreligioso de la época. La finalidad de la ciencia y la moral dieciochista era lograr la perfección razonable, no servir a Dios. A lo sumo se podía llegar al culto de la diosa Razón. Entre nosotros, hombres como Floridablanca y Moratín murieron como perfectos ateos, con gran escándalo de Menéndez Pelayo; pero la lógica del siglo — participese o no de ella — era implacable.

Pues bien: si el ejercicio de la conducta conforme a razón era la finalidad suprema, se concibe que la literatura se prestara dócilmente a ser la esclava de la moral. He ahí, pues, construido el teatro del siglo. Tomad, por ejemplo, la obra maestra de Moratín: *El sí de las niñas*. Como forma literaria se amoldará a las supremas leyes del género: tres unidades, pintura de costumbres de la clase media, puesto que se trata de una comedia, ac-

ción llana y verosímil. Pero el hombre, sobre todo el ilustrado, se debe a la humanidad, y con afán de apóstol ha de aprovechar toda ocasión para inculcar las verdades y normas relativas a la conducta; así, pues, *El sí de las niñas* desarrolla esta idea: la libertad de la mujer es cosa sagrada, y nadie debe ser osado a profanar el santuario de la voluntad de una joven en asunto tan capital como la elección de marido.

Ved ahora unos versos de esta poesía de Meléndez Valdés, titulada nada menos que «*Epístola al Excmo. Sr. Príncipe de la Paz, con motivo de una carta patriótica a los obispos de España recomendándoles el nuevo Semanario de agricultura*»:

¡Qué ven mis ojos! ¡al augusto Carlos,
a vos, señor, desde su trono excelso,
del desvalido labrador la suerte
con lágrimas mirar, y hasta la esteva

bajando honrada en su feliz alivio
con atención solícita ocuparos!

Había que llevar la cultura adelante; y como la gente vulgar no discierne lo que conviene a su saber y a su propia felicidad, el despotismo ilustrado se encargó, cuando hizo falta, de meter las ideas a martillazos. Fernando VI juzgó que era excesivo el número de los contradictores del P. Feijóo, en cuya lectura se complacía, y ordenó sencillamente que no se permitiese la impresión de ningún libro contra su amigo el Benedictino. Más tarde Moratín intentará que el Gobierno imponga de Real Orden las comedias conforme al arte, y suprima los desenfrenos de Comella y sus émulos. Los jesuítas constituían, sin duda, un estorbo para los planes político-culturales de Carlos III: se les expulsó.

¿Cómo explicar ahora que junto a esa rígida frialdad de la razón toda la poesía

*Suma
de Francisco Comella poeta
dramático (1716-1779)*

del siglo XVIII está cruzada por una fuerte corriente sentimental y hasta sensible-
ra? También procede de Francia este nuevo aspecto de la literatura. En la tertulia de Meléndez Valdés, en Sevilla, hubo discusión acerca de la comedia llorona de La Chaussée, y de allá salió *El delincuente honrado*, de Jovellanos. No creáis que esta sensibilidad del siglo XVIII, al menos la reflejada por Meléndez, Jovellanos y otros, sea algo espontáneo que rompa los moldes de la razón. Esta sensibilidad, más que producto de la emoción, es resultado de reflexionar sobre las emociones. Ved como ejemplo de esta razonada sensibilidad una elegía de Meléndez en la muerte de Filis.

¡Oh! rompa ya el silencio el dolor mío,
Y al labio salga en dolorido acento
La aguda pena en que morir confío.
Con lastimeros ayes gima el viento,
Y entre suspiros y mortal quebranto,
La falta de la voz supla el lamento.

Ciegos los ojos con su amargo llanto
Lejos de la alma luz, siempre en oscura
Noche, fenezcan en desastre tanto.

Truéqueseme la dicha en desventura,
Ni jamás bien alguno esperar pueda,
Pues me robó la muerte mi luz pura¹.

De todas maneras, a la larga, esta sensibilidad con riendas y de ocasión, acabará por tener consecuencias no previstas por los neoclásicos, y se convertirá en uno de los hilos que guíen al Romanticismo. En esto, y sobre todo en una forma extremada de sensibilidad—el sentimiento de la naturaleza—, el siglo XVIII incuba el Romanticismo. Pero no es ese punto el que ahora nos interesa especialmente.

Nuestro siglo XVIII ha de juzgarse más por sus obras que por sus teorías, sin duda excesivamente abstractas y limitadas. A este fondo de ideas venidas de fuera

¹ RIVADENEYRA, LXIII, pág. 162.

debe España, después de todo, no haberse convertido en presa de cualquier nación extraña. Tuvimos necesidad de andadores para reintegrarnos a la vida de civilización, y ese esfuerzo consumió todas nuestras energías espirituales. La literatura no fué lo más brillante del siglo, por lo menos la literatura de fantasía y sensibilidad profundas. El estilo palidece, se torna incoloro (salvo en algunas comedias de Moratín, en algún sainete de Ramón de la Cruz); pero, en cambio, nuestra lengua se capacita para tratar todo género de materias científicas. Ese aspecto de cultura intelectual, ese ansia de conocimiento y de acción eficaz es lo central del siglo. Recordad la interesante personalidad de Olavide, repoblador de la desierta Sierra Morena; la noble figura de Jovellanos, queriendo reformar el régimen de nuestra enseñanza y el de nuestros campos; las empresas históricas

de un Padre Flores; a Burriel, a Merino, a Tomás Antonio Sánchez, que antes que nadie en Europa se torna a los tesoros de nuestra poesía medioeval; pensad en el ardor científico y educativo de los aristócratas vascongados, que en Vergara crean un centro de gran cultura científica; en la obra de las Academias, venida luego a tan mezquina ineficacia.

Lo terrible históricamente es que tan altas empresas quedaran truncadas casi como las del siglo xvi. Todo el movimiento dieciochista no era en el fondo sino una preparación para reconstruir el país; si el movimiento que culmina en la corte de Carlos III hubiese tenido orgánica continuación, sobre el fondo de cultura internacional podría haber surgido poderosa la modalidad española, y hasta habríamos llegado a olvidar, perdonándolas, la sosera de las tres unidades. Pero sobre la España de Carlos III vino la

de Carlos IV, y la de Fernando y la de Isabel, y la de Alfonso XII, y la de Alfonso XIII. Y tengo que hablaros hoy en una Universidad que ni para Delegación de Hacienda le habría parecido buena a Carlos III.

INDICE

	Págs.
<i>Dos palabras al que leyere.....</i>	7
ESBOZOS FILOLÓGICOS:	
<i>Evolución de la lengua española:</i>	
I.—Latin y lenguas primitivas.....	9
II.—Dialectos españoles.....	28
<i>El habla andaluza.....</i>	52
<i>La significación de las palabras...</i>	82
<i>Los galicismos.....</i>	102
<i>Lingüistas del pasado y del presente:</i>	
I.—Antonio de Nebrija.....	140
II.—Hugo Schuchardt.....	155
<i>La crítica filológica de los textos...</i>	171
ESBOZOS PEDAGÓGICOS:	
<i>La organización actual de las Facultades de Letras.....</i>	199
<i>La enseñanza de la lengua y literatura españolas.....</i>	234
<i>Nota adicional sobre las Facultades de Letras.....</i>	244
ESBOZOS DE HISTORIA LITERARIA:	
<i>Romance de la mujer que fué a la guerra.....</i>	259
<i>Algunos aspectos del siglo XVIII..</i>	281

OTROS TRABAJOS DEL AUTOR

Vida de Lope de Vega (en colaboración con H. A. RENNERT). Madrid, 1919.

Alusiones a Micaela Luján en las obras de Lope de Vega (en «Revista de Filología Española»), 1918.

El concepto del honor en los siglos XVI y XVII (en «Revista de Filología Española»), 1916.

Francisco de Rojas Zorrilla: Edición y estudio de dos obras inéditas (en «Teatro Antiguo Español», II), 1917.

Tirso de Molina: Dos comedias, precedidas de un estudio sobre el Teatro Español (en «Clásicos Castellanos», II), 1922.

Les Romantiques Espagnols, Paris, «La Renaissance du Livre», 1922.

Adiciones hispánicas al Diccionario etimológico de W. Meyer-Lübke (en «Revista de Filología Española»), 1918 y 1919.

Aranceles de aduanas del siglo XIII: Estudios de lexicografía medioeval (en «Revista de Filología Española»), 1922 y 1923.

El elemento extraño en el lenguaje. Bilbao, Sociedad de Estudios Vascos, 1920.

Fueros Leoneses (en colaboración con F. DE ONIS), t. I. Madrid, 1916.
La enseñanza del español en España. Madrid, 1922.
Ediciones: *El Buscón*, de Quevedo (Paris, Nelson, 1917); *La Dorotea*, de Lope de Vega (Madrid, Renacimiento, 1913).
Traducciones: *Introducción a la lingüística románica*, de W. Meyer-Lübke, segunda edición, 1924; *Historia de la lengua latina*, de F. Stolz, 1922.

EN PREPARACIÓN

El pensamiento y la moral de Cervantes.
La lengua de los judíos de Marruecos.
La enseñanza de la lengua y de la literatura:
Historia, estado actual y métodos.

ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE
LIBRO EN MADRID, EN LA
IMPRESA CLÁSICA ESPAÑOLA,
A PRINCIPIOS DEL OTOÑO
DEL AÑO
MIL NOVECIENTOS
VEINTICUATRO

Puñal: 300 ptas. 1967

BIBLIOTECA ESPAÑOLA DE
DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

- I. AMÉRICO CASTRO, *La enseñanza del español en España.*
- II. F. STOLZ, *Historia de la lengua latina*, traducción de A. Castro.
- III. ENRIQUE DE VILLENA, *Arte de trovar*, publicado por F. Sánchez Cantón.
- IV. O. MERINGER, *Lingüística indoeuropea*, traducción de P. U. González de la Calle.
- V. AMÉRICO CASTRO, *Lengua, Enseñanza y Literatura. (Esbozos.)*

EN PRENSA

- VI. E. A. TISCORNIA, *El discurso sobre la poesía castellana de Argote de Molina.*

EN PREPARACIÓN

- VII. V. A. ZAUNER, *Lingüística románica.*